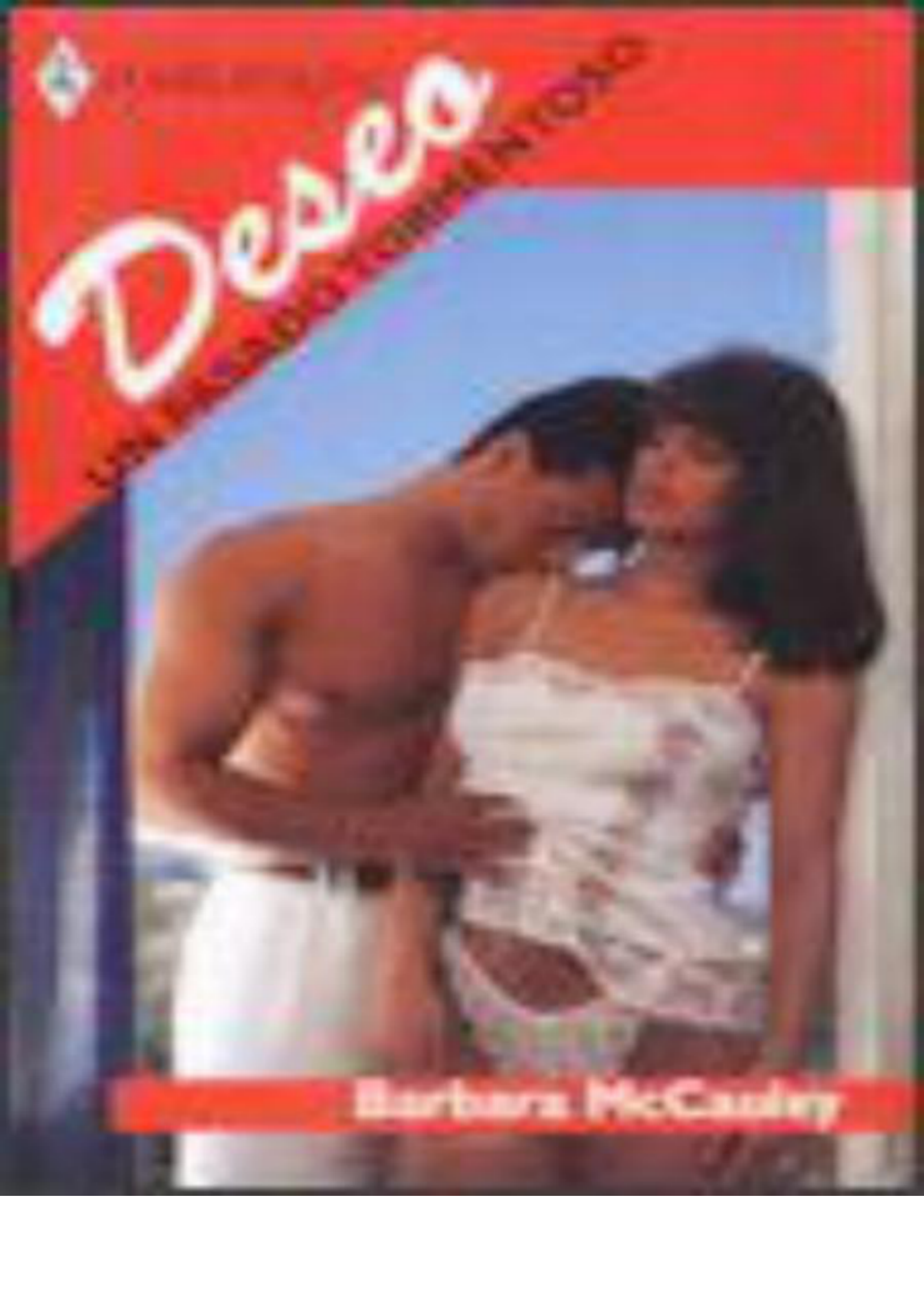

Deseo
Barbara McCauley

Un Pasado Tormentoso
Barbara McCauley
8º Blackhawk/Sinclair
Un Pasado Tormentoso (09.10.2002)
Título Original: Taming Blackhawk (2002)
Serie: 08 Blackhawk/Sinclair
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1160
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rand Blackhawk y Grace Sullivan

Argumento

Rand Blackhawk era capaz de domar cualquier caballo salvaje, pero ninguna mujer había conseguido domarlo a él. Sólo una dama valiente se atrevió a entrar en el ruedo con aquel fascinante rebelde de Texas. Grace Sullivan necesitaba desesperadamente la ayuda de Rand para salvar a sus caballos; pero nunca imaginó que la llamada de socorro la conduciría a conocer, entre los fuertes brazos de Rand, el mundo de la sensualidad. Él la dejó marcada, tomó su virginidad en una noche de pasión y conquistó su alma bien protegida.

Barbara McCauley — Un Pasado Tormentoso — 08 Blackhawk/ Sinclair *Una vez que terminaran su trabajo, Grace tendría que liberar al indomable Blackhawk. . ¿o sería capaz de sostener las riendas del amor para siempre?*

Capítulo Uno

Rand Sloan tenía toda una reputación.

De hecho, dependiendo de a quién se le preguntara y de su sexo, tenía varías. Si el interrogado era un hombre, las palabras normalmente empleadas para describirlo eran «miserable», «bastardo» y «testarudo».

Pero si la interrogada era una mujer, la cosa cambiaba. Entonces Rand era un tipo «asombroso», «increíble», «extraordinario»...

Y si había algo en lo que mujeres y hombres estaban de acuerdo era en que Rand Sloan era el mejor entrenador de caballos de todo Texas.

A los treinta y dos años ya había visto y hecho más cosas que la mayoría de los hombres de su edad. En él, las arrugas que rodeaban sus ojos negros como el carbón y su firme boca, realzaban su atractivo. Su pelo, fuerte, brillante y negro caía indómito sobre su cuello. Nunca tenía prisa, un hecho muy apreciado por las mujeres que lo conocían, y siempre caminaba con decisión.

El auto control y la disciplina eran fundamentales para Rand. Cuando se trabajaba con caballos salvajes, aquellos atributos podían suponer la diferencia entre un moretón y una pierna rota. Incluso entre la vida y la muerte. Los caballos salvajes eran imprevisibles e incoherentes hasta el punto de que algunos rondaban la locura.

Pero todo lo que necesitaban era un poco de paciencia y cariño para recuperar el equilibrio.

Tal vez aquel era el motivo por el que se había sentido atraído por los caballos salvajes, pensó Rand, distraído. Tal vez por eso había elegido aquella profesión; porque entendía lo que aquellos animales sentían.

Porque había días, demasiados, en los que él también se acercaba al borde de la locura.

—Allá vamos, cariño —susurró mientras sacaba a Maggie Mae del establo. La yegua apoyó el hocico contra el bolsillo de su camisa vaquera, buscando algo que comer. Rand le dio un trozo de manzana, la acarició y luego sujetó su brida a un poste fuera del establo. La yegua era pequeña, pero también muy trabajadora y lista, y sería subastada junto con el resto del ganado y el equipo el mes siguiente, cuando la madre de Rand pusiera el rancho en venta.

Ignorando la calurosa corriente que recorría el establo, Rand se puso a trabajar.

Aquel día necesitaba el equilibrio más que nunca.

No todos los días descubría un hombre que toda su vida, al menos

desde que tenía nueve años, era una completa mentira.

Que Seth y Lizzie, su preciosa Lizzie, no estaban muertos. Estaban vivos.

Aquella palabra parecía comprimir el pecho de Rand hasta dejarlo sin aire.

Después de leer la carta que había recibido aquella mañana del bufete de abogados Beddingham, Barnes y Stephen, en Wolf River, Texas, la había guardado en el bolsillo trasero de sus vaqueros. No la había vuelto a sacar desde entonces, pero se sabía de memoria cada frase, cada coma, cada palabra.

Pero solo le importaba de verdad una frase, una frase que no dejaba de repetirse una y otra vez en su cabeza...

Seth Ezekiel Blackhawk y Elizabeth Maríe Blackhawk, hija e hijo de Jonathan y Norah Blackhawk, de Wolf River County, Texas, no murieron en el accidente de coche que segó la vida de sus padres...

Había fechas y la típica terminología legal, y la solicitud de que se pusiera en contacto con el bufete lo antes posible para hablar de la herencia. ¿Pero qué más le daba a él la herencia? Seth y Lizzie estaban vivos.

Seth tendría treinta años, y Lizzie veinticinco o veintiséis. A lo largo de los años, Rand nunca se había permitido pensar en su hermana y en su hermano o en la noche del accidente. Pero había ocasiones, normalmente a altas horas de la noche, en que ni siquiera una botella de whisky podía alejar a los persistentes demonios de su cabeza.

Y entonces recordaba... el chirrido de los neumáticos en el asfalto, los gritos de su madre y de Lizzie...

Y el silencio. Un silencio ensordecedor que nunca había dejado de resonar en sus oídos.

¿Cuántas noches había despertado bañado en sudor, con las manos temblorosas y el corazón latiéndole enloquecido en el pecho?

—¿Rand?

Rand alzó la mirada al oír que lo llamaba Mary. Seguía siendo una mujer atractiva a pesar de sus sesenta y un años. Su pelo, negro como el azabache, estaba salpicado de gris; su piel parecía saludable y morena, y sus ojos azules estaban rodeados de arrugas. Rand pensó que parecía agotada, pero no lo extrañó. Sacar adelante un rancho suponía trabajar duro muchas horas. En sus veintinueve años de matrimonio, Mary no había conocido otra vida.

Mary y Edward Sloan adoptaron a Rand Blackhawk inmediatamente después del accidente. Mary siempre fue buena con él. Lo quiso y lo educó como si fuera su propio hijo.

Edward Sloan fue un caso muy distinto.

—¿Estás bien? —preguntó Mary a la vez que daba un paso hacia él.

Él primer impulso de Rand fue decir que estaba bien. Que todo estaba bien. ¿No era eso lo que siempre había hecho todo el mundo en la familia Sloan, simular que todo iba bien cuando en realidad no era así?

—No se cómo diablos estoy, mamá —dijo con sin—cerida4. «O ni siquiera quién soy», añadió para si.

Mary estaba al tanto de la carta y de su contenido.

—Es la una y cuarto —dijo al cabo de un momento—. ¿Vienes ya?

—Sí —Rand utilizó un tridente que estaba apoyado contra la pared del establo para echar un poco de heno en la casilla de la yegua—. Ahora voy.

—Rand... —Mary dio otro paso hacia él—. Yo... Volvió a interrumpirse, sin saber qué decir. Rand tampoco sabía qué decir.

—No te preocupes, mamá. Tú ve a casa. Yo iré enseguida.

Mary asintió y se volvió para marcharse, pero se detuvo al oír el sonido de un vehículo acercándose. Se miraron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Voy a ver de quién se trata. Puede que sea algún amigo de Matthew o de Sam.

Ambos sabían que eso era muy poco probable. Los hermanos pequeños de Rand, hijos de nacimiento de Mary y Edward, se habían ido del rancho hacía años. Como él, habían vuelto a casa el día anterior. Nadie sabía que los hijos de los Sloan habían vuelto.

Mary se volvió una vez más para alejarse, y una vez más se detuvo.

—Hablaremos luego. ¿De acuerdo?

Rand asintió mientras miraba a su madre, que respiró profundamente, irguió los hombros y se alejó del establo.

Rand arrojó otro montón de heno a la casilla. Hablarían, sin duda. No tenía idea de qué se dirían el uno al otro, pero hablarían.

Grace Sullivan aparcó su Jeep de alquiler frente a la casa de dos plantas. Alzó las gafas de sol que llevaba puestas y se fijó en el nombre que aparecía labrado en un trozo de madera sobre el porche delantero. Sloan.

Por fin.

Suspiró aliviada a la vez que apagaba el motor. Había recorrido todo Texas en busca del legendario Rand Sloan. Aunque no viviera allí, esperaba que alguien en el rancho pudiera decirle dónde estaba.

Si es que alguien vivía allí.

Salió del coche y volvió a ponerse las gafas para protegerse del intenso sol de agosto mientras miraba la casa. Su pintura, en otra época blanca, había empezado a descascarillarse, las contraventanas estaban rotas y los alerones del tejado necesitaban un arreglo urgente. No había ni una flor a la vista y los corrales estaban vacíos.

Volvió la mirada hacia el camino por el que había llegado. Sobre él pendía aún la nube de polvo que había levantado con su jeep. El terreno era llano, estaba lleno de cactus y arbustos, y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Grace escuchó atentamente, pero el único sonido que le llegó fue el chillido de un halcón solitario que volaba en lo alto. Aquel lugar parecía desierto.

A pesar de que, dado el calor que hacía y la hora que era, tampoco podía esperarse que hubiera mucha actividad, al menos si era de esperar encontrar «algo» de actividad. Tal vez algún vaquero fumando a la sombra de un gran roble que había junto al establo, o algún caballo pastando. Pero no se veía un alma.

«No es el rancho típico, desde luego», pensó mientras cerraba la puerta del coche y se encaminaba hacia la casa. Pero, por lo que había oído, Rand Sloan tampoco era un hombre típico.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Grace se volvió y vio a una mujer junto a una de las esquinas de la casa. A pesar de su actitud cautelosa, su expresión era amistosa. Era una mujer alta y esbelta, pero no parecía especialmente delicada. Su pelo corto y negro empezaba a encanecer; vestía unos pantalones negros, una blusa de manga corta y unas botas vaqueras negras.

—Hola —saludó Grace a la mujer—. Me llamo Grace Sullivan. Espero no molestarla.

—Todavía no me está molestando —la mujer se acercó y estrechó su mano—. Soy Mary Sloan.

¿La esposa de Rand?, se preguntó Grace. ¿Una hermana? Sabía muy poco sobre el hombre.

—Estoy buscando a Rand Sloan. ¿Vive aquí? La mujer sonrió como si Grace hubiera dicho algo gracioso.

—Rand no ha vivido aquí durante quince años. Grace sintió una intensa decepción. No tenía tiempo para seguir buscando.

—¿Tiene idea de dónde podría localizarlo? Es importante que hable con él cuanto antes.

—Pues póngase a la cola —Mary miró por encima de su hombro—. Está en el establo.

Grace se volvió hacia el establo, boquiabierta. ¿Así de sencillo? Tras docenas de llamadas y tres viajes inútiles, ¿había encontrado por fin al misterioso Rand Sloan?

Una extraña excitación se apoderó de ella.

—¿Puedo acercarme? —preguntó.

—Adelante —Mary pasó junto a ella y subió las escaleras del porche. Dudó antes de entrar y dijo—: Pero si viene de ese bufete de Wolf River, más vale que lo rehuya.

Grace frunció el ceño.

—No vengo de ningún bufete. Mary asintió.

—Bien.

La puerta se cerró tras ella cuando desapareció en el interior de la casa. Grace permaneció un momento donde estaba, con el ceño fruncido, extrañada.

Pero la excitación de haber encontrado a Rand Sloan le hizo olvidar rápidamente el comentario de la mujer. La grava crujió bajo sus elegantes zapatos mientras avanzaba hacia el establo. Lamentó no haber tenido tiempo para cambiarse, pero para tomar el avión a tiempo aquella mañana había tenido que ir directamente al aeropuerto desde la reunión de la junta. Era posible que la falda y la chaqueta blanca a juego que vestía hubieran encajado en la elegante sala de juntas de Sullivan Enterprises, pero no resultaban muy adecuadas en medio un polvoriento rancho a ciento cincuenta millas del Álamo.

«La historia de mi vida», pensó.

Repasó rápidamente su proposición mientras avanzaba hacia las puertas abiertas del establo. Patrick Sullivan había insistido desde que su hija era pequeña en que, si quería algo, le presentara siempre el caso tanto por escrito como oralmente. Cuando tenía ocho años ganó un premio por demostrar de aquel modo la utilidad de aprender las normas de comportamiento social; a los dieciséis, cuando quiso su primer coche, argumentó la necesidad de ser independiente y autosuficiente. Incluso utilizó apoyos visuales para la presentación. Aún recordaba con gran cariño aquel elegante Porsche negro.

Cuando entró en el establo apartó de su mente todos aquellos pensamientos.

—¿Hola? —saludó, y dudó al ver a un hombre inclinado sobre una casilla en un rincón del establo.

Cuando la miró, la mente de Grace se quedó en blanco.

Dios santo.

No tenía idea de lo que esperaba encontrarse. Alguien algo mayor, desde luego.

Tal vez de mediana edad, con las piernas curvadas hacia afuera, los hombros encorvados y una piel curtida como el cuero. Tal vez un espeso bigote y algunas canas en las sienes. El típico vaquero experimentado.

Pero no había nada típico en Rand Sloan.

Debía tener poco más de treinta años, aunque había algo en sus penetrantes ojos negros que le hacía parecer mayor.

Rand se irguió, tridente en mano, y la miró. Grace se quedó petrificada en el sitio.

Medía más de un metro ochenta y su cuerpo, musculoso y esbelto, estaba cubierto de polvo. Sus vaqueros estaban gastados, llevaba las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y el sudor bañaba su frente y se deslizaba por su cuello.

Y además estaba su rostro.

Grace pensó en caballeros de negra armadura y en guerreros apaches, y casi pudo oír el sonido distante de los tambores de guerra. El tridente que sostenía en la mano podría haber sido una espada. Una incipiente y oscura barba ensombrecía su fuerte mandíbula.

La miró con los ojos entrecerrados, despacio, de abajo arriba.

Grace se quedó sin aliento y sintió que sus rodillas se debilitaban.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó él con voz ronca.

Aquella era una pregunta realmente cargada, pensó Grace, pero enseguida apartó de su mente todas las opciones que se le ocurrieron.

—¿Rand Sloan? —preguntó, y le molestó la sorpresa que percibió en su propia voz y el tono casi sofocado que la acompañó.

Rand clavó el tridente en el suelo y asintió.

—Yo... soy Grace Sullivan. Llevo dos semanas tratando de localizarlo. No es fácil echarle el guante.

Grace se ruborizó ante sus propias palabras. ¿Qué mujer no querría echar el guante a aquel nombre?

—A veces es fácil —contestó él—. Otras no.

—No tienes señas, ni teléfono, y he tenido que...

—¿Por qué no me dice directamente lo que quiere, señorita Sullivan? —Rand bajó la mirada hacia las manos de Grace—. ¿O es señora?

—¿Qué? Oh... señorita —Grace sintió que se ruborizaba de nuevo, cosa que le sucedía muy raramente—. Pero puede llamarme Grace.

Rand asintió y, por su expresión, ella supo que estaba esperando su respuesta.

¿Pero de qué pregunta se trataba? Ah, sí. Rand Sloan le había preguntado qué quería. Tuvo que pensar un momento para poner en orden su mente.

—Pertenezco a la Fundación de Ayuda y Adopción de Animales Edgewater — logró decir finalmente—. Puede que haya oído hablar de nosotros. Rescatamos caballos salvajes y nos ocupamos de ellos hasta que son adoptados. Nos gustaría contratarlo para que recupere unos

mustangs extraviados en Black River Canyon.

—Se ha tomado demasiadas molestias, Grace —Rand le dio la espalda para echar más heno en la casilla—. Mi respuesta es no.

Grace hizo lo posible por no fijarse en el firme trasero que Rand había vuelto hacia ella.

—Le pagaremos bien, señor Sloan, incluyendo todos los gastos —Grace avanzó un paso y el olor a paja fresca, a caballos y a varón cubierto de sudor asaltaron sus sentidos. Extrañamente, la combinación no resultaba nada desagradable.

—Tendrá que buscar a otro —dijo Rand, y continuó trabajando.

Grace ya había tenido que tratar en otras ocasiones con gente difícil, pero sospechaba que Rand Sloan se llevaba la palma.

—No quiero a otro —dijo, y avanzó hasta situarse junto a él, pues se negaba a ser ignorada—. Lo quiero a usted.

Rand se irguió y miró a la señorita Grace Sullivan. En otras circunstancias, tal vez habría utilizado su comentario para llevar la conversación por un camino más interesante. Pero aquel no era el día adecuado para hacerlo y, por su aspecto elegante y sofisticado, aquella tampoco era la mujer adecuada.

Y no porque no le hubiera atraído su aspecto. Su pelo castaño rojizo habría bastado para llamar la atención de cualquier hombre, al igual que su piel de porcelana y sus ojos grandes, verdes y ligeramente caídos a los lados.

Y aquella boca... Que Dios se apiadara de él. Aquellos labios carnosos y sensuales habían sido hechos para ser besados por un hombre.

Además tenía las piernas largas, la cintura estrecha, los pechos grandes...

Miró el montón de heno y luego a la mujer.

Era una lástima.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Todo el mundo dice que es el mejor —contestó Grace—. Es un trabajo difícil, y probablemente peligroso. He oído decir que es su especialidad.

En otra época, Rand podría haberse sentido halagado, y también se habría sentido interesado por el trabajo. Siempre disfrutaba con los retos, y el peligro hacía que la sangre corriera más rápido por sus venas.

En otra época.

Soltó la brida de la yegua.

—Está perdiendo su tiempo, señorita Grace.

—Usted es mi última esperanza —dijo ella con suavidad.

Sus palabras, pronunciadas con gran intensidad, afectaron a Rand más de lo que habría querido. No quería ser la última esperanza de nadie. No quería que nadie dependiera de él. Cerró la puerta de la casilla de Maggie Mae.

—Es una lástima —sacó un pañuelo del bolsillo trasero de sus vaqueros y frotó el sudor de su rostro—. Pero mi respuesta sigue siendo no —dijo, y se alejó. ,

—Por favor, señor Sloan... Rand... —dijo Grace con suavidad, y él se detuvo al oírle pronunciar su nombre—. ¿No podría concederme unos minutos?

Rand la miró por encima del hombro.

—No tengo unos minutos, señorita Grace. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir al funeral de mi padre.

Capítulo Dos

Grace despertó al oír el brusco sonido de la puerta de un coche al cerrarse. No tenía intención de quedarse adormecida, pero después de haber dormido tan solo cinco horas la noche anterior, de la reunión de la junta, del vuelo hasta San Antonio y de alquilar un coche en el aeropuerto para recorrer cien millas, los párpados se le habían vuelto demasiado pesados como para mantenerlos abiertos.

Se levantó de la mecedora del cuarto de estar de Mary Sloan y miró a través de las cortinas de encaje. Mary y Rand ya habían salido de una vieja y baqueteada camioneta cubierta de polvo. Una segunda camioneta, más nueva y azul, se había detenido frente a la casa. Dos hombres más jóvenes que Rand, también altos y morenos, salieron de esta.

Grace miró su reloj, sorprendida de que la familia Sloan estuviera tan pronto de vuelta del funeral. El servicio debía haber sido muy breve, y la recepción, si la había habido, apenas debía haber durado unos segundos.

Grace no tenía intención de quedarse en la casa de los Sloan. Por mucho que quisiera y necesitara conseguir la ayuda de Rand, sabía que no debía entrometerse en unos momentos tan delicados. Pero el viaje desde San Antonio había sido largo, y después de que Rand la hubiera dejado plantada en el establo, Grace había ido a llamar a la puerta de la casa de Mary Sloan para pedirle un vaso de agua antes de volver al aeropuerto. Lo siguiente que supo fue que Mary le había hecho sentarse a la mesa de la cocina y le había preguntado directamente qué quería de Rand. Grace le había hablado sobre la fundación y los caballos y Mary había insistido en que se quedara con ellos a comer.

Grace había declinado amablemente su oferta, pero la mujer se había negado a aceptar un no por respuesta. Según dijo, hacía mucho tiempo que no tenía compañía, y apreciaría mucho contar con compañía femenina en la casa aquella noche.

El sincero interés de su mirada, la tristeza que había en ella, hicieron que Grace fuera incapaz de negarse. A fin de cuentas, ya que Rand había rechazado su oferta no había nada que hacer, de manera que, ¿por qué no pasar unas horas allí si era el deseo de Mary? Solo podía imaginar lo desolada que se sentiría su propia madre si algo le sucediera a su padre. Si Mary Sloan quería compañía femenina, lo menos que podía hacer era ofrecérsela.

Alzó la mirada cuando Rand abrió la puerta y pasó al interior. Era evidente que se había duchado y afeitado desde la última vez que lo

había visto. Llevaba unos vaqueros negros, camisa blanca y brillantes botas de cuero negro. La miró sin sonreír.

Era evidente que no aprobaba que su madre le hubiera pedido que se quedara.

Pues al diablo con él, se dijo Grace. No le iba a quedar más remedio que aguantarse.

Sus ojos se encontraron unos momentos y, a continuación, Rand deslizó una lenta, oscura e intensa mirada de arriba abajo por el cuerpo de Grace. A esta le molestó que sus pechos se tensaran y sus pezones se endurecieran. Presionó los labios con fuerza mientras decidía que aquel era el hombre más descarado, ordinario… y sexy que había conocido.

—He oído que va a quedarse a comer —dijo él finalmente.

—Su madre…

—Cuida tus modales, Rand Sloan —Mary entró en la casa tras su hijo y pasó junto a él—. Yo le he pedido a Grace que se quede. Voy a necesitar un respiro con toda la testosterona que va a haber por aquí esta noche. Necesito el equilibrio de una presencia femenina.

—Matt y Sam estarán aquí —dijo Rand, y se volvió a mirar a sus hermanos, que en aquellos momentos entraban—. Eso debería bastar para equilibrar la feminidad del lugar.

Sorprendida, Grace miró a Rand. El hombre acababa de hacer una broma; sarcástica, ciertamente, pero broma al fin. No lo habría esperado de él.

—Ya te daré yo feminidad mientras me quito tus dientes de los nudillos —dijo uno de los hermanos mientras avanzaba hacia Grace con la mano extendida—. Soy Matthew Sloan —dijo, y sonrió—. Ese es Sam.

No había duda de que los Sloan eran unos hombres muy atractivos. Aunque Rand tenía el pelo y los ojos más oscuros que sus hermanos y los rasgos más marcados, todos eran altos, fuertes y tenían una sonrisa devastadora. Aunque lo cierto era que aún no había visto sonreír a Rand, pensó Grace con ironía.

—Grace Sullivan —dijo, y estrechó la mano de ambos hombres—. Siento lo de su padre.

Se produjo un incómodo silencio, como siempre que se ofrecían condolencias.

Luego Matt dijo:

—Gracias por quedarse. Después de estar viendo todo el día la fea jeta de Rand, a mis ojos les convenía un descanso.

Rand frunció el ceño, pero sin ninguna malicia. Grace pensó que era el primer indicio de afecto que le veía mostrar.

—Matthew y Samuel —llamó Mary desde la cocina—. Venid aquí enseguida.

Necesito ayuda.

Matt y Sam se excusaron y dejaron a Rand a solas con Grace.

—Debería… ir a ayudar —dijo ella. Rand la sujetó por el brazo al ver que se encaminaba hacia la cocina.

—Desde que la conozco, mi madre jamás ha pedido que le echemos una mano en la cocina. Confundida, Grace se limitó a mirarlo.

—Piensa que necesitamos unos minutos a solas —añadió Rand.

—Oh, ya veo —dijo ella, y sonrió débilmente—. Lo siento. Estoy segura de que lo último que desea es quedarse a solas conmigo.

—Yo no diría eso.

Grace sintió que la garganta se le secaba al ver un destello de interés en la mirada de Rand. Bajó la mirada hacia la mano que aún apoyaba en su brazo. Era la mano de un trabajador, grande, morena, de dedos largos y piel curtida. Sintió su calor a través de la tela de la chaqueta.

No había duda de que necesitaba controlar sus hormonas.

—Su madre me ha pedido que me quede, pero no tengo intención de entrometerme en su pesar. Olvide el motivo por el que he venido y piense en mí como en cualquier otro invitado en la casa de su madre.

Rand pensó que sería difícil explicarle que su madre raramente tenía invitados en su casa. Pero aquello era algo que Grace Sullivan no tenía por qué saber.

—¡Samuel Sloan, aparta de inmediato los dedos de esa ensalada!

Rand vio que Grace volvía la cabeza hacia la cocina. Al oír una sonora palmada, sus grandes ojos verdes se abrieron de par en par.

—Vaya, mamá, alguien tiene que asegurarse de que esté bien aderezada, ¿no te parece? —dijo Sam.

—¿Estás sugiriendo que no se cómo preparar una ensalada de patata?

A continuación sonó otra palmada.

Rand oyó la risa de Matt, que fue seguida de otra enérgica palmada.

—¡Hey! ¿Y yo qué he hecho? —protestó Matt.

—Es por lo que ibas a hacer —dijo Mary—. He visto cómo mirabas la tarta.

—Tú sujétala, Matt —dijo Sam—. Yo me haré con la tarta.

—Como se os ocurra… —la reprimenda de Mary fue interrumpida por un montón de gritos.

Un buen sonido, pensó Rand. Cuando Edward Sloan vivía la

familia apenas bromeaba. Los mejores momentos los pasaban cuando el viejo estaba fuera por asuntos de negocios o en alguna de sus excursiones de caza o pesca. Por suerte para todo el mundo, Edward iba a menudo de excursión. Entonces toda la familia se relajaba y se divertía sin necesidad de aguantar sus regañinas.

—¡Matthew Richard Sloan! —gritó Mary desde la cocina—. ¡Aparta ahora mismo los dedos de ese glaseado!

Grace miró a Rand con expresión preocupada.

—¿No debería ir a echarle una mano?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Rand se encogió de hombros—. A menos que quieras algo de tarta —añadió, tuteándola, y le dedicó un guiño—. Yo podría echarle el guante mientras están ocupados y salir por la puerta trasera sin que se enteren. Mi madre prepara una tarta de chocolate capaz de hacer llorar al hombre más curtido.

—Así que tarta de chocolate… —Grace alzó una ceja y miró hacia la cocina—. ¿Con glaseado de chocolate?

—¿Lo hay de otra clase?

—Yo podría tener el coche en marcha y abierto cuando salieras —dijo Grace, pensativa—. Pero tendríamos que ir al cincuenta por ciento.

Rand sintió que su boca se curvaba en una leve sonrisa. Era una sensación extraña bromear con una mujer, sobre todo con una mujer tan bella. Durante toda su vida de adulto, apenas había habido preliminares cuando se había hecho evidente el interés entre alguna mujer y él. Suponía que había habido la cantidad justa de flirteo y bromas tontas, pero nunca fingimiento ni largos cortejos. Si deseaba a alguna mujer, simplemente lo decía.

Si ella le correspondía, perfecto. Si no, también. Respetaba el derecho de cualquier mujer a decir no. Siempre habría otras en la siguiente población por la que pasara.

Y aquello tampoco quería decir que se hubiera acostado con cada chica guapa que hubiera surgido en su camino. A pesar de los rumores, Rand siempre se había considerado un hombre de gustos especiales.

Miró a Grace, cuyos preciosos ojos verdes se agrandaron al oír el estrépito de la cocina. No iba a estar allí el tiempo suficiente como para plantearse nada. Después de comer se iría y el no volvería a verla nunca.

Y, mientras contemplaba aquellos sensuales labios y aquel cuerpo hecho para pecar, pensó que era una pena.

A diferencia del exterior, el interior de la casa de los Sloan estaba perfectamente ordenado y limpio. El mobiliario era esencialmente

práctico, hasta el punto de que no había televisor, ni vídeo, ni equipo de música.

No era una casa fría, pero tampoco era cálida. Sin embargo, Grace notó que la cosa cambiaba en el comedor, con la familia reunida en torno a una mesa oval de pino.

Allí se sentía cómoda, relajada. Bueno, no completamente relajada. Era difícil conseguirlo con Rand sentado frente a ella y aquellos increíbles ojos negros mirándola. Y no es que la estuviera mirando todo el rato. De hecho, cada vez que lo miraba tenía la sensación de que él apartaba la vista a propósito.

De todos modos, sentía sus ojos en ella, la intensidad de su oscura mirada. Ningún hombre le había hecho sentirse nunca tan... consciente. De él, de sí misma, de todo lo que los rodeaba. Aquella sensación la confundía y le hacía sentirse incómoda.

También le molestaba estar tan nerviosa como un...

—¿Pollo?

Sorprendida, Grace miró a Rand.

—¿Qué?

—¿Te apetece un trozo de pollo? —Rand le acercó una bandeja llena de pollo frito.

—Oh, sí, claro —Grace se sirvió una pata y sonrió a Mary—. Todo tiene un aspecto muy apetitoso.

Cualquiera hubiera pensado que aquella comida había sido preparada para todo un equipo de fútbol, y no para tres hombres. Había patatas asadas, guisantes, ensalada, pollo, dos salsas... y todo en cantidades ingentes. El olor bastó para que Grace sintiera que la boca se le hacía agua.

Y cuando probó el pollo, tuvo que contenerse para no gemir de gusto. Pero los hijos de Mary no se contuvieron. Cada uno de ellos, incluyendo a Rand, expresaron su placer con suspiros, gemidos y suficientes cumplidos como para que Mary sonriera, radiante.

—Cuánto he echado de menos tu comida —dijo Matt—. Cuando vendas este lugar y te vayas, voy a tener que seguirte.

—¿Va a vender el rancho? —preguntó Grace mientras se servía más salsa.

—Se va a la ciudad del pecado —contestó Sam por su madre—. Las Vegas, Nevada.

—Tengo un hermano allí —aclaró Mary—. Hace diez años que no nos vemos.

Tenemos mucho que contarnos.

Grace escuchó mientras todos hablaban sobre el traslado de Mary y sobre su hermano Steve. Le pareció extraño que en ningún momento

mencionaran el funeral de Edward Sloan, que no compartieran sus recuerdos sobre él. Y no había pasado nadie a presentarles sus respetos. Era casi como si el hombre nunca hubiera existido.

—Mi madre dice que eres de Dallas, Grace —dijo Sam—. ¿A qué te dedicas allí?

—Trabajo para la Fundación de Ayuda y Adopción de Animales Edgewater.

—Leí un artículo en el Dallas Chronicle sobre esa fundación —dijo Matt—. Si no recuerdo mal, la fundadora es la hija de algún multimillonario de Dallas.

—Probablemente se tratará de alguna niña mimada sin nada que hacer y que no sabría distinguir el trasero de una mula ni aunque lo tuviera delante —murmuró Sam.

—Si fuera así, creo que yo lo sabría —replicó Grace secamente.

Se produjo un largo silencio, hasta que Sam abrió los ojos de par en par y tuvo la decencia de ruborizarse. Matt y Mary empezaron a reír, e incluso Rand sonrió. Sam tomó su cuchillo y simuló cortarse las venas.

—Muy bien, Grace —dijo Matt, aún riendo—. Cualquier mujer capaz de poner a mi hermano en su sitio es la mujer con la que quiero casarme.

—Y el hecho de que sea guapa y rica no te molesta, ¿verdad? —añadió Sam—.

Vamos, Matt, te echo un pulso a ver quién se la queda.

Mary movió la cabeza ante las tonterías de sus hijos y ofreció más pollo a Grace, que declinó la oferta, conmocionada al ver que Matt y Sam habían apoyado sus codos sobre la mesa y estaban a punto de echar un pulso. En su vida había visto nada parecido. La comida en casa de sus padres era siempre un acontecimiento sosegado en el que se servían cuatro o cinco platos preparados por un cocinero y servidos por una doncella en una vajilla de delicada porcelana china.

Sin embargo, comer en casa de los Sloan era como montarse en una montaña rusa.

Era una experiencia que la dejaba sin aliento.

Pero notó que Rand era el único que se contenía. Se notaba que se sentía cómodo con su familia, pero había algo en él que la intrigaba. De un modo sutil, era distinto a sus hermanos.

Grace sabía que en aquellos momentos la estaba mirando. La intensidad de su mirada le produjo un estremecimiento.

—Si queréis probar la tarta de chocolate —dijo Mary—, más vale que apartéis esos codos de la mesa. Os he enseñado mejores modales. Y tú, Rand, deja de mirar a Grace. La estás avergonzando. Fíjate lo

ruborizada que está.

Grace bajó la mirada. No estaba exactamente avergonzada, pero no podía decirle eso a Mary.

La comida terminó en relativa calma. Sam y Matt flirtearon descaradamente con ella, cosa que llevó a más peleas y bien intencionados insultos entre los hermanos.

Incluso Rand intervino en un par de ocasiones, pero casi todo el tiempo permaneció pensativo y en silencio, como si su mente estuviera en otro lugar.

Cuando Mary se levantó para ir por la tarta, Rand le dijo que se quedara donde estaba y luego miró a sus hermanos. Matt y Sam salieron por la puerta principal mientras Mary preguntaba a qué venía todo aquello. Los dos hermanos Sloan regresaron un momento después con una caja cubierta con una manta. La dejaron a los pies de su madre y retiraron la manta.

—Feliz cumpleaños, mamá —dijo Sam.

Era un televisor de treinta y cinco pulgadas con mando a distancia y lo último en tecnología.

Mary lo miró, luego parpadeó furiosamente, se levantó y, sin decir una palabra, salió de la cocina.

Desconcertada, vio que los hermanos se miraban entre sí y sonreían.

Al parecer, Rand no era el único miembro de la familia con inclinación a no mostrar sus emociones.

—Vamos a instalarlo —dijo Matt y, con ayuda de Sam, llevó el aparato al cuarto de estar.

—¿Es el cumpleaños de vuestra madre? —preguntó Grace a Rand.

—Más o menos —replicó él en tono críptico, y miró hacia la puerta por la que había salido su madre. Cuando volvió a mirar a Grace había una sonrisa en su rostro

—. Creo que ahora mismo le vendría bien un poco de «equilibrio femenino». ¿Te importaría?

Grace no tenía idea de qué estaba hablando, pero si Mary necesitaba compañía, ella estaba dispuesta a ofrecérsela. Miró la mesa sin recoger, pero Rand la tomó por un brazo y la condujo hacia la puerta.

—No te preocupes por eso. Nosotros nos ocuparemos.

Era la segunda vez que la tocaba, y la segunda vez que el cuerpo de Grace reaccionaba por su cuenta. Abrió la boca, pero no tuvo tiempo de decir nada antes de que Rand abriera la puerta y la empujara con delicadeza hacia el exterior.

La luz del cuarto de estar iluminaba el porche delantero, pero más

allá la oscuridad era impenetrable. Grace vio a Mary sentada en el balancín, mirando hacia la oscuridad. Esperó, sin saber si estaba molestando.

—Ven a sentarte conmigo, Grace —dijo Mary.

Grace lo hizo así y durante unos segundos escucharon juntas el rítmico canto de un ejército de grillos. Del interior de la casa llegaban las voces y las risas de los hijos de Mary.

—Rand no pretende ser grosero —dijo Mary al cabo de unos momentos—. Está pasando por unos momentos especialmente duros.

—¿Debido a la muerte de su padre?

—No, cielos. No había ningún amor entre Rand y mi marido —Mary suspiró—.

Pero no es de eso de lo que quería hablarte, ni es por eso por lo que te he pedido que te quedaras.

—¿Y por qué me ha pedido que me quedara?

—Ahora mismo, Rand necesita una mujer como tú.

Grace se quedó desconcertada, pero trató de que no se le notara.

—Discúlpeme por decir esto, pero no creo que su hijo necesite a nadie, especialmente a mí. Mary rió con suavidad.

—En eso te equivocas, Grace. Conozco a mi muchacho y se lo que veo. Puede que ni él mismo lo sepa todavía, pero te aseguro que te necesita.

—Señora Sloan...

—Llámame Mary, por favor.

—Mary —dijo Grace, moviendo la cabeza—. He venido aquí porque necesitaba la ayuda de Rand, pero él ha rechazado mi oferta. Solo me he quedado porque tú me has pedido que lo hiciera.

—Y me alegra que lo hayas hecho —Mary palmeó la mano de Grace—. Ha sido refrescante tener a otra mujer al lado. A veces, vivir aquí sin compañía femenina me hace olvidar que soy una mujer.

El sonido de un partido de béisbol llegó desde el interior de la casa y los ojos de Mary se iluminaron.

—Bueno, supongo que debería ir a echar un vistazo a lo que me han regalado. No querría herir los sentimientos de mis hijos.

—¿Te importa si me quedo aquí fuera un rato? —preguntó Grace —. Hacía mucho tiempo que no perdía de vista las luces de la ciudad.

—Tómate tu tiempo —dijo Mary—. Yo me aseguraré de que los chicos te dejen un trozo de tarta.

—Seguro que no va a ser una tarea fácil —bromeó Grace.

Mary sonrió y volvió al interior. Con un suspiro, Grace se apoyó contra el respaldo del balancín y repasó mentalmente los acontecimientos de la tarde. La familia Sloan la dejaba perpleja. Los

hijos habían enterrado a su padre y Mary a su marido, pero el nombre de Edward Sloan no había sido mencionado ni una vez entre ellos. Mary había dejado bien claro que Rand y su padre no se llevaban bien. Y luego sus hijos le habían regalado un televisor por su cumpleaños, solo que no era su cumpleaños.

«Rand necesita una mujer como tú».

Aquel comentario de Mary era lo que más perpleja la había dejado. Aunque no había duda de que existía química entre Rand y ella, estaba segura de que Mary no se había referido a una necesidad de naturaleza física. Se había referido a algo más, a algo más profundo. No podía imaginar de qué se trataba, pero en realidad ya daba lo mismo.

No podía entretenerse más. Eran casi las nueve de la noche y tenía que irse. El viaje hasta San Antonio era largo y necesitaba encontrar alojamiento para la noche.

Sabía que estaba dejando atrás su última esperanza, pero se negaba a pensar en ello en aquellos momentos. Sabía que era lo suficientemente tonta como para seguir creyendo en milagros, y sabía que iba a hacer falta uno para salvar a aquellos mustang.

Capítulo Tres

Cuando Rand salió al porche pensó que Grace se había quedado dormida en el balancín de su madre. Con los ojos cerrados y las manos apoyadas en sus rodillas, parecía encontrarse totalmente en paz.

Se dijo que debía volver al interior para dejar que disfrutara de aquella tranquilidad. Pero no podía apartar los ojos de ella.

Largos mechones de pelo castaño caían en torno a su sereno rostro. Sus oscuras y largas pestañas descansaban sobre su pálida y delicada piel. Había algo regio en su nariz recta, esculpida, en sus cejas angulares, en su boca. Podía imaginarla en otros tiempos remotos, sonriendo y saludando a sus leales súbditos desde un magnífico carruaje.

Le asombraba que después de haber volado, de haber conducido bastantes millas y de haber aguantado el intenso calor de San Antonio, aún pareciera tan pulcra y fresca. Su traje blanco no tenía la más mínima arruga. Incluso los zapatos que llevaba parecían recién sacados de la caja.

Sintió el repentino impulso de ponerle las manos encima para desarreglarla y despeinarla un poco.

Pero cuando Grace abrió los ojos, le sonrió y se estiró, supo que habría querido hacer mucho más que despeinarla.

El deseo recorrió su cuerpo como un rayo, en. Un arrebato de pasión pura y primitiva. Trató de reprimirlo, de controlar a la bestia. Pero, a pesar j de que lo consiguió, no dejó de sentir cómo palpitaba en su interior, a la espera de que bajara en lo más mínimo la guardia.

—Te he traído un poco de tarta —dijo.

—Gracias —la voz de Grace surgió grave y algo ronca—. Pero no hacía falta que te molestaras. Estaba a punto de entrar —al ver el trozo de tarta que le alcanzó Rand en un plato, abrió los ojos de par en par—. ¡Dios santo! No voy a poder comer todo eso.

Ya he tenido que desabrocharme el botón de la falda después de la comida de tu madre.

Rand pensó que le habría gustado desabrochar más de un botón de su falda, para luego bajársela por sus largas piernas. O mejor aún, para subírsela y ahorrar tiempo.

Sintió la bestia palpitando de nuevo en su interior y la contuvo.

—Bueno, si no la quieres...

Grace alargó la mano al instante y tomó el plato.

—Muchos hombres han muerto por pecados menores que privar a una mujer de su chocolate.

Tomó un bocado, cerró los ojos y gimió. El placer que reflejó su

rostro rozaba lo sexual. Rand maldijo en silencio.

—¿Quieres sentarte conmigo un minuto? —preguntó cuando abrió los ojos. «Mala idea», pensó Rand. Pero se sentó de todos modos.

—Me gusta tu familia —dijo Grace—. Son...

—¿Detestables? —sugirió Rand al ver que dudaba.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Más grandes que la vida.

—Esa es nueva —Rand se apoyó contra el respaldo del balancín mientras Grace tomaba otro bocado de tarta. Al ver cómo se lo introducía en la boca, se excitó al instante.

Apartó la vista y se obligó a mirar hacia la oscuridad. Hacía mucho tiempo que no se sentaba en aquel balancín, y era la primera vez que lo compartía con una mujer que no fuera su madre.

Molesto con sus erráticos pensamientos y su sobre estimulada libido, Rand volvió su atención hacia los sonidos procedentes de la casa. Sus hermanos discutiendo por el trozo de tarta más grande y su madre regañándolos. Como en los viejos tiempos, pensó con una sonrisa, solo que mejor.

Mucho mejor desde que Edward Sloan estaba bajo tierra.

La sonrisa se esfumó de su rostro cuando pensó en la carta que llevaba guardada en el bolsillo trasero de los vaqueros. La llevaba allí desde que la había abierto aquella mañana. No había vuelto a leerla, solo quería tenerla cerca...

...Seth Ezequiel Blackhawk y Elizabeth Mane Blackhawk... no murieron en el accidente en que murieron sus padres...

Oyó el sonido de la voz de Grace, pero tardó unos segundos en registrar sus palabras. Le había preguntado por el televisor.

—Fue idea de Sam —dijo, distraídamente. Decidimos que ya era hora de que tuviera una. Cuando mis hermanos y yo éramos pequeños e íbamos a la tienda de electrodomésticos, mamá se pasaba el rato viendo todas las televisiones que había en exposición. Siempre tenía una expresión de intenso anhelo cuando lo hacía.

—¿Quieres decir que hasta ahora nunca había tenido un televisor?

—No durante veintinueve años —Rand puso el balancín en movimiento con los talones de sus botas—. Citando a Edward Sloan, «la televisión debilita la mente de los hombres y solo sirve para difundir propaganda».

—Así que tu padre...

—No era mi padre —interrumpió Rand en tono cortante—. Edward y Mary me adoptaron cuando tenía nueve años, después de que mis verdaderos padres murieran en un accidente.

Grace pensó que el tono de su voz había sido muy revelador. Mary

había dicho que no había ningún cariño entre Rand y Edward, y empezaba a ver a qué se refería.

—¿Sam y Matt también son adoptados? —preguntó con suavidad.

Rand negó con la cabeza.

—Sam nació un año después de que me adoptaran, y Matt un año más tarde. Toda una broma, ¿no te parece? —dijo con ironía—. Los médicos le habían dicho a Mary que nunca podría tener hijos, de manera que Edward me adoptó, y luego Mary tuvo dos hijos. Eso demuestra que uno no puede creer nada de lo que dice la gente.

Grace tuvo la sensación de que Rand no se había referido a los médicos, de que había algo más oculto bajo la oscura máscara de su rostro, algo que nada tenía que ver con Edward o Mary o con el hecho de que fuera adoptado.

Algo que no era asunto suyo.

Observó en la oscuridad el rostro de Rand. Tuvo que resistir el repentino impulso de alargar una mano y acariciárselo, de deslizar las puntas de los dedos por su mandíbula. El mero pensamiento hizo que su pulso se disparara, pero no pudo imaginarse a sí misma haciéndolo. Además de que eran casi unos desconocidos, estaba segura de que no le agradaría el gesto. No le parecía que Rand fuera un hombre que necesitara o aceptara con facilidad el consuelo.

—Has malgastado tu viaje hasta aquí, Grace.

Grace estaba a punto de tomar otro bocado de tarta, pero detuvo la mano a medio camino. Aquello era ir directamente al grano. Nada de «lo siento», o, «es una lástima», o, «ojalá pudiera ayudarte». Simplemente, «has malgastado tu viaje».

—No estoy de acuerdo —dijo en tono desenfadado, y a continuación tomó su bocado—. Solo por esta tarta y por la comida que ha preparado tu madre ha merecido la pena hacer el viaje. Podría abrir un restaurante cuando vaya a Las Vegas.

Se haría millonaria.

De pronto, Grace percibió en la mirada de Rand un brillo que no había antes.

—¿Por qué son tan importantes esos caballos para ti?

No era la primera persona que le hacía aquella pregunta. Su padre, su madre y todas las personas a las que había solicitado una donación, se la habían hecho. Pero nunca había estado muy segura de cómo responder. Ni siquiera estaba muy segura de saber la respuesta.

—¿Has sentido alguna vez algo tan profundo e importante que las palabras no te han bastado para describirlo? —preguntó, y al ver que Rand no decía nada, continuó

—. Mi tío tiene un rancho en Austin y yo solía pasar tres semanas

todos los veranos con él, montando y ocupándome de sus caballos. Monto desde los ocho años —miró el plato que sostenía en la mano y se encogió de hombros—. Poner en marcha la fundación fue algo que sucedió de repente. Una mañana estaba en la cocina de mi casa, desayunando y tratando de decidir qué ponerme para un almuerzo de caridad que organizaba mi madre aquella tarde, si mis zapatos rosas quedarían mejor con mi falda de flores o mis sandalias de cuero. Rand alzó una ceja.

—¿Zapatos rosas?

—Eh —Grace lo señaló con su tenedor y alzó levemente la nariz—, esas eran decisiones importantes en mi vida. Una chica debe tener mucho cuidado con, lo que se pone en los pies.

Rand movió la cabeza y suspiró.

—No sé por qué, pero no consigo relacionar los caballos salvajes con los zapatos.

—Mientras pasaban esas cosas tan importantes, también estaba viendo la televisión —continuó Grace—. Había un documental sobre una organización de Nevada que se había formado para salvar a una manada de caballos salvajes a las afueras de Reno. Acabé llamando al número que facilitaban para las donaciones y hablé con un hombre llamado Mitch Tanner. El me invitó a ir a ver lo que estaba haciendo su grupo. Acepté, y al volver puse en marcha mi propia organización. Lo demás —dijo a la vez que tomaba otro bocado de tarta—, es historia.

La mirada de Rand se posó en su boca. El brillo que Grace había visto hacía unos momentos en sus ojos se había vuelto oscuro y sensual. Sintió que su pulso volvía a acelerarse.

—¿Por qué has acudido a mí en concreto? —preguntó él.

—Porque en esta ocasión la situación es más complicada —respondió Grace.

—¿Por qué?

—Los caballos lograron escapar de la manada que teníamos rodeada y desaparecieron por el cañón Black River, un cañón conocido por las riadas que se producen en él. Si aún están vivos y no los encontramos pronto, se morirán de hambre o se ahogarán.

Rand dejó de mover el balancín y la miró.

—¿Me estás diciendo que pretendes meterte en un cañón peligroso tras un montón de caballos que ni siquiera sabes si están vivos? ¿De cuántos caballos estás hablando?

Grace tragó saliva. . —Cuatro o cinco. Tal vez seis.

—Estás bromeando, ¿no? —Rand se irguió en el asiento con el ceño fruncido—.

¿Arriesgarías tu vida, o la de algún otro, por intentar salvar a cuatro o cinco caballos?

—Si están ahí y siguen vivos, no tendrán la más mínima oportunidad de sobrevivir a menos que vayamos a sacarlos —Grace cerró los ojos—. Todo el mundo ha rechazado mi plan y me ha dicho que era una pérdida de tiempo.

—Con razón.

Grace abrió los ojos y miró a Rand.

—Me niego a creer eso. Tú podrías hacerlo. Probablemente eres el único que podría hacerlo. Tengo a dos voluntarios esperando a tener noticias mías, dos buenos jinetes dispuestos a entrar en el cañón contigo para echar una mano.

—La Naturaleza puede ser brutal. La vida es así a veces, y no se puede hacer nada por cambiarla —Rand suspiró y luego añadió con más suavidad—: Es mejor dejar correr algunas cosas, Grace. Aceptarlas.

Muy a su pesar, Grace tuvo que aceptar que Rand tenía razón en lo que había dicho antes. Había sido una pérdida de tiempo acudir allí.

Pero por mucho que deseara hacerlo, no pensaba llorar. Al menos, no de momento.

Se obligó a sonreír, se puso en pie y miró a Rand.

—No se puede culpar a una chica por intentarlo. Voy a despedirme de todos y enseguida me voy.

Rand asintió y la siguió al interior de la casa, donde Mary contemplaba un programa de televisión con una sonrisa en los labios. Todos se levantaron para despedirse de Grace, que sorprendió a Mary con un cariñoso abrazo y diciéndole que tuviera suerte con la venta del rancho. Cuando estrechó las manos de Matt y Sam, estos volvieron a flirtear descaradamente con ella, haciéndole ruborizarse.

—Te acompaño al coche —dijo Rand cuando Grace se volvió a estrechar su mano.

—No es nece… —empezó a decir ella, pero Rand ya le había abierto la puerta, de manera que, tras un nuevo adiós a toda la familia, salió de la casa seguida de Rand.

Se detuvo en el porche y volvió a ofrecerle la mano.

—Gracias por todo, Rand. Yo…

—He dicho que te acompañaba al coche.

Apoyó una mano en la parte baja de la espalda de Grace y la impulsó con suavidad hacia su coche. Ella apretó los labios, irritada consigo misma por la facilidad con que reaccionaba su cuerpo cuando aquel hombre la tocaba. Había tenido novios y se había sentido atraída por otros hombres, pero nunca había experimentado nada tan

inmediato e intenso como aquello. Y sospechaba que nunca volvería a experimentarlo.

No debía haber muchos Rand Sloan en el mundo.

Y no estaba segura de si eso era bueno o malo.

Cuando Rand abrió la puerta del coche, Grace casi esperaba que la tomara en brazos y la arrojara al interior para librarse de una vez de ella. Pero, en lugar de ello, dudó, y la miró.

—Te agradezco que hayas sido amable con mi madre —dijo—. Las cosas no han sido siempre fáciles para ella.

«Ni para ti», estuvo a punto de decir Grace.

—Es una mujer muy agradable. Me alegra haberla conocido. Si voy a Las Vegas, trataré de localizarla.

Rand asintió, pero no se movió.

—Bueno —dijo ella, incómoda, y volvió a ofrecerle su mano—. Gracias de nuevo.

Rand ignoró su mano y miró su boca. Grace sintió que su corazón daba un salto.

Rand tensó la mandíbula. Cuando se volvió, el corazón de Grace pareció encogerse.

Estuvo a punto de reírse de sí misma mientras veía cómo se alejaba hacia la casa.

Dios santo, ¿qué había pensado? ¿Que Rand iba a besarla? Eso habría sido ridículo, absurdo. Acababan de conocerse y él había dejado muy claro que...

Oh, oh.

Rand había dado la vuelta y se encaminaba hacia ella con expresión decicida.

Grace contuvo el aliento.

Mientras veía cómo se acercaba, abrió la boca para decir algo, pero las palabras se esfumaron de su mente cuando él la tomó con ambas manos por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Tengo que saberlo —dijo, casi con fiereza, y a continuación cubrió la boca de Grace con la suya.

Nada podría haberla preparado para la avalancha de emociones que se agitaron en su interior. La boca de Rand era dura, exigente. Incluso un poco enfadada. Grace trató de aferrarse a la razón, pero tenía la sensación de que la tierra se había abierto bajo sus pies y se había sumergido en un mundo en el que la lógica y la razón no existían. Se aferró a él, no solo porque quisiera hacerlo, sino porque necesitaba hacerlo.

Su beso la conmocionó, pero la conmocionó aún más darse cuenta de que se lo estaba devolviendo.

Sintió el calor de su fuerte cuerpo presionado contra el de ella, percibió el aroma masculino de su piel. Y cuando Rand penetró con la lengua en su boca, le dio la bienvenida.

Un momento antes había pensado que lo que había sentido por él había sido simple deseo. Pero estaba equivocada. No había nada simple en todo aquello. Era la experiencia más compleja y alucinante que había tenido nunca.

Y de pronto se acabó.

Así como así, Rand la soltó y se apartó de ella. Grace tuvo que apoyarse en la puerta del coche para que las rodillas no se le doblaran.

—Adiós, Grace —dijo Rand con voz ronca y ligeramente áspera.

Luego se volvió y se encaminó hacia el establo. Aún esbozándose por recuperar el aliento, ella lo observó mientras desaparecía en la oscuridad.

Dos horas después, Rand aún podía saborearla.

Incluso mientras golpeaba con el martillo la cabeza del clavo, el sabor a chocolate aún permanecía en su boca. El aroma de su perfume invadía su nariz, la sensación de sus pechos suaves y grandes presionados contra el suyo aún cantaban en su sangre.

Debía ser el loco más grande que había sobre la tierra.

Había pensado que con un simple beso lograría quitársela de la cabeza, que la atracción que sentía por aquella mujer se disiparía en cuanto cediera a sus impulsos, la abrazara y se permitiera simplemente sentir.

Pero había sido un gran error.

Como si su vida no fuera ya bastante difícil, había tenido que complicarla aún más.

Maldiciendo entre dientes, tomó otra tabla, la apoyó contra la que acababa de clavar. Las once de la noche era una hora intempestiva para ponerse a arreglar un corral, pero le daba lo mismo. A fin de cuentas, no creía que esa noche fuera a dormir demasiado.

Apreciaba que sus hermanos comprendieran su necesidad de estar solo aquella noche. También estaban enterados de lo de la carta. Se la había enseñado cuando la había recibido. Matt había soltado un silbido; Sam había soltado un juramento. No le habían preguntado qué pensaba hacer. Ambos sabían que Rand se lo diría cuando estuviera listo.

—Es un poco tarde para andar clavando clavos, ¿no te parece?

Rand se volvió al oír la voz de su madre. Estaba en la puerta del establo, vestida con una bata roja sobre un pijama blanco de algodón y con sus botas vaqueras negras puestas. Sostenía una botella de Jack Daniel's en una mano y dos vasos en la otra.

Rand se irguió y se encogió de hombros.

—Había que hacerlo. Esta hora es tan buena como cualquiera.

Mary se acercó a él, dejó los vasos en el caballete de trabajo que estaba utilizando Rand y sirvió una generosa dosis de whisky en cada uno.

—Ha sido un largo día.

Rand dejó el martillo y tomó el vaso que le ofrecía. Bebió su whisky de un trago mientras Mary daba un sorbo al suyo.

—¿Me odias, Rand? Él frunció el ceño.

—¿Por qué me haces una pregunta tan tonta? Mary miró su bebida.

—Deberías odiarme. Edward Sloan se comportó como un miserable contigo.

Hicieras lo que hicieras, siempre te trató como una basura. Debería habérselo impedido.

—No habrías podido hacerlo —Rand tomó la botella—. Nadie podría haberlo hecho.

—Si solo hubiéramos estado tú y yo —dijo Mary con suavidad—, lo habría dejado.

Pero después de que nacieran Matt y Sam nunca me habría dejado ir.

Hasta entonces nunca habían hablado de aquello. De las estrictas reglas disciplinarias de Edward, de la falta de amor en la casa. Del hecho de que Edward había odiado abiertamente a Rand, un chico medio indio que no pertenecía a su sangre. Rand sabía que si Mary no hubiera estado allí para controlar el genio de su marido, para equilibrar su maldad, él se habría ido de allí antes de cumplir los diecisiete años.

Pero había una pregunta a la que no había dejado de darle vueltas durante todos aquellos años, una pregunta que nunca había sido contestada.

—¿Por qué me adoptó?

Mary dio un sorbo a su whisky.

—Yo quería adoptar un niño, pero él no. Una noche recibí una llamada de un abogado de Granite Springs que se había enterado de que estaba interesada en la adopción. Me habló de ti, me contó que toda tu familia había muerto en un accidente y que si nos reuníamos aquella misma tarde podría adoptarte de inmediato, sin el periodo de espera habitual.

—¿Y eso no te extrañó?

—No era tonta. Sabía que no era legal, pero no me importó. Estabas tan asustado, tan perdido, y me enamoré de ti en cuanto te vi.

Le dije a Edward que si no te adoptábamos lo abandonaría —Mary suspiró—. Debería haber dejado que te fueras a una familia mejor, una en la que ambos padres te quisieran. Pero fui muy egoísta.

Esperaba que Edward llegara a encariñarse contigo, que aprendiera a quererte tanto como yo. Pero fue una estupidez pensar aquello, y tú pagaste por ello.

Rand movió la cabeza.

—Ya da igual. Además, de todo ello también surgió algo bueno. Os tengo a ti y a Matt y a Sam.

—Y ahora también tienes a tus verdaderos hermanos —dijo Mary con suavidad—.

Seth y Lizzie.

Rand contuvo el aliento. ¿Los tenía de verdad? ¿Sería posible después de tanto tiempo?

—Tienes que ponerte en contacto con ese abogado de Wolf River, Rand —dijo Mary—. Habla con él al menos.

—Pensaré en ello. Mary asintió.

—¿Y Grace?

Rand alzó la mirada.

—¿"Qué pasa con ella?

—Deberías ir con ella a ese cañón en el que están atrapados los caballos. Podrías pensar mucho allí.

—Esos caballos son una causa perdida —dijo Rand, y tomó otro trago de whisky.

—El mundo está lleno de causas perdidas, hijo —Mary se levantó y miró a Rand a los ojos—. Son las que más ayuda necesitan —giró sobre sí misma y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se detuvo —. ¿Rand? —dijo, sin volverse.

—¿Sí?

—Gracias por el televisor. Rand no pudo evitar sonreír.

—De nada.

Mary dio otro paso adelante y se detuvo una vez más.

—¿Rand?

—¿Sí?

—Te quiero.

Antes de que Rand pudiera responder, ya se había ido. Con un suspiro, se sentó en el caballete, se sirvió otro whisky, sacó la carta que llevaba en el bolsillo y la abrió.

Querido señor Rand Blackhawk...

—Podemos hacerlo sin él, Tom —dijo Grace, que estaba hablando por teléfono mientras caminaba sin cesar de un lado a otro de la habitación. Aún estaba en pijama, esperando el café que había

encargado en recepción—. Compraré hoy todas las provisiones y nos reuniremos en la entrada del cañón dentro de dos días.

Escuchó mientras Tom trataba de convencerla de que no debían acudir sin Rand.

—No hay nada sobrenatural en Rand Sloan —dijo, irritada—. No creas todo lo que oyes. Es solo un hombre, un buen jinete, desde luego, pero es solo un hombre normal y corriente.

«Mentirosa», se dijo a sí misma mientras Tom seguía discutiendo. Rand no tenía nada de normal y corriente. Y tampoco estaba segura de que no hubiera nada sobrenatural en él.

Debía haberla embrujado. No solo lo había besado como si fuera una hambrienta de sexo, sino que había soñado con él toda la noche. Y había tenido unos sueño ardientes, eróticos, en los que él acariciaba su piel desnuda, su boca y su cuello, sus pechos, y...

Se ruborizó solo de pensarlo.

Al oír que Tom la llamaba por su nombre volvió a prestar atención al teléfono.

—Podemos hacerlo, Tom. Sé que podemos.

Apartó unos rizos de su frente y miró su reloj. Ya eran las diez y quería salir hacia el cañón Black River a las doce, después de comprar lo necesario. Si no hubiera dormido más de la cuenta, ya estaría en marcha.

—Escucha —dijo al ver que Tom se negaba a hacerle caso—. Tú y Marty sois unos jinetes excelentes y sabéis manejar a los mustang de maravilla. Podéis...

Se interrumpió al oír que llamaban a la puerta. Gracias a Dios. Por fin iba a tener su dosis de cafeína.

—Espera un momento —dijo, y fue a abrir la puerta.

Oyó que Tom decía algo, pero fue incapaz de pronunciar palabra. De manera que se limitó a seguir mirando.

Rand estaba en el umbral de la puerta, apoyado contra el marco en actitud despreocupada. Vestía vaqueros, camisa negra arremangada, sombrero negro, botas vaqueras negras y gafas de piloto.

Grace pensó que parecía el propio Satán.

—Buenos días —saludó Rand y la miró de arriba abajo.

Ella seguía sin poder hablar. Tom estaba frenético al otro lado de la línea, pensando que le había sucedido algo malo.

Grace

—Corazón —dijo Rand con voz ronca—, tienes «unos minutos para vestirte.

Luego entraré.

Capítulo Cuatro

Grace logró organizarse en cuatro minutos y medio. Se puso una blusa blanca sin mangas, unos vaqueros y sus botas y se sujetó la mata de rizos despeinados en lo alto de la cabeza con una horquilla.

Cuando abrió la puerta vio a Rand apoyado contra su coche, bebiendo café en un vaso de plástico.

Su café, pensó.

Cuando Rand alzó la mirada, ella sintió que su estómago se llenaba de mariposas.

Aquel hombre debería estar prohibido, o al menos debería llevar un mensaje de advertencia como los paquetes de tabaco: «Rand Sloan puede resultar peligroso para la salud de las mujeres de todas partes».

Respiró profundamente, cuadró los hombros y avanzó hacia él.

—Robar el café del desayuno de una persona está castigado con la pena máxima en este estado. Grand alzó una ceja.

—¿En el estado de Texas?

—En el estado de Grace.

Rand sonrió y ella volvió a sentir un revoloteo de mariposas en el estómago.

—¿No te enseñó tu madre a compartir? —preguntó él a la vez que le alcanzaba el café.

—No con hombres que se presentan sin avisar ante la puerta de mi habitación.

—Tú te presentaste sin avisar en mi casa.

—Tocada —Grace alzó la taza hacia él, dio un sorbo y se la devolvió.

Quería preguntarle qué hacia allí, por qué había ido, pero, en lugar de ello, esperó.

Ya sabía que Rand era un hombre que hacia las cosas a su manera y a su ritmo.

Le preocupaba que no estuviera allí porque hubiera cambiado de opinión respecto a ir al cañón Black River, sino que hubiera ido por ella. Bueno, no exactamente por ella, sino por sexo. Después de cómo había correspondido a su beso la noche anterior, no debía tener ninguna duda respecto a la atracción que sentía por él. Tal vez tenía un picor y pensaba que ella podía rascárselo.

Aquel pensamiento hizo que el estómago se le encogiera. No había pretendido darle la impresión de que se metía en la cama con hombres desconocidos, o incluso con hombres conocidos, cosa que no hacía.

Pero el modo en que había correspondido a su beso, sin emitir la más mínima protesta, podía haber parecido una invitación para algo

más íntimo. Apenas podía culparlo si eso era lo que estaba pensando.

De todos modos, no podía creer que hubiera conducido cien millas para un simple revolcón. No creía que Rand Sloan tuviera que viajar muy lejos para encontrar una mujer dispuesta.

No, no estaba allí en busca de sexo. Intuía que, si fuera así, ya se lo habría dicho.

Le enfadó sentirse casi decepcionada por ello.

Pero al comprender por qué estaba allí, sintió que su pulso volvía a acelerarse.

Rand iba a ir con ella al cañón Black River. Había cambiado de opinión.

Su primer impulso fue rodearlo por el cuello con los brazos, pero se contuvo. Ir con él a Black River ya iba a ser bastante difícil. Cualquier intimidad entre ellos, aunque fuera un inocente abrazo, solo complicaría más su ya delicada relación.

Ni siquiera iba a preguntarle por qué había cambiado de opinión.

Terminaron el café en silencio y luego Rand le alcanzó la taza.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo él a la vez que miraba su reloj—.

Tenemos que llegar a Dallas antes de que anochezca.

«Qué típicamente masculino», pensó Grace. Rand no había dicho «si aún te intereso para el trabajo», o, «lo he pensado y he decidido ir contigo». Solo se había limitado a decir que deberían ponerse en marcha.

Pero., no tenía la más mínima intención de discutir por ello.

—Tendremos que comprar suministros. Tengo una...

—Eso ya está hecho —Rand hizo un gesto con la cabeza en dirección a un todo terreno azul oscuro con un doble remolque para caballos.

Grace parpadeó al verlo y luego miró a Rand.

—Veo que no pierdes el tiempo, ¿no?

—No una vez que tomo una decisión. ¿Estás lista para ponerte en marcha?

La pregunta de Rand fue como un cubo de agua fría para Grace. ¿Lo estaba? Se había sentido tan segura de sí misma, tan decidida... Pero ahora que Rand había decidido acompañarla, estaba aterrorizada.

Respiró profundamente y asintió.

Cinco minutos después, tras llamar a Tom y pagar en el motel, Rand la siguió en su vehículo mientras ella iba a devolver el suyo a la casa de alquiler. Luego subió al todo terreno de Rand y se pusieron en camino.

El desierto parecía no tener fin, con sus cactus, sus plantas rodadoras y su hierba seca, pero el paisaje iría cambiando poco a poco según se acercaban a Austin.

Rand quería llegar a Dallas antes de que oscureciera, para instalar los caballos y dormir bien aquella noche de manera que al día siguiente volvieran a ponerse en marcha temprano.

—¿Quieres que conduzca un rato? —preguntó Grace, que acababa de comerse una hamburguesa y unas patatas que habían comprado en el trayecto—. Lo justo es que compartamos el trayecto.

Rand la miró de reojo mientras conducía y enseguida apartó la vista. Pero no pasó mucho tiempo antes de que una imagen surgiera en su mente, una imagen que había tratado de apartar todo el día; Grace en pijama con el pelo cayendo en torno a sus adormecidos ojos.

Verla así aquella mañana, recién levantada, lo había pillado por sorpresa. Y la había deseado al instante. Habría querido entrar en el dormitorio, cerrar la puerta y deslizar sus manos bajo la suave tela de algodón del pijama para tocarla por todas partes.

Y aún quería hacerlo.

Apartó sus pensamientos de lo que le habría gustado hacer con la señorita Grace Sullivan y preguntó:

—¿Has conducido alguna vez con remolque?

—Por supuesto. La Barbie Ranchera venía completa con todo terreno y remolque.

Barbie y yo viajábamos juntas a todas partes en él.

Rand ladeó la cabeza y le dedicó su mejor mirada de «eso ni siquiera merece una sonrisa».

Los ojos de Grace brillaron con humor cuando subió una pierna al asiento y enlazó ambas manos en torno a su rodilla.

—De hecho, sí he conducido remolques, aunque normalmente distancias cortas.

He transportado varios de los caballos de la fundación hasta los hogares de sus dueños adoptivos.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó Rand—. Me refiero al proceso de adopción.

—Fundamentalmente a través de Internet. También Hacemos subastas cada dos meses en el rancho Double S, donde entrenamos a los caballos que atrapamos y a otros que nos traen.

—¿Que os traen?

—Los caballos que la gente no quiere tener o que no puede permitirse tener. Cada caballo es examinado a fondo y le asignamos un número en la escala de adoptabilidad.

«La escala de adoptabilidad». Las manos de Rand se tensaron en

torno al volante.

Sabía que no era razonable, pero le resultó imposible no equiparar los caballos de Grace con lo que aquellos bastardos hicieron con él y con Seth y Lizzie veintitrés años antes. Tras evaluarlos les asignaron un número que determinaba su valor para la humanidad. Aunque entendía que aquel sistema pudiera funcionar para los caballos, resultaba inherentemente equivocado para los seres humanos.

El sabía que había sido adoptado ilegalmente; al menos lo sabía ahora. Pero el hombre y la mujer que se lo llevaron aquella noche le dijeron que toda su familia había muerto y que él era el único superviviente.

Mentiras. Todas mentiras.

¿Por qué? Sus ojos se entrecerraron mientras miraba la carretera que se extendía ante él. ¿Por qué iba a hacer alguien algo tan mezquino como separar a tres niños tras la muerte de sus padres y decirles que sus hermanos habían muerto? ¿Cómo podía ser alguien tan despiadado, tan cruel?

Por dinero, por supuesto. El dinero solía ser lo que motivaba a la mayoría de los hombres y las mujeres. ¿Habría habido alguna especie de subasta ilegal de su hermana y su hermano? Eran más jóvenes que él y, por tanto, también era más fácil que los adoptaran. Especialmente a la pequeña Lizzie, con sus grandes ojos azules y su brillante pelo castaño. Se parecía más a su madre que ninguno de ellos, y la mezcla de nativo americano y Gales le confería un aspecto muy exótico.

Pensar que su hermana hubiera sido vendida al mejor postor, como si se tratara de un caballo, le hizo sentirse de repente enfermo.

Oyó que Grace lo llamaba y volvió a concentrar su atención en la conducción.

—¿Qué sucede, Rand? —preguntó Grace, preocupada.

—Nada —murmuró él entre dientes.

—Eso no es cierto —Grace se inclinó hacia él con el ceño fruncido —. Te has puesto blanco como un fantasma y estás sudando.

—Estoy bien —Rand se frotó la frente con la manga de la camisa y trató de controlar los latidos de su corazón—. ¿Por qué no descansas un poco? Aún tenemos varias horas de viaje por delante. La próxima vez que paremos puedes sustituirme.

Así no habría más charla y él podría mantener sus demonios a raya a base de concentrarse en otras cosas.

—¿Estás seguro? —preguntó Grace, preocupada.

—No me vendría mal un poco de silencio —replicó él con más firmeza de la que pretendía, y notó que Grace se retraía al oír sus

palabras.

—De acuerdo —dijo ella, y apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento. Rand pudo percibir la tensión de su cuello y hombros y sintió el impulso de tocarla, de decirle que lo sentía.

Pero no podía hacerlo. Sería mejor mantener las distancias. Ya le había contado suficientes cosas sobre sí mismo, cosas que nunca le había contado a nadie más. De algún modo, Grace había logrado meterse bajo su piel, le había hecho sentir cosas que nunca antes había sentido. Cosas que no quería sentir.

No iba a negar que la quería en su cama, que quería sentir su cuerpo dentro del de ella. Pero solo como algo físico. No en su vida, en su corazón.

Eso no podía suceder.

—¿Sabías que las huellas mejor conservadas de un dinosaurio en todo Texas están cerca de aquí?

—preguntó Grace mientras Rand y ella examinaban el menú de un restaurante de carretera. La información sobre los dinosaurios estaba en los tapetes que cubrían la mesa, pero dudaba que Rand se hubiera fijado—. Las primeras huellas de un saurópodo se encontraron aquí

—¿En serio?

—También encontraron las de otros dinosaurios.

Rand gruñó pero no respondió. Se limitó a seguir mirando su menú.

Pero Grace ya estaba cansada de tanto silencio. La actitud de lobo solitario adoptada por Rand desde que le había dicho que quería viajar en silencio la estaba poniendo de los nervios. Estaba cansada y hambrienta y necesitaba hablar. Con o sin él.

—Algunos medían hasta quince metros de largo y comían carne —continuó, con tanto interés como pudo.

—Pues espero que no hayan encargado la comida antes que nosotros —dijo Rand en tono despreocupado mientras tomaba la botella de cerveza que había pedido—.

No querría tener que pelearme con uno de ellos por el último filete.

No era mucho, pero al menos era un comienzo, pensó Grace, aliviada. Rand se había estado comportando todo el día como si hubiera tenido algo amargo atragantado en la garganta.

Habían salido hacía menos de una hora de la autopista y habían encontrado un pequeño motel en el que Rand se había podido ocupar de los dos caballos que había llevado, una delicada yegua y un percherón.

Grace estaba dando un sorbo al «margarita» que había pedido de

aperitivo cuando una bonita camarera rubia se acercó a toda prisa a la mesa que ocupaban.

—¡Rand Sloan! Eres toda una visión, vaquero. ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿En Abilene, o en Del Rio.

—En el Paso —respondió Rand con una sonrisa.

—¡En el Paso! No es de extrañar que no te haya visto el pelo —la mujer volvió la mirada hacia Grace y le ofreció su mano—. Hola, soy Crystal. Esperaba que Rand nos presentara, pero me temo que eso no habría sucedido antes de mi jubilación.

Teniendo en cuenta que la camarera no parecía tener más de treinta años, Grace decidió que aquello habría sido demasiado tiempo. Sonrió y estrechó su mano.

—Grace Sullivan.

Y teniendo en cuenta lo mucho que viajaba Rand, supuso que debía conocer a un montón de mujeres en el estado de Texas.

—Grace Sullivan —repitió Crystal, pensativa y, de pronto, sus ojos se iluminaron

—. Ya sé quién eres. Estás en esa agencia de adopción de caballos. Te vi en la tele la semana pasada. Te estaba entrevistando ese tipo tan atractivo del canal ocho.

Normalmente, alguno de los voluntarios de la fundación se ocupaba de las relaciones públicas, pero no había ninguno disponible aquel día y Grace se había visto obligada a ocuparse de la entrevista. No se sentía cómoda ante ninguna clase de cámara, pero el programa había servido para recibir numerosas donaciones, de manera que no podía quejarse.

—Eh, Pinkie —dijo Crystal por encima del hombro al encargado del restaurante

—. Tenemos una celebridad entre nosotros. Trae un poco de guacamole y unas patatas y asegúrate de que estas bebidas corran a cuenta de la casa.

Grace sintió que se ruborizaba cuando varías personas rodearon la mesa en la que estaban, incluyendo al dueño y los camareros. Al mirar a Rand, vio que sonreía levemente a la vez que se apoyaba contra el respaldo del asiento.

A pesar de todo, una vez que empezó a hablar de la fundación y de sus fines, olvidó por completo a Rand y se concentró en las personas que habían rodeado la mesa.

Por su parte, Rand no la había olvidado a ella en lo más mínimo.

La observaba, fascinado por el modo en que se iluminaban sus ojos cada vez que hablaba de la fundación. Sabía que había poca gente apasionada por su trabajo. Él había tenido suerte. Desde los cinco años

de edad había sabido lo que quería hacer.

Nunca se había planteado otra cosa que no fuera trabajar con caballos. Habría preferido beber alquitrán a ponerse una corbata y un traje o trabajar en el interior de alguna oficina de ocho a cinco.

Cuidar y entrenar caballos era algo natural para él. Y, al parecer, Grace se sentía tan cómoda rodeada de gente como él de caballos. Su rostro parecía especialmente animado mientras hablaba de su organización. Cuando rió por algo que dijo uno de los rancheros locales, Rand sintió que algo se agitaba en su pecho. Cuando dio un sorbo a su margarita y luego se quitó la sal de los labios con la lengua, sintió que algo se movía en una parte más baja de su cuerpo.

Aquel simple movimiento de la lengua de Grace sobre su boca hizo que la sangre corriera más rápido por las venas de Rand.

Con un tremendo esfuerzo, apartó la mirada de ella y la volvió hacia las personas reunidas en torno a la mesa. Había acudido a aquel rancho a menudo durante los tres meses que trabajó en el Rocking J, en Waxahachie, un pueblo que se hallaba a cinco millas de allí. Calculaba que aquello había sucedido hacía unos tres años. Teniendo en cuenta la cantidad de ranchos en los que había trabajado, a veces le costaba recordar qué año había trabajado dónde. A veces no sabía en que año vivía, o dónde estaba.

O quién era.

Aquella era la gran pregunta. ¿Quién diablos era él? ¿Rand Blackhawk, o Rand Sloan? Solo había sido Rand Blackhawk durante nueve años. ¿Podía volver a serlo?

¿Quería volver a serlo?

Y una vez que supieran que estaba vivo, ¿querrían Lizzie y Seth volver a tenerlo por hermano?

¿Podrían perdonarlo alguna vez?

Sabía que él nunca podría perdonarse a sí mismo.

Un estallido de risas hizo salir a Rand de sus pensamientos. Al principio había agradecido la presencia de toda aquella gente porque así no había tenido que hablar con Grace, pero ya estaba deseando que se fueran.

Sobre todo el tipo del sombrero blanco que no había apartado la mirada de Grace desde que se había acercado a la mesa. Rand recordaba que era un ranchero llamado Clay Johnson que vivía en Brandon, aunque todo el mundo lo llamaba CJ. Lo último que había sabido de él era que estaba separado con dos hijos y que buscaba pareja. Al parecer, y dado el interés que estaba mostrando por Grace, aún no la había encontrado.

Y, por estúpido que fuera, a Rand no le estaba haciendo ninguna

gracia su actitud.

Nunca había sido del tipo celoso. Ni siquiera recordaba haberse sentido posesivo o molesto si algún hombre miraba a la mujer con la que estaba.

Pero no estaba con Grace, se recordó. Era posible que la hubiera besado, pero eso había sido antes de que aceptara trabajar para la fundación. Su relación era meramente profesional, y así debía seguir. Necesitaba mantenerse centrado.

Y lo estaba, pensó con ironía. Estaba centrado en la increíble boca de Grace, en sus largas piernas, en sus tentadores pechos...

Dejó la jarra de la cerveza sobre la mesa con un golpe seco y atrajo algunas miradas del grupo, incluyendo la de Grace.

—¿Crees que nuestra comida estará lista antes de navidades? —preguntó a Pinkie, que había salido de la cocina y estaba ocupada cotorreando con las personas reunidas en torno a la mesa—. ¿O tengo que ir a la cocina a servirme yo mismo?

—Tú mismo, Rand —dijo Pinkie, y situó una silla junto a la de Grace—. Las costillas ya están listas y esperando al fuego.

Rand se inclinó hacia ella y murmuró:

—Si no tengo mi comida delante en dos minutos, vas a ser tú la que acabe tostándose al fuego.

Pinkie suspiró y volvió a la cocina. Viendo el humor de Rand, los demás hicieron lo mismo, incluyendo a C J.

Pero no antes de darle a Grace su tarjeta y decirle que lo llamara si necesitaba su ayuda en cualquier sentido.

Rand apretó la mandíbula con tal fuerza que estuvo a punto de quebrarse un diente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Grace, preocupada.

—Sí. Perfectamente —gruñó él.

Ella alzó una ceja, pero no dijo nada.

Tras un largo momento de silencio, dijo:

—¿Sabías que los saurópodos eran reptiles vegetarianos de más de veinte metros de largo y que pesaban cerca de treinta toneladas.

—No me digas.

Rand reprimió un gemido, escuchó a Grace mientras seguía dándole el informe sobre los dinosaurios y rogaba para que la comida acabara pronto.

Capítulo Cinco

Llegaron a la entrada del cañón a última hora del día siguiente, con el tiempo justo para montar el campamento antes de que anocheciera. Mientras Rand se ocupaba de los caballos, Grace reunió ramas y cortezas de los árboles cercanos, las apiló en un agujero que había cavado junto a una piedra perfecta para sentarse y les acercó una cerilla. Necesitó utilizar casi toda la caja, pero cuando, finalmente, una llama surgió de la hojarasca, dio un gritito de alegría.

Enseguida se mordió la lengua y adoptó una actitud despreocupada cuando Rand la miró desde donde estaba atando los caballos. Alzó una ceja con curiosidad y luego volvió a centrarse en su tarea.

Grace le sacó la lengua y le hizo una mueca. Nunca lo admitiría ante él, pero aquel era su primer fuego.

Lo cierto era que solo había ido de acampada un par de veces en su vida, pero Rand no tenía por qué enterarse. Estaba segura de que nunca la habría dejado ir al cañón si hubiera estado al tanto de su falta de experiencia.

Sabía que la consideraba una niñita de ciudad aburrida y rica que tenía demasiado dinero en sus manos. Y tal vez fuera rica, pero no necesitaba poner excusas porque su padre fuera dueño de una importante empresa, o porque hubiera ido a las mejores escuelas y hubiera sacado el título de empresariales en la universidad. Sin duda, no se aburría, y desde que había puesto en marcha la fundación apenas había tenido tiempo de nada. Solo deseaba que el día tuviera más horas.

Miró el fuego y sonrió. Rand Sloan podía pensar lo que quisiera. ¿Qué más le daba? Ella había escuchado su corazón, y nadie, sobre todo un vaquero testarudo y temperamental como Rand, iba a impedirle hacer lo que necesitaba hacer.

Unas enormes y escarpadas montañas rodeaban la zona en la que se habían detenido. Un riachuelo circulaba entre un grupo de robles cercanos y el canto de decenas de ranas invadía el aire, cálido y cargado de olor a naturaleza a aquellas horas. Grace contempló el esplendor de la naturaleza que la rodeaba y se sintió...

plena. Nunca había estado en un lugar tan remoto, y allí era imposible no sentir el poder de algo más grande que uno mismo.

—Impresionante, ¿verdad?

Grace contuvo el aliento al oír la voz de Rand a sus espaldas. Estaba tan centrada en sus sensaciones que no le había oído acercarse.

Respiró profundamente y asintió.

—Uno podría olvidarse de todo aquí. De las facturas, del trabajo,

de las docenas de problemas diarios a los que estamos acostumbrados…

—¿Cómo elegir entre unos zapatos rosas o unas sandalias de cuero?

Grace percibió el tono burlón de la voz de Rand y sonrió. No se volvió, temiendo que el momento mágico que estaban compartiendo desapareciera. Tras otro día de viaje sin haber podido extraer más que algún que otro monosílabo de Rand, estaba deseando mantener una conversación normal y corriente.

—Nadie elige dónde nace —dijo en tono ligero. Tras un momento, añadió—: ¿Y

tú, Rand? ¿Cómo te condicionó tu nacimiento?

Al ver que Rand no decía nada, Grace temió haber sobrepasado la línea invisible que lo rodeaba, la que no permitía cruzar a nadie.

La cálida brisa llevó hasta ellos un fresco olor a enebros. El sonido del fuego y las ranas del riachuelo se perdió en la distancia, como si la propia naturaleza estuviera esperando una respuesta. El silencio se prolongó entre ellos.

Cuando, finalmente, Rand habló, Grace soltó el aliento que estaba conteniendo.

—Mi padre era un comanche. Mi madre era de Gales. Estaba becada para hacer su último año de estudios en la Universidad de Texas. Mi padre estaba haciendo un curso de cría de caballos. Se conocieron en la cafetería y dos meses después estaban casados. Compraron un pequeño rancho en la zona en que se crió mi padre y se fueron a vivir a él —Rand hizo una pausa y luego continuó—. A uno de los hermanos de mi padre le enfureció que mi padre diera la espalda a sus antepasados y se casara fuera de la reserva con una mujer que no era de su raza. Hubo problemas en la familia. Un sábado, cuando yo tenía ocho años, fuimos al pueblo con mis padres. Estábamos en la ferretería cuando entró un hombre y se quedó mirando a mi padre con la expresión de odio más intensa que había visto en mi vida. Luego se dio la vuelta y se fue. Mi madre me contó después que aquel era mi tío.

Aunque Grace nunca se había visto expuesta a aquel prejuicio, no era tan ingenua como para no saber que existía. Y el hecho de que sucediera en la familia lo empeoraba aún más.

—¿Volviste a verlo alguna vez?

—Una —dijo Rand, y su voz sonó tensa—. La noche en que mis padres murieron.

Me miró con la misma expresión de odio, me dio la espalda, dijo algo a la mujer que estaba con él, entró en su coche y se fue. La mujer

me llevó a su casa y dos días después fui adoptado por los Sloan.

Grace no podía imaginar que alguien pudiera dar la espalda a un niño, y menos un familiar. Se enfureció contra aquel hombre que nunca había conocido.

—¿Y no tenías más familia? ¿No tenías algún lugar al que ir?

—Mi padre tenía otro hermano, pero ya había muerto. Mis padres llevaban una vida bastante solitaria en el rancho.

Grace alzó el rostro y vio el dolor que reflejaba la mirada de Rand.

—¿Y el funeral? —preguntó—. ¿No fuiste al funeral?

—Que yo sepa, no hubo funeral. Mi tío hizo que se llevaran el cuerpo de mi padre a la reserva. No se qué fue del de mi madre —Rand bajó la mirada hacia ella, frunció el ceño y dijo con suavidad—: eh, ¿qué pasa?

Alzó una mano y frotó con el pulgar una lágrima de su mejilla. Grace ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Yo… lo siento tanto por ti… Por tus padres. Él la tomó por la barbilla y siguió acariciándola con el pulgar.

—Fue hace mucho tiempo, Grace. La vida sigue. Ella cerró los ojos y sintió que otra lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Eras tan pequeño… Debiste pasar mucho miedo.

—Durante un tiempo. La mujer que me llevó al motel fue muy agradable, y Mary Sloan fue una buena madre para mí. Lo superé.

Un niño debía hacer algo más que «superarlo», pensó Grace. Ella tenía una familia estupenda, y sabía que, bastante a menudo, daba aquel hecho por descontado, cosa que en aquellos momentos le hizo sentirse muy avergonzada.

Suspiró y volvió la mejilla en la mano de Rand. La áspera textura de la palma encallecida contra su piel, el aroma a tierra y a caballo y a hombre, se adueñaron de sus sentidos.

Y supo que no era él el único que había bajado la guardia. Tal vez se debía a los dos largos días de viaje, al hecho de que estaba cansada. O tal vez era la belleza física y espiritual de la entrada del cañón lo que le estaba produciendo aquella confusión mental. Probablemente era una combinación de ambas cosas. Pero hasta que había conocido a Rand ningún hombre había logrado que su pulso se acelerara solo con mirarla, que su cuerpo respondiera a una simple caricia.

Le aterrorizaba desearlo. Y que él lo supiera.

Había mucho más en aquel hombre de lo que se veía a simple vista. Mucho más que el solitario y duro vaquero que aparentaba ser. Era posible que lo hubiera

«superado», pero no sin cicatrices.

Su pulgar, con el que aún le estaba acariciando la mejilla, era

suave y delicado. La dura expresión de sus ojos se había suavizado, lo mismo que la tensión de su boca.

¿Qué pasaría si le besara la mano, si se acercara a él y lo rodeara por los hombros con sus brazos?

Grace sintió los poderosos latidos de su propio corazón y se preguntó si él podría oírlo.

Sería tan fácil dejarse llevar… Dos personas que se atraían mutuamente, a solas en la montaña, compartiendo un momento de ternura… Sabía que sería fácil ceder a sus sentimientos. Pero cuando el momento pasara y la realidad volviera a asentarse entre ellos, las cosas no serían tan fáciles. Eso sería lo más duro pues estaba segura de que, para ella, hacer el amor con Rand implicaría mucho más que una mera unión de sus cuerpos. ¿Se atrevería a correr el riesgo sabiendo con certeza que después sufriría?

Al oír el sonido de los cascos de los caballos, Rand dejó caer la mano y tomó la decisión por ella. Grace estuvo a punto de protestar y tuvo que morderse la lengua para no pedirle que siguiera acariciándola. Y más cosas.

—Tengo que terminar con los caballos —dijo Rand con voz ligeramente ronca—.

Hay una bolsa de latas en la camioneta. ¿Por qué no calientas algo?

Grace se habría reído de las últimas palabras de Rand si no hubiera tenido un nudo en la garganta. Era la segunda vez que se daba la vuelta y se alejaba de ella desde que lo conocía, haciéndole sentirse como si estuviera en una cuerda floja tratando de mantener el equilibrio.

Observó cómo se alejaba, respiró profundamente y se encaminó hacia la camioneta en busca de algo que «calentar».

Dos horas más tarde Rand estaba sentado en la roca que se hallaba junto al fuego con una taza de café solo en las manos.

Aquel era el momento del día que más le gustaba. Cuando el sol acababa de ponerse y el cielo se llenaba de miles de estrellas. Había dormido bajo aquellas mismas estrellas cientos de veces, y cada vez sentía la misma euforia.

La misma paz.

Probablemente, aquel era su único medio de encontrar un poco de paz. Bajo los inmensos cielos de Texas, tan apartado como le fuera posible de la gente, los coches y el asfalto. En un lugar como aquel, Rand podía relajarse. «Uno podría olvidarse de todo aquí», había dicho Grace.

Y también recordar…

«Rand Blackhawkm, deja de pelear con tu hermano ahora mismo o haré que tu padre te cuelgue de la valla para que comas ahí la cena».

«Eh, Rand, he encontrado una culebra. ¿Qué te parece si la metemos en la cama de mamá para oír los gritos que da?»

« ¿Te gusta tu nueva hermanita, Rand? Se llama Elizabeth Marie. ¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?»

Recordaba el olor a detergente de limón después de que su madre limpiaba el suelo de la cocina, el sonido de las botas de su padre en el porche cuando iba a entrar a comer, la severa mirada de su madre para que sus hijos unieran las manos y bajaran la vista cuando bendecía la mesa.

Eso era todo lo que le quedaba de su familia. Algunos recuerdos. La noche del accidente lo único que se llevó consigo fue su ropa ensangrentada. Luego le dieron ropa nueva, un nuevo hogar y un nuevo nombre. Como si nada hubiera existido antes de aquello.

Un antiguo y conocido dolor se instaló en su pecho. Había veces en que se planteaba ir a buscar a su tío para enfrentarse a él, para preguntarle por qué. Pero nunca lo hacía, porque sabía que no obtendría nada con ello. Nada cambiaría. Sus padres seguirían muertos y, hasta unos días antes, había creído que sus hermanos también.

Pero las cosas habían cambiado.

Habían cambiado dramáticamente.

Tendría que enfrentarse a aquellos cambios en cuanto terminara su trabajo, pero aún no había tomado ninguna decisión al respecto. No sabía qué iba a hacer .Desde la noche del accidente, Rand había jurado que nunca dejaría que nada volviera a asustarlo. Y así había sido.

Hasta que se había enterado de la verdad.

El fuego crepitó y le hizo salir de sus pensamientos. Miró las llamas y recordó la excitación de Grace cuando había logrado encender el fuego. Estaba claro que nunca había encendido ninguno, pero no había duda de que la señorita Grace Sullivan era una dama decidida, pensó, sonriente.

Una dama decidida y muy sexy.

Él siempre había separado el sexo del trabajo. En cuanto las cosas empezaban a animarse las mujeres se ponían a pensar en casitas, vallas y un montón de niños. Pero a él le gustaba su vida tal y como era. Iba a donde quería, cuando quería y con quien quería.

Y así tenía pensado que siguieran las cosas.

Tomó una piedra y la arrojó distraídamente al fuego para ver cómo ascendían las chispas. ¿Por qué le estaba costando tantos esfuerzos

controlarse con Grace? No era tan tonto como para no saber que las hormonas le estaban jugando una mala pasada.

Deseaba a aquella mujer, y habría sido una tontería negarlo. Pero también habría sido una tontería negar su atracción por ella.

Había tenido algunas relaciones breves, pero siempre había sido sincero desde el principio. El no era la clase de hombre adecuado para llevar una vida familiar.

Nunca lo sería. Llevaba demasiado tiempo viviendo por su cuenta.

Grace pertenecía a otro mundo. Un mundo en el que las rosas crecían tras las vallas, en el que la comida estaba siempre en la mesa a las seis en punto y en el que circulaban bebés con gorritos haciendo ruiditos incomprensibles. El hecho de que fuera rica solo hacía las cosas más complicadas pero, al final, el dinero no sería el problema. El problema sería quién era ella y lo que necesitaría. Lo que merecería tener.

Ya había abierto una puerta con ella que nunca había abierto con ninguna otra mujer. Le había dicho más de lo que le había dicho nunca a nadie sobre su pasado.

Era hora de volver a cerrar aquella puerta.

Y eso era precisamente lo que tenía intención de hacer; mantener su mente concentrada en el trabajo, y no en Grace Sullivan En aquel momento, Grace salió de la oscuridad como una especie de ninfa del bosque, sonriente, y Rand se quedó sin aliento.

Había ido a lavar los platos en el riachuelo. También se había puesto una camiseta limpia y unos vaqueros y se había sujetado el pelo en una cola de caballo. La sonrisa de su rostro se ensanchó a la vez que ofrecía a Rand una bolsa abierta de papel.

—El postre —dijo, y agitó la bolsa a la vez que se sentaba junto al fuego.

Rand sonrió al ver el contenido: galletas, bombones y chocolatinas. Debería haberlo supuesto.

Mientras la observaba se fijó en sus manos, largas y delicadas, sin anillos en los dedos. Se preguntó por qué no estaría casada, o al menos comprometida. No había mencionado ningún novio, y él no le había preguntado. Sabía que había hecho varias preguntas a otro voluntario llamado Tom. Su voz se había suavizado cada vez que había hablado con él, y se había vuelto para que Rand no pudiera oír la conversación.

Aquello era un fuerte indicio de que tal vez tuviera algo con aquel tipo.

—¿Hace cuánto tiempo conoces a Tom? —preguntó, y se dijo que solo lo hacía por charlar sobre algo.

Grace lo miró, evidentemente sorprendida por su pregunta.

—¿A Tom?

—Sí, a Tom. Ya sabes, uno de los voluntarios que se supone que vendrá mañana.

Se llama así, ¿no?

—Sí, claro —Grace tomó una galleta y le quitó el envoltorio—. Tom vendrá mañana con Marty.

Rand notó que aún no había respondido a su pregunta. ¿Estaba siendo evasiva?

Terminó su café de un trago, esperó al menos cinco segundos y dijo:

—¿Y qué le parece que hayas venido aquí sola conmigo?

—¿A quién?

Rand apretó los dientes.

—A Tom.

—No le gusta la idea —respondió Grace.

—A mí tampoco me gustaría. Si fuera Tom, claro.

Grace se encogió de hombros.

—No es su decisión, sino mía. Toma —dijo, y alcanzó a Rand una galleta de chocolate.

Este la tomó. No sabía por qué, pero Grace empezaba a enfadarlo.

—Debe ser un tipo muy comprensivo y paciente. Grace rió al oír aquello.

—Esas serían las últimas palabras que utilizaría para describir a Tom. Pero lo quiero de todos modos.

Rand sintió que un músculo se tensaba en su mandíbula.

—Si lo quieres, ¿qué haces paseándote por Texas conmigo? ¿Cómo sabes que no soy un psicópata dispuesto a asesinar a personas famosas de la alta sociedad?

—No soy ninguna persona «famosa» de la alta sociedad —dijo Grace con firmeza, y lo miró como si fuera un auténtico psicópata—. ¿Qué te pasa, Rand?

—Si yo tuviera una chica no dejaría que se fuera por ahí con un desconocido —

Rand sabía que se estaba pasando, pero pensar que el tipo al que quería Grace era capaz de permitir que corriera peligro lo exasperaba —. Me parece a mí que Tom necesita espabilarse. Grace apretó los labios.

—¿Estás tratando de enfadarme?

—Solo he hecho una observación —Rand dio un bocado a su galleta—. Es tu vida, Grace, pero si yo fuera Tom, te ataría en el establo antes de permitir que hicieras algo que pudiera resultar

peligroso.

—En primer lugar, tú no eres Tom —replicó Grace, tensa—. Tom no es un gorila sexista y testarudo como tú.

—Un momento...

—En segundo lugar —continuó Grace—, antes de ir a buscarte te investigué cuidadosamente. Hablé al menos con seis personas diferentes, hombres y mujeres, para las que has trabajado. Si eres un asesino psicópata, has logrado engañar a todos los que te conocen, y también has ocultado los cuerpos muy .bien.

—Solo estaba...

—Y en tercer lugar —volvió a interrumpirlo—, me gustaría verte intentando atarme en el establo. No soy tan frágil e indefensa como pareces creer. Te aseguro que acabaría cantando con voz de soprano.

Dios santo, pensó Rand. Había dado rienda suelta a una tigresa defendiendo su cubil. Era obvio que estaba enamorada de Tom. Pero darse cuenta de ello solo sirvió para irritarlo más.

—El mero hecho de que haya criticado a tu novio no...

—Y en cuarto lugar —espetó Grace—, Tom no es mi novio. Es mi hermano.

—¿Tu hermano? —repitió Rand, perplejo.

—Mi hermano.

Rand se sintió como un idiota.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Estabas demasiado ocupado criticando y haciendo observaciones sobre alguien a quien ni siquiera conoces.

—En ningún momento habías mencionado que Tom fuera tu hermano —dijo Rand—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque sabía que lo juzgarías como me has juzgado a mí. Como no nació con una brida en la mano y no se crió en un rancho, habrías dicho que no sabía lo que hacía.

—Tal vez sí, tal vez no. De todos modos deberías habérmelo dicho.

—¿Por qué? ¿Qué más te da a ti la clase de relación que tenga yo con Tom?

Rand frunció el ceño. No le gustaba la pregunta.

—Lo único que he dicho ha sido que si tú fueras mi chica no te habría dejado ir —

maldijo en su interior. No era aquello lo que pretendía decir—. Al cañón, me refiero.

Grace lo miró fijamente.

—Pero yo no soy tu chica —dijo—. Ni la de nadie. De hecho, no soy una «chica».

Soy una mujer de veinticinco años. Tu preocupación me

conmueve, pero por ahora me las he arreglado muy bien, gracias.

—Bien.

—Bien.

Ambos volvieron a prestar atención a sus galletas. Rand contempló los suaves labios de Grace mientras mordisqueaba la suya.

Como si no supiera ya que era una mujer… Todo en ella rezumaba feminidad; el aroma de su piel, su forma de caminar, la manera que tenía de ladear su bonita cabeza cuando hablaba…

«Puedo mantener las manos alejadas de ella», se dijo. «Puedo hacerlo».

Cuando Grace utilizó la lengua para lamer un trozo de chocolate que se le había quedado en la comisura de los labios, Rand estuvo a punto de caerse de la roca en que estaba sentado.

—Deberíamos acostarnos —dijo, y miró los sacos de dormir que había extendido junto a la camioneta—. Si Marty y Tom llegan a los ocho, tendremos que ponernos en marcha para las nueve.

—Acuéstate tú primero —dijo Grace, que aún estaba terminando su galleta—. Solo necesito unos minutos.

Rand asintió.

—Voy, a lavarme al riachuelo. Si ves algo reptando cerca de ti, no dudes en llamarme.

Vio el destello de un repentino miedo en los ojos de Grace, pero enseguida los entrecerró y le dedicó una mirada con la que le dijo claramente que el único reptil que veía por allí en aquellos momentos tenía dos patas.

—No hay problema.

Grand asintió y se alejó. Miró de paso el saco de dormir de Grace y luego su rígida espalda.

«… eh, Rand, vamos a meter una serpiente en la cama de mamá para ver cómo grita…»

La mera idea de hacer algo así con Grace bastó para que se animara. Fue silbando hasta el riachuelo y lo mismo hizo al volver. Luego de metió en su saco de dormir mientras ella seguía junto al fuego. Se echó el sombrero sobre los ojos, cerró estos y se quedó dormido al instante.

Lluvia.

Lluvia helada. Golpeaba contra el parabrisas, contra el techo del coche. Rand sentía que su corazón latía más fuerte aún que el tambor que le había regalado su abuelo cuando cumplió siete años.

—Creo que deberías parar —oyó que decía su madre a su padre.

—En cuanto la carretera se ensanche después de ese giro.

Junto a Rand, Seth estaba petrificado como una roca, con los ojos

abiertos de par en par a causa del miedo. En el otro lado, Lizzie dormía. La madre de Rand se volvió y miró a sus hijos.

—No os preocupéis. Todo irá bien.

Un rayo.

Una cegadora explosión blanca. Alcanzó de lleno al coche.

Su madre gritó y de inmediato se sumergieron en el agujero negro que Rand pensó que era el infierno. El sonido del metal aplastado... el grito de Lizzie...

Después nada...

Completo silencio...

Rand se sentó de pronto, con el corazón latiendo ensordecedoramente en su pecho. La oscuridad lo rodeaba. ¿Dónde diablos estaba? Sintió un momento de pánico. Debía respirar despacio...

Un sueño, se dijo. Había sido solo un sueño. Otra vez.

—¿Rand?

Él volvió la cabeza en dirección a la voz de la mujer.

Grace. Era Grace.

Sintió un intenso alivio. Tuvo que apretar los puños para no estrecharla entre sus brazos.

La miró un largo momento, esperando a que sus rasgos se aclararan a la tenue luz de los rescoldos del fuego. Estaba sentada de rodillas junto a él y lo miraba con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Rand aún no podía hablar. La pesadilla aún seguía con él, amenazante. Asintió y respiró.

Ella apoyó una mano en su brazo y se inclinó hacia él.

—Estabas soñando.

—Vuelve a dormir —logró decir Rand por fin, con voz ronca—. No ha sido nada.

—Estás temblando —dijo ella, y deslizó una mano por su brazo.

Rand sintió que su calor penetraba la camisa de franela que llevaba puesta. Olía a sueño, a aire fresco, a Grace...

La deseaba tanto que casi le dolía.

—Grace, por favor, vuelve a dormirte —susurró. Ella negó con la cabeza y se acercó aún más a él, sin dejar de acariciarle el brazo.

Rand apretó los dientes y cerró los ojos.

—Para de una vez.

La tomó por los hombros y la mantuvo quieta. Los ojos de Grace se agrandaron un instante y luego bajó la mirada hacia la boca de Rand.

El sintió de nuevo los fuertes latidos de su corazón, pero en aquella ocasión no tenían nada que ver con el sueño, y todo con Grace.



Con un juramento, la atrajo hacia sí y acercó su boca a la de ella.

Capítulo Seis

Rand ya la había besado antes, de manera que no fue la inmediata oleada de calor que la recorrió lo que la sorprendió. La había abrazado antes, de manera que tampoco fue la euforia del contacto con su musculoso cuerpo lo que la conmocionó.

Lo que la conmocionó fue la intensidad del placer que recorrió su sangre, el deseo salvaje y hambriento que despertó al instante la primera caricia de los labios de Rand sobre los suyos.

Nunca había experimentado una necesidad como aquella, y nunca hubiera creído que existiera tal profundidad de sentimientos. Aún no estaba segura de no ser ella la que estaba teniendo el sueño en lugar de Rand.

Pero si aquello era un sueño, no quería despertar nunca de él.

La boca de Rand se movió sobre la de ella, profundizó el beso mientras la rodeaba con sus brazos y la atraía hacia sí.

«Solo un loco hace el pino al borde de un acantilado».

El pensamiento surgió de pronto en la mente de Grace. Ella no solo estaba haciendo el pino, sino también volteretas laterales y saltos mortales. Sería una larga caída desde donde se hallaba con Rand. Una caída a un sufrimiento garantizado.

Pero ya le daba lo mismo. Estaba más allá de cualquier pensamiento racional.

Deseaba a aquel hombre como nunca había deseado a otro, y ya había ido demasiado lejos como para detener aquello. Además, no quería hacerlo.

Rand susurró su nombre entre besos, y el ronco sonido de su voz hizo que el pulso de Grace se acelerara. Se abrió a él y recibió el hambriento empuje de la lengua de Rand con la suya. El masculino aroma de su piel invadió sus sentidos, los acentuó, le hizo más consciente de él y de la noche que los rodeaba, de los rescoldos del fuego, del aullido distante de un coyote.

Rodeó los hombros de Rand con sus brazos y se dejó llevar por el tornado de sensaciones que se agitaban en su interior.

Desde la primera vez que había visto a Rand en el establo del rancho de su madre había sabido que las cosas serían así, no racionalmente, pero sí en su corazón, en su alma. Había tratado de decirse que podía manejar sus sentimientos por Rand, tanto los físicos como los profesionales. Pero estaba muy equivocada.

Había visto y sentido algo desde el primer instante en que se habían visto. Algo que iba más allá de cualquier explicación, más allá del sentido común.

Rand apartó su boca de ella y la miró.

—Grace —dijo, y el tono de su voz surgió desigual, ronco—, si quieres que paremos, tienes que decírmelo ahora mismo.

No le ofreció palabras tiernas, ni delicadas expresiones de cariño. Grace comprendió que lo que le estaba ofreciendo era sinceridad. Ni mentiras ni promesas.

Nada más allá de aquel momento.

¿Era suficiente para ella?, se preguntó. ¿Podía hacer el amor con aquel hombre sabiendo que eso era todo lo que habría?

Miró sus oscuros ojos y percibió en ellos un destello de necesidad casi salvaje, primario.

Aquel hombre la asustaba.

Le hacía estremecerse.

Grace supo que había esperado toda la vida para aquello. A él.

Tal vez estuviera cometiendo un terrible error, pero su corazón y su cuerpo se negaban a escuchar a su cabeza. Alzó una mano, la apoyó en la mejilla de Rand y deslizó el pulgar por sus labios. Vio que sus ojos se entrecerraban con pasión.

—Hazme el amor, Rand —susurrón. Por favor, hazme el amor.

Vio una expresión de evidente alivio en los ojos de Rand y a continuación este volvió a estrecharla entre sus brazos y a besarla. Grace sintió y casi saboreó su desesperación en el largo beso que le dio.

Luego la soltó.

Confundida, vio que salía de su saco de dormir y se levantaba.

—¿Qué…?

Rand se inclinó hacia ella y le dio un rápido beso.

—Enseguida vuelvo.

Grace solo necesitó unos instantes para comprender lo que estaba haciendo Rand cuando vio que iba hasta la camioneta y se ponía a buscar algo en la guantera. Sintió que se ruborizaba, avergonzada. A ella en ningún momento se le había ocurrido pensar en que debían utilizar protección.

Rand mantuvo la mirada fija en sus ojos mientras regresaba. Cuando se arrodilló frente a ella, Grace hizo lo mismo y apoyó la mano sobre su pecho. Sintió los violentos latidos de su corazón bajo la palma y el calor de su piel a través de la franela de su camisa.

Como una corriente eléctrica, el deseo vibró entre sus cuerpos. Cuando Rand cubrió con su mano la de Grace, el voltaje solo aumentó.

—Grace, no quiero hacerte daño —dijo con suavidad—. Tienes que estar segura de esto.

¿Acaso no sabía que ya estaban más allá? ¿Que, a pesar de saber

que el dolor sería inevitable, lo deseaba y lo necesitaba más que a su propio aliento?

No podía decirle aquello, pero sí podía demostrárselo.

Apoyó la otra mano sobre el ancho pecho de Rand y sintió la tensión que irradiaba su cuerpo. Tomó su rostro entre ambas manos y lo miró a los ojos.

—Bésame —susurró.

El entrecerró los ojos y luego bajó despacio la cabeza hasta capturar la boca de Grace con la suya. Su beso fue delicado, pero insistente. Le acarició el labio inferior con la lengua y luego le hizo entreabrir la boca. Ella le dio la bienvenida y juntos comenzaron a moverse a un ritmo tan primitivo como el tiempo mismo.

Grace nunca se había sentido tan viva, tan sensible a cada caricia, a cada sonido, a cada olor.

Cuando Rand fue dejando un ardiente rastro de besos por su cuello hasta llegar al comienzo de sus pechos, gimió.

—Quiero verte —susurró él, y deslizó las manos bajo su camiseta.

Grace contuvo el aliento al sentir el delicioso contacto de los dedos de Rand sobre su piel desnuda. Quería sentir aquellas manos en todas partes. Quería acariciarlo con las suyas.

Respirando entrecortadamente, se apartó de él un poco, tomó el borde de la camiseta y se la quitó por encima de la cabeza.

La arrojó a un lado y quedó desnuda de cintura para arriba.

La mirada de Rand descendió hasta sus pechos; su mirada se volvió tan oscura como la noche que los rodeaba.

Deslizó las manos hacia arriba.

Grace tembló al sentir su contacto. Cuando Rand abarcó sus pechos con las manos, contuvo el aliento. Sintió que su piel se tensaba a la vez que la sangre bombeaba con fuerza en sus venas. Convencida de que iba a caerse si no se aferraba a él, apoyó las manos en sus brazos y sintió la fuerza de sus músculos.

—Eres tan guapa… —murmuró Rand

Cuando deslizó los pulgares por los erectos pezones de Grace, ella sintió una explosión de placer que la recorrió como un rayo de los pechos a la unión de sus muslos. Gimió, cerró los ojos y echó atrás la cabeza.

Nunca le había parecido nada tan perfecto, tan completamente natural y, gracias a ello, no sintió ninguna vergüenza ni incomodidad. Simplemente se permitió sentir, y la sensación la envolvió. Nunca hubiera creído posible experimentar un placer tan intenso.

Entonces Rand se inclinó y la tomó en su boca.

Grace dejó escapar un gritito ahogado al sentir el delicado roce de

su lengua sobre la encendida carne de su pezón. Tomó su cabeza entre las manos y deslizó los dedos con su pelo a la vez que trataba de insuflar aire a sus pulmones. Y cuando él le mordisqueó el pezón de forma casi inapreciable, sintió una oleada de placer electrizante cabalgando en su interior.

Apenas había tenido tiempo de tomar aire cuando Rand trasladó su atención al otro pezón. El placer casi se fundió con el dolor. Una firme, insistente y deliciosa palpitación latió entre sus piernas. Si hubiera sido posible morir de sensaciones tan intensas, Grace estaba segura de que habría muerto.

—Tus ropas… —jadeó, y movió las manos con ansiedad sobre los hombros de Rand—. Quiero tocarte.

Él se apartó, desabrochó rápidamente su camisa y se la quitó. La luz de los rescoldos brilló tenue sobre su piel de bronce y sus ondulados músculos. Era el hombre más magnífico que Grace había visto en su vida; sus hombros eran anchos, al igual que su pecho, y su estómago plano y duro. Era el cuerpo de un guerrero, marcado por las cicatrices de sus batallas. Apoyó las palmas de las manos sobre su pecho y rozó sus pequeños pezones con la punta de los dedos. Rand se contrajo y ella sintió que su estremecimiento la alcanzaba.

Entonces él la tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí a la vez que volvía a besarla, carne desnuda contra carne desnuda. La tumbó sobre el grueso saco de dormir sin apartar su boca de la de ella. Grace se deleitó con la sensación que le produjo tenerlo encima. Lo quería aún más cerca, de manera que lo abrazó con fuerza a la vez que comenzaba un movimiento lento y sensual de sus caderas.

Rand dejó escapar una mezcla de gemido y gruñido, la sujetó con ambas manos por las caderas y comenzó a besarla en el cuello. Cada vez que la mordisqueaba o deslizaba la lengua sobre su piel, ella contenía el aliento. Tenía la sensación de que le habían dado la vuelta como a un guante, de manera que sus terminaciones nerviosas habían quedado expuestas a las caricias de Rand. Este fue descendiendo poco a poco hasta llegar al cierre de los vaqueros de Grace. Lo desabrochó y ella oyó el sonido de la cremallera cuando la bajó. Sin dejar de acariciarla con los labios y la lengua, fue bajando poco a poco la prenda. Cuando apoyó los labios de lleno sobre el montículo de su feminidad, apenas cubierto por unas braguitas de algodón, Grace oyó el sonido de su propio gemido. Jadeante, alargó las manos hacia la cabeza de Grand y cerró los dedos en torno a ella.

Sintió que pasaba toda una vida antes de que sus piernas quedaran libres de los vaqueros. Rand introdujo dos dedos bajo el elástico de las braguitas y un instante después estas también habían desaparecido.

Grace permaneció desnuda debajo de él, física y emocionalmente, pero la situación le resultó tan natural como respirar.

Rand se irguió sobre ella y, sin dejar de mirarla con ojos apasionados, bajó la cremallera de sus propios vaqueros y se apartó a un lado para quitárselos.

—Rand —susurró ella, y alargó una mano hacia él.

Él la tomó. Nunca en su vida había visto nada más bello que Grace en aquellos momentos. Su pelo revuelto enmarcaba su ruborizado rostro. Sus labios estaban ligeramente inflamados y entreabiertos a causa de los besos, y sus ojos verdes brillaban de deseo. Sus pechos, grandes y turgentes, parecían buscarlo con sus erectos pezones. Su piel, delicada como la porcelana, producía un intenso contraste con la de él.

Rand nunca había experimentado un deseo de tal intensidad, y darse cuenta de ello lo desconcertó. Habría preferido morir a no tomarla en aquellos momentos.

Con su nombre aún resonando en los labios de Grace, tomó su otra mano, enlazó los dedos con ella y le alzó ambos brazos por encima de la cabeza a la vez que se situaba entre sus piernas. La penetró lentamente, observando cómo tomaba aliento ante la invasión inicial y luego cerraba los ojos a la vez que gemía.

—Abre los ojos, Grace —murmuró—. Mírame.

Cuando los abrió, la besó y comenzó a moverse. Al notar que el cuerpo de Grace se contraía repentinamente, se detuvo en seco y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué...?

—No pares, Rand —jadeó ella—. No pares, por favor.

Con sus piernas alrededor de las caderas, Rand estaba teniendo dificultades para pensar.

—Grace, yo... espera...

Ella negó con la cabeza y se movió de manera que Rand la penetrara más. Estaba tan húmeda, tan dispuesta para él, que fue imposible no moverse. Todo el cuerpo de Rand palpitaba de necesidad, una necesidad que exigía ser liberada.

Se movió con rapidez hasta penetrarla por completo, y Grace lo recibió empujón a empujón, gemido a gemido. Él sintió cómo se estremecía, cómo se tensaba en torno a él a la vez que se arqueaba y dejaba escapar un gemido que casi fue grito. Incapaz de contenerse un segundo más, se dejó llevar por las intensas sensaciones que lo asediaban y experimentó un climax tan salvaje y primitivo como la noche que los rodeaba.

Luego, con el nombre de Grace en sus labios, la tomó entre sus

brazos y esperó a que su mundo volviera a equilibrarse.

Grace se sentía como si fuera a la deriva, como si la brisa la hubiera elevado del suelo y se la hubiera llevado consigo. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Rand y podía sentir los fuertes latidos de su corazón. Nunca había experimentado tal satisfacción, tal dicha, y haberla encontrado allí, a la entrada de aquel escarpado cañón, en brazos de Rand, le parecía perfecto.

—Grace —susurró él a la vez que apartaba un mechón de su frente —. ¿Por qué no me lo has dicho? Ella se apoyó en un codo y lo miró.

—¿Decirte qué?

—Ya sabes a qué me refiero. Grace alzó un hombro y luego trazó un círculo con la punta del dedo sobre el pecho de Grand.

—¿A que no tenía… experiencia? Grand asintió.

—Había supuesto que ya habrías hecho esto antes.

—Eso es lo que pasa por sacar conclusiones precipitadas —dijo ella, y volvió a apoyar la cabeza sobre el pecho de Rand—. Y mi estado de ánimo no es el más ideal para discutir sobre ello. Si tienes algún problema con ello, es tu problema.

Rand le hizo tumbarse de espaldas y la miró con los ojos entrecerrados.

—Yo no he dicho que tuviera ningún problema. Solo estoy un poco… sorprendido.

Tienes veinticinco años.

—Lo dices como si fuera ya una solterona sin remedio. El hecho de que haya esperado un poco más que la mayoría de las mujeres no significa que sea una anciana.

Rand le acarició un brazo con expresión pensativa.

—¿Y por qué has esperado tanto? Grace se encogió de hombros, sintiéndose un poco tonta.

—Nunca me había parecido que se daban las circunstancias adecuadas, eso es todo. Puede que resulte anticuado para la mayoría de las personas, pero quería que mi primera vez fuera especial — alargó una mano y acarició la mejilla de Rand—. Y

tú has hecho que lo sea. Gracias.

Grace sintió que Rand se ponía tenso, vio la mezcla de incertidumbre y duda en sus ojos. Comprendía que lo que acababa de pasar entre ellos no debía haber sido tan especial para él, pues debía haber estado con montones de mujeres antes.

Aquel pensamiento fue como un cuchillo clavado en su corazón, pero se negó a que él lo notara, y también se negó a estropear el momento.

Apartó la mano de su rostro y frunció el ceño.

—Estés pensando lo que estés pensando, déjalo ahora mismo, Rand Sloan. Ya soy mayorcita y, ni voy a exigirte nada, ni espero nada de ti, así que deja de mirarme así.

Él siguió mirándola un largo momento. Luego se sentó y se pasó la mano por el pelo. Convencida de que ya se estaba distanciando de ella, Grace sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Pero no pensaba llorar. No pensaba hacerlo.

—Blackhawk.

Grace miró la rígida espalda de Rand. No estaba segura de haber oído bien.

—¿Qué?

—Mi verdadero nombre es Rand Jedidiah Blackhawk —dijo él—. Mis padres eran Jonathan y Norah Blackhawk, de Wolf River.

Blackhawk. Aquel apellido resultaba conocido para Grace, aunque no lograba localizarlo en aquellos momentos. Tiró del sacó de dormir para cubrir su torso y se sentó.

—Mi Hermano se llamaba Seth Ezekiel Blackhawk —continuó Rand—. Mi hermana, Elizabeth Marie.

¿Tenía un hermano y una hermana? Grace sintió la tensión que irradiaba de él, pero no dijo nada y se limitó a esperar a que continuara.

—Me dijeron que habían muerto en el accidente que se llevó a mis padres —Rand miró hacia la oscuridad—. Seth tenía siete años, Lizzie apenas tres.

—¿Me estás diciendo que ellos no murieron? —preguntó Grace, incrédula.

—Hace tres días recibí una carta de un abogado de Wolf River en la que me decía que estaban vivos. Han pasado veintitrés años y durante todo ese tiempo han vivido en otros lugares, como yo, con otras familias.

Grace imaginó la conmoción de Rand al averiguar que sus hermanos, a los que creía muertos, estaban vivos.

—¿Quién pudo hacer algo así? —preguntó—. ¿Y por qué?

—Mi tío estaba lleno de odio. Lo vi en sus ojos la noche que me entregó a aquella mujer. No quería saber nada de nosotros, de manera que nos vendió al mejor postor y se aseguró de que cada uno de nosotros pensara que los otros estaban muertos para no tener que volver a vernos.

Horrorizada, Grace trató de asimilar lo que le estaba contando Rand. Los tres pequeños no solo habían perdido a sus padres, sino que habían sido separados y les habían hecho creer que sus hermanos también habían muerto.

—Cuando encuentre a mi tío —dijo Rand con frialdad—, lo mataré con mis propias manos.

Cuando se volvió hacia ella y la miró, Grace se estremeció al ver el brillo de sus ojos. Le asustó que pudiera cumplir su amenaza. A pesar de que no podía culparlo, sabía que nada bueno saldría de ello.

Rand se puso rígido cuando ella apoyó la mejilla en su hombro, pero no se apartó.

—¿Era eso en lo que estabas soñando esta noche, cuando te has despertado? ¿En el accidente que sufrió tu familia?

Rand asintió.

—Volvíamos del pueblo y nos alcanzó una tormenta de verano. Un rayo cayó en la carretera, justo delante del coche, y mi padre perdió el control. Volcamos y caímos por una quebrada —cerró los ojos—. Mis recuerdos son muy confusos después de eso. Tenía frío y estaba mojado. Había sangre en mi camisa y en mis pantalones. El sheriff me sacó del coche y mi tío estaba allí con una mujer. No me dirigió la palabra.

Se limitó a decir a la mujer que se marchara conmigo.

—¿Quién era ella?

—No lo sé. Pero fue ella la que me dijo que toda mi familia había muerto, que tenía que irme a vivir a otro sitio —Rand miró los rescoldos del fuego—. Yo también quise morirme.

Su voz sonaba tan distante que Grace comprendió que no le estaba hablando a ella. Lo imaginó como un niño asustado, solo, sin familia, y de pronto sintió un fiero deseo de vengarse del nombre que le había hecho aquello.

Controló sus emociones y acarició con suavidad la espalda y el brazo de Rand.

Sintió que se relajaba poco a poco y se apoyaba contra ella.

—¿Qué vas a hacer ahora? Rand movió la cabeza y suspiró.

—Han pasado veintitrés años, Grace. Puede que Seth y Lizzie ni siquiera me recuerden. Tienen sus propias vidas, y no querría trastocárselas. No veo cómo podría encajar.

Grace comprendió que ese había sido siempre su problema. Tras perder a su familia no había vuelto a encajar en ningún otro sitio. Iba de pueblo en pueblo, de rancho en rancho. Nunca permanecía demasiado tiempo en el mismo lugar. Grace había oído decir que a aquel síndrome lo llamaban «culpabilidad del superviviente».

Rand nunca había sentido que mereciera un verdadero hogar, y menos aún que mereciera ser amado.

—¿Y si te recuerdan? —preguntó con delicadeza—. ¿Y si te han echado de menos durante todos estos años? Eras su hermano mayor,

Rand. ¿Cómo van a olvidarte? En cuanto sepan que estás vivo, querrán contar de nuevo contigo en sus vidas.

—Tal vez. O tal vez no —Rand miró a Grace y frunció el ceño al ver que estaba llorando. Le frotó la mejilla con el pulgar—. ¿Lloras por mí, Grace? —preguntó en tono solemne.

Ella negó con la cabeza.

—Lloró por un niño de nueve años que perdió a su familia.

Rand sonrió y la tomó en sus brazos.

—Gracias —dijo, y la besó en la mejilla para luego tomar su boca.

Grace saboreó el sabor de sus propias lágrimas en los labios de Rand, la tristeza y, poco a poco, el creciente deseo. El afán de estar cerca de él, de volver hacer el amor y tenerlo dentro de su cuerpo, renació en su interior. Cuando Rand le hizo tumbarse sobre el saco de dormir, su corazón ya latía desbocado.

—Grace —susurró él—, no quiero hacerte daño.

Ella no supo si se refería a un daño físico o emocional. En cualquier caso, ya era demasiado tarde, y lo sabía. En lugar de contestar, lo besó y arqueó su cuerpo hacia él. Cuando Rand la penetró, casi se puso a sollozar de gozo. No hubo dolor, solo placer. Un placer dulce e intenso que fue creciendo más y más con cada penetración, con cada beso, con cada susurro. En aquellos momentos Rand le pertenecía, y ella a él.

Cabalgaron hacia la cima del placer casi con desesperación, y cuando la alcanzaron, se lanzaron sin pensarlo al vacío.

Grace despertó a la mañana siguiente con el canto de los pájaros como fondo y una fresca brisa acariciando su rostro. Estaba sola en su saco de dormir, pero pudo oír a Rand hablando con los caballos. Se había puesto la ropa unas horas atrás, antes de quedarse finalmente dormida, y se acurrucó bajo el saco, permitiéndose disfrutar por un momento de los recuerdos de la noche anterior. Una sonrisa distendió su rostro.

Rand había sido un amante maravilloso y excitante, y Grace supo que siempre atesoraría en su corazón la noche que habían pasado juntos. Habría sido una tontería esperar que su relación fuera más allá, pero ya había hecho aquella tontería en una ocasión, de manera que no podía evitar tener esperanza. La sabiduría y el intelecto parecían no tener mucho que decir en los asuntos del corazón.

Se irguió sobre un codo y se estiró. Rand regresaba en aquellos momentos del riachuelo, al que había llevado a los caballos a beber. Su oscuro pelo estaba revuelto y una incipiente barba adornaba su mandíbula. Grace lo imaginó de inmediato con una estrella de sheriff en la camisa en persecución de unos ladrones.

La oleada de deseo que la recorrió la dejó desconcertada. Ya quería volver a hacer el amor con él, quería sentir sus manos y su boca por todo el cuerpo.

Su corazón latió más deprisa cuando él la miró, soltó las riendas de los caballos y avanzó hacia ella.

En aquel momento se oyó un ruido procedente del aparato emisor receptor que Rand llevaba en su camioneta. Grace vio su expresión de frustración cuando cambió de dirección para encaminarse hacia su vehículo. Se mantuvo de espaldas a ella mientras hablaba. Cuando terminó se volvió a mirarla con expresión sombría.

—¿Qué sucede? —preguntó Grace, temiendo ya la respuesta.

—Se avecina una tormenta —dijo Rand sin apartar la mirada de ella—. Tenemos que regresar.

Capítulo Siete

—¿Regresar? —repitió Grace—. ¿Te refieres a volver?

—El que ha llamado era tu hermano —dijo Rand.

Él y Marty están atrapados en una tormenta eléctrica en el campamento base.

El leve rubor que cubría las mejillas de Grace se esfumó al instante.

—¿Están bien?

—Sí, pero la tormenta los tiene acorralados de momento. No saben cuándo van a poder salir.

Grace ya había salido del saco de dormir y se estaba poniendo las botas.

—Tendremos que ir sin ellos.

—Ni hablar. Si encontramos esos caballos, y eso es mucho suponer, careces de la fuerza y la experiencia necesarias para traerlos.

—Soy más fuerte de lo que parezco, Rand —dijo Grace—. Y aprendo muy rápido.

Se levantó y abrochó el cierre de sus vaqueros, pero no antes de que Rand captara un destello de su plano estómago. El deseo se apoderó de él al instante al recordar cómo había besado y acariciado aquella delicada piel la noche anterior. No había duda de que Grace aprendía rápido, pensó al recordar cómo lo había enloquecido de placer.

Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para volver a centrarse en la conversación.

—Maldita sea, Grace, esto no es un paseo a caballo por el parque. Podría ser peligroso. Podrías resultar herida, y si la tormenta nos alcanza mientras estamos en el cañón, incluso tu vida podría correr peligro.

—Podemos hacerlo, Rand. Sé que podemos —Grace tomó la camisa vaquera que había dejado el día anterior estirada sobre una roca, la agitó vigorosamente y se la puso por encima de la camiseta que llevaba puesta—. No hay una sola nube en el cielo. No sabemos si la tormenta viene en esta dirección.

—Tampoco sabemos lo contrario.

—Te juro que si la cosa empieza a ponerse fea me daré la vuelta sin discutir. Rand negó con la cabeza.

—No vamos a ir.

Al ver que Grace avanzaba hacia él, su pulso se aceleró. No había duda de que tenía unas piernas magníficas. Apretó la mandíbula, negándose a permitirle ver cuánto lo afectaba. Cuánto la deseaba.

Ninguna mujer había tenido aquella clase de poder sobre él antes, y estaba decidido a que ninguna lo tuviera.

—Hablo en serio, Grace —dijo, y se cruzó de brazos para enfatizar sus palabras.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, sería una pena dar la vuelta ahora —dijo ella con suavidad a la vez que lo rodeaba por el cuello con los brazos.

Irritado, Rand pensó que no estaba siendo justa con él.

—Grace…

Cuando ella lo silenció con sus labios, él sintió que su resistencia se esfumaba.

—Por favor, Rand. Te prometo que haré exactamente lo que me digas. No podemos dejar morir a esos caballos así como así.

Rand sabía que tenía razón. A pesar de todo lo que le había dicho, sabía que la tenía. Él tampoco habría sido capaz de dejar morir a aquellos caballos. No sin intentar salvarlos.

Masculló un juramento y retiró los brazos de Grace de su cuello.

—Estate lista en cinco minutos o me voy sin ti. Si no los hemos encontrado dentro de una hora, o al menor indicio de que el tiempo va a empeorar, regresaremos de inmediato. Si discutes, te juro que te ataré a la silla. ¿Entendido?

Grace asintió con una sonrisa en los labios, pero también con cierto temor en la mirada. Rand se alegró de ello. Necesitaba que sintiera un poco de miedo. Así se mantendría alerta y estaría lista para moverse con rapidez.

La soltó y giró sobre sus talones. Mientras ensillaba los caballos no dejó de maldecir alternativamente a Grace y a sí mismo. Sabía que estaba haciendo el tonto, pero no podía negarle nada. Si le hubiera pedido que tumbara a un toro en carrera con sus manos desnudas, lo habría hecho.

Aquella mujer lo afectaba demasiado, comprendió con temor, y decidió que, antes de que acabara el día volvería a controlar la situación y la señorita Grace Sullivan estaría camino de vuelta a su casa, donde le correspondía estar.

Tardaron media hora en recorrer la escarpada senda que llevaba al fondo del cañón.

Durante el trayecto permanecieron en silencio, cosa que Rand agradeció. Aún se sentía desconcertado por la noche que acababan de pasar juntos, y no sabía qué decirle.

¿Cómo iba a haber adivinado que era virgen? Grace ya era una mujer hecha y derecha, y en ningún momento se le había pasado por la cabeza que no hubiera estado nunca con un hombre.

Pero así era. Y aunque no se sentía orgulloso de ello, había una parte en él, la famosa arrogancia masculina, que se alegraba de haber sido el primero. Grace había dicho que él había hecho que fuera especial para ella, pero ella también había hecho que fuera especial para él. Especial de un modo que nunca había experimentado hasta aquella noche.

Detuvo el caballo y examinó el terreno mientras esperaba a que Grace lo alcanzara.

Debía reconocer que sabía montar. A pesar de lo escarpado del camino, había sido capaz de seguirlo sin apenas retrasarse.

El cañón se estrechaba tras ellos, de manera que los caballos debían estar por delante. El mapa que había examinado mostraba que el cañón media tan solo unos diez kilómetros. La senda por la que habían bajado era el único camino de entrada y de salida. Con tiempo suficiente y un par de vaqueros para echar una mano no habría resultado difícil dirigir a los caballos hacia un lugar adecuado en el que atraparlos. Pero no tenían ni tiempo ni ayuda. Y aunque en el cielo no se veía ni una nube, él ya había sentido un sutil cambio en el ambiente, y sospechaba que el tiempo no iba a seguir siendo tan agradable como en aquellos momentos.

—Estamos cara al viento —dijo a Grace cuando esta detuvo su montura junto a él

—. Eso supondrá una ventaja si los encontramos.

—«Cuando» los encontremos —corrigió Grace—. Se que están aquí. Puedo sentirlo. Rand asintió.

—Al menos han estado aquí. He visto algunas zonas de hierba pastada y unos restos de excremento seco.

—¿Y a qué estamos esperando? —dijo Grace, impaciente—. Vamos a buscarlos.

Rand suspiró. No sabía por qué le estaba costando lo que debía decir.

—Grace, debes comprender que, entre la falta de comida y los depredadores, es posible que los caballos estén muertos.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Me niego a creerlo.

—Debes prepararte para esa posibilidad —dijo Rand— Y también tendrás que aceptar lo que no me quedará más remedio que hacer si están enfermos o no tienen suficientes fuerzas como para hacer el viaje de vuelta.

Grace miró el rifle que Rand llevaba en una funda, sujeto a la silla. Respiró profundamente y asintió.

—Lo sé.

Cabalgaron unos minutos en silencio. Rand sabía que Grace estaba pensando en lo que le había dicho. Aquella parte de su trabajo siempre había sido la más difícil, y no quería pensar en ella en aquellos momentos. Pero el cañón parecía muy seco y, a menos que los caballos hubieran encontrado agua en algún sitio, mucho se temía que ya fueran una causa perdida.

«El mundo está lleno de causas perdidas», había dicho Mary en el establo la noche antes de que se fuera. «Esas son las que más ayuda necesitan».

Su madre había sabido enseguida que necesitaba aceptar aquel trabajo, no solo por los caballos, sino por sí mismo. No era tan torpe como para no darse cuenta de la relación entre su propia vida y una manada de caballos perdidos, pero ya era un hombre maduro. Controlaba su vida, comprendía su pasado y lo aceptaba. Nunca había sentido lástima de sí mismo, y no quería que nadie la sintiera por él.

¿Y qué habría sido de las vidas de Seth y Lizzie? ¿Dónde vivían? ¿Estarían casados y tendrían una docena de hijos entre los dos? ¿Tendría él sobrinos y sobrinas? El mero pensamiento hizo que el pecho de Rand se encogiera, le hizo preguntarse cosas en las que no se había permitido pensar desde que había recibido la carta. Y de aquellas preguntas surgió algo que nunca se había permitido sentir. Algo que desterró de su vida la noche que se lo llevó aquella mujer.

Esperanza.

Grace le había dicho que su hermano y su hermana nunca podrían olvidarlo, al menos por completo. ¿Tendría razón? Aunque creyeran que había muerto, ¿seguirían recordándolo? ¿Le darían la bienvenida en sus vidas? ¿O lo culparían? Él era el mayor. Debería haberse ocupado de ellos, debería haberlos protegido.

Al sentir unas repentinas gotas de lluvia en las manos, Rand detuvo su montura.

Maldijo entre dientes. Estaba tan sumergido en sus pensamientos que no había notado la rapidez con que se había oscurecido el cielo. Alzó la mirada, volvió a maldecir y miró a Grace.

—Vamos a tener que volver.

La tristeza de la expresión de Grace lo dijo todo, pero, fiel a su promesa, no protestó. Sus hombros se hundieron en señal de derrota y asintió débilmente.

Rand estaba a punto de hacer girar su montura cuando un agudo relincho le hizo detenerse. La yegua de Grace relinchó en respuesta y alzó los cascos delanteros.

—Rand —dijo ella, y su voz fue apenas un susurro.

—No me lo puedo creer —murmuró Rand en alto. ¡Los habían

encontrado!

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Grace lo miró con expresión ansiosa. Él sabía que haría lo que le dijera, aunque ello supusiera dar la vuelta. «Oyó otro relincho y dedujo que debía provenir de un promontorio de rocas que se hallaban a unos cincuenta metros de ellos.

Y en ese momento supo que en realidad no había ninguna decisión que tomar.

Que probablemente nunca la había habido. Pasara lo que pasase con el tiempo, sabía que ya no iba a echarse atrás.

—No tenemos mucho tiempo —dijo en voz baja—. Vamos a tener que contar con el elemento sorpresa. Si el jefe de la manada nos olfatea, se refugiaran en la parte más profunda del cañón y no tendremos ninguna posibilidad.

—¿Qué debo hacer?

—Quedarte aquí y estar preparada —Rand tomó el lazo que colgaba de su silla—.

Si puedo acercarme lo suficiente a una yegua y atraparla, nuestra única esperanza es que el semental la siga y el resto de los caballos lo sigan a él. Es lo único que podemos hacer —a continuación sorprendió a Grace inclinándose y dándole un beso rápido e intenso—. Para que me dé buena suerte —dijo, y se alejó al galope.

Aturdida, Grace observó cómo desaparecía tras unas rocas. Se llevó las manos a los labios sin apenas notar la lluvia, que cada vez caía con más fuerza.

Rand había ido tras ellos, pensó, excitada. Después de todo lo que había dicho, había ido tras los caballos. No era tan testarudo, práctico o lógico como quería hacer creer a todo el mundo. Había visto su mirada cuando estaban a punto de volverse atrás, y sabía que la idea le había disgustado tanto como a ella.

Aún no estaba segura de cuál era el plan de Rand, pero le había dicho que estuviera lista, de manera que, significara aquello lo que significara, mantuvo la mirada fija en el lugar por el que había desaparecido, atenta a cualquier señal.

¿Pero a cuál?

El sonido distante de un trueno hizo que su yegua se moviera inquieta. Sujetó las riendas con firmeza y ciñó las rodillas con fuerza sobre su montura.

Los minutos fueron pasando, aunque parecían horas. El agua se iba acumulando y corría en la dirección por la que Rand se había ido.

Grace rogó en silencio para que estuviera bien. «Date prisa, por favor, date prisa».

Pensar que pudiera pasarle algo la aterrorizaba. Se dijo que no debía preocuparse, que tenía mucha experiencia y sabía lo que estaba haciendo. Pero cualquier cosa podía ir mal; un mal movimiento y podría acabar en el suelo con una pierna rota, o inconsciente. La imagen hizo que se le contrajera el estómago.

Pero Rand estaba bien, se dijo. Tenía que estarlo.

Lo amaba.

Que Dios la ayudara, pero ya lo sabía con toda certeza. Se maldijo en silencio por no haberle dicho lo que sentía. Él no tenía por qué correspondería. Solo quería que lo supiera, necesitaba que lo supiera.

Apretó las riendas con tal fuerza que el cuero le marcó la palma.

—¿Dónde estás, maldita sea? —dijo en alto.

Como si la hubiera oído, Rand salió en aquel momento disparado tras las rocas, salpicando a su paso el creciente caudal de agua. Una pequeña yegua baya, con los ojos abiertos de en par en par a causa del miedo y el desconcierto, cabalgaba a su lado. Una soga en torno a su cuello la mantenía sujeta a la silla de Rand.

Y tras ellos, con el cuello orgullosamente erguido y la crin al viento, corría el semental. Era más grande que la mayoría de los sementales salvajes, con el pelo negro como el carbón. Estaba delgado, pero no escuálido. Tras él iban otras tres yeguas… ¡y dos potrillos!

Rand se limitó a hacer una seña a Grace para que siguiera a la pequeña manada.

Ella hizo girar a su montura e hizo lo que le decía. Los animales estaban tan concentrados en seguir al semental que no parecieron fijarse en ella.

Para cuando llegaron al lugar por el que habían bajado el cielo se había abierto. El suelo se estaba convirtiendo en un amasijo de barro, y Grace supo que debían subir con rapidez, o de lo contrario corrían el riesgo de resbalar en las zonas en que se estrechaba.

Rand tiró de la yegua para que empezara a subir. El animal se negó en principio a hacerlo, pero enseguida lo siguió. El semental relinchó y pareció dudar, pero finalmente se puso en marcha seguido de los demás.

Grace necesitó hacer uso de todas sus fuerzas para que su caballo siguiera tras la manada. Los músculos de sus piernas protestaron, pero sabía que tenía que sujetarse con fuerza a la silla si no quería caerse.

Era una subida lenta y peligrosa, pero fueron avanzando poco a poco, paso a paso, humanos y caballos juntos. El olor a cuero húmedo y a caballo asaltó los sentidos de Grace; el agua golpeaba su rostro y caía por el ala de su sombrero.

Uno de los potrillos resbaló en una de las zonas más estrechas y sus

patas traseras se doblaron. Grace se mordió el labio mientras el aterrorizado animal trataba de ponerse en pie de nuevo. Empezaba a resbalar sin remedio cuando logró erguirse y seguir el camino.

Grace cometió el error de mirar hacia atrás, y la visión del agua enfurecida corriendo por el centro del cañón la dejó paralizada. Diez minutos más allá abajo y la corriente se los habría llevado a todos. Apretó la mandíbula y siguió avanzando, pero no sin hacerse la promesa de no volver a mirar hacia atrás.

Cuando finalmente alcanzaron la cima, Grace se dejó caer de bruces sobre su silla, tan agotada que no sabía si iba a poder dar un paso más. Dejó que su montura tomara el mando y la llevara de vuelta a donde habían acampado. La manada siguió sin dificultad a la yegua capturada y Grace pudo hacer poco más que observar a Rand mientras este bajaba con rapidez de su caballo para lazar al semental y dejarlo atado a un árbol.

Sabía que en aquellos momentos no debía llamarlo ni tratar de atraer su atención.

Los caballos salvajes no estaban acostumbrados a los humanos y su presencia podía asustarlos. Cerró los ojos y dio las gracias en silencio mientras se sujetaba con fuerza a la silla por temor a caerse de ella. Ya estaba tan empapada que apenas notaba la lluvia.

Abrió los ojos al notar la mano de Rand sobre su pierna. Él alargó una mano hacia ella y Grace se deslizó del caballo a sus brazos.

—¡Lo has hecho, lo has hecho! —repitió una y otra vez mientras lo abrazaba.

Sonriendo, Rand la alzó del suelo y la abrazó con fuerza.

—Lo «hemos» hecho.

—Oh, Rand —Grace empezó a reir—. Te amo.

Él se quedó paralizado al oírla y Grace supo que había cometido un error. Pero no le importaba. Lo amaba, y Rand iba a tener que enfrentarse a aquella realidad. O no.

En cualquier caso, la decisión era suya.

Pero en aquellos momentos estaba demasiado contenta como estropear aquel maravilloso momento. Abrazó a Rand con fuerza y el agotamiento que sentía unos segundos atrás se esfumó como por ensalmo.

Rand la llevó hasta la camioneta y la dejó en el asiento del copiloto.

—Tengo que desensillar los caballos —dijo, y cerró la puerta.

Grace se sentía inútil, y habría ido a ayudarlo, pero sabía que Rand lo haría con más rapidez si ella no se entrometía. Sintió que el corazón se le encogía al pensar aquello, pues lo más probable era que Rand la

considerara una intrusión en su vida, alguien que simplemente se había cruzado en su camino.

De manera que allí estaba, locamente enamorada por primera vez en su vida, y sabiendo casi con certeza que no volvería a ver al hombre de sus sueños después de aquel día. Se le hizo un nudo en la garganta y sintió que los ojos le ardían, pero parpadeó para contener las lágrimas. ¡Aquel era un momento para la celebración! Ya se enfrentaría más tarde al dolor. En aquellos momentos estaba decidida a disfrutar de haber encontrado a los caballos perdidos.

Rand regresó a la camioneta un par de minutos después, se quitó el sombrero y lo tiró a la parte trasera del coche. Grace estaba acurrucada contra la puerta del coche, empapada de arriba abajo.

—¿Están bien? —preguntó, y se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

Él asintió y la miró con gesto preocupado.

—Dios santo, estás empapada. Grace no supo por qué encontró aquello divertido.

Tal vez fue por la astuta observación de Rand de lo obvio, o el hecho de que él estaba tan empapado como ella, pero empezó a reír. El la miró como si se hubiera vuelto loca. Una lenta sonrisa curvó la comisura de sus labios y, un instante después, él también estaba riendo sin parar.

Era la primera vez que Grace lo oía reír de verdad, y aquel sonido le hizo olvidarlo todo; que podrían haber resultado seriamente heridos, o peor, que le había dicho que lo amaba, incluso que estaba mojada, tenía frío y las piernas le dolían.

Aún riendo, Rand la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

—Ah, Grace —dijo, moviendo la cabeza—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella sintió el calor que emanaba de su piel, los poderosos músculos sobre los que se apoyaba. Una sonrisa iluminó su rostro cuando lo miró.

—Lo que quieras, Rand Blackhawk Sloan —murmuró—. Todo lo que quieras.

Capítulo Ocho

Una repentina oleada de calor recorrió el cuerpo de Rand tras escuchar las palabras de Grace. En aquel mismo instante la deseó con una intensidad que lo dejó conmocionado. Daba lo mismo que ambos estuvieran empapados, o que acabaran de correr un serio peligro para sacar a los caballos del cañón. En todo caso, aquellas circunstancias acentuaron la conciencia que tenía de ella y de la necesidad que se había agitado en su interior.

Fundió sus labios con los de ella, saboreó la lluvia, la pasión que rezumaban.

Cuando Grace entreabrió la boca, se sumergió en ella anhelante. Su deseo nunca había sido tan pujante, tan demoledor. Aturdía sus sentidos, lo cegaba a todo lo que no fuera la mujer que tenía entre sus brazos.

Tenía que poseerla. Tenía que hacerla suya, aunque solo fuera durante aquel momento.

Sin apartar su boca de la de ella, se situó en el centro del asiento y colocó a Grace sobre su regazo. Tenía la camiseta y el sujetador pegados a la piel a causa del agua, y podía distinguirse a la perfección el contorno de sus pechos y la protuberancia de sus pezones.

Con un gemido, Rand tomó uno de los pezones en su boca a través de la tela mientras la acariciaba con las manos. Ella apoyó las suyas sobre su cabeza y lo atrajo hacia sí.

—Quítate eso —murmuró él, y tiró de la camiseta hacia arriba.

Grace terminó de quitársela y, una vez más, Rand tomó unos de sus pezones en la boca. Ella gimió y echó atrás la cabeza.

Las caricias de Rand hicieron que empezara a retorcerse de placer sobre él, imprimiendo a sus caderas un movimiento que estuvo a punto de hacerlo enloquecer.

Febril, desabrochó el botón de los vaqueros de Grace y le bajó la cremallera. Ella lo besó mientras él deslizaba las manos entre los vaqueros y su piel y se los bajaba.

Unos segundos después, en un revuelo de piernas y brazos, Grace estaba desnuda sobre él. Rand apenas tuvo tiempo de bajarse los vaqueros hasta las rodillas antes de que ella se colocara a horcajadas sobre él.

Ambos gimieron cuando el duro y palpitante miembro de Rand encontró el camino al cálido y húmedo interior de Grace.

Entonces ella empezó a moverse y él gimió de nuevo.

Rand tomó su trasero en ambas mano y la guió mientras ella se movía arriba y abajo, cada más y más dentro.

La lluvia y los truenos no dejaban de sonar a su alrededor, pero la verdadera tormenta se estaba desarrollando en el interior de aquella camioneta, en la necesidad del uno por el otro.

—¡Rand! —gritó Grace a la vez que clavaba las uñas en sus hombros.

Ambos alcanzaron el clímax con la energía y la intensidad de un rayo. Ella echó atrás la cabeza y dejó escapar un largo y prolongado gemido. El grito que escapó de la garganta de Rand fue áspero y ronco, y pareció surgir de lo más profundo de su pecho.

Después, Grace se dejó caer sobre él, jadeante, mientras su cuerpo aún se estremecía de placer. Con el corazón latiendo furiosamente en el pecho, la respiración agitada, Rand la retuvo contra sí y esperó a que la tormenta remitiera.

Grace escuchó el sonido de la tormenta sobre el techo del coche. Era un sonido relajante y, con los brazos de Rand en torno a su cintura y sus cuerpos aún unidos, pensó que nunca había conocido una satisfacción tan plena.

—¿Te encuentras bien? —Rand la besó en la sien y deslizó una mano por su espalda.

—Mmmm —fue todo lo que pudo decir Grace. Rand sonrió.

—Deduzco que eso es un sí.

—Oh, sí. ¿Y tú?

—Oh, sí.

Fue el turno de sonreír de Grace. Se acurrucó contra él y disfrutó de las caricias que le estaba haciendo en la espalda.

—Deberías quitarte la ropa

—Vamos, mujer, dame al menos cinco minutos. Grace sintió que se ruborizaba.

—No me refería a eso. Tienes la ropa empapada y he pensado que querrías ponerte algo seco.

—Ya me la quitaré —murmuró Rand, y sonrió—. Te pones preciosa cuando te sonrojas.

Grace se sonrojó aún más y bajó la mirada. El apartó un mechón de pelo de su frente y lo colocó tras su oreja.

—Grace —dijo en tono serio.

«Ahora no», pensó ella. «Ahora no, por favor». Si Rand le salía en aquellos momentos con que no era el tipo de hombre adecuado para una relación duradera, no iba a poder aguantarlo.

—Lo has hecho muy bien en el cañón —fue lo que añadió. Ella lo miró y vio sinceridad en sus ojos—. Entre la tormenta, lo complicado del camino y todo lo demás, habría sido fácil que hubieras sufrido un ataque de pánico. Pero no ha sido así.

—Estaba demasiado asustada como para sufrir un ataque de pánico —dijo Grace, también sinceramente.

—Eres una mujer asombrosa, Grace Sullivan. Ella agradeció el cumplido, aunque en realidad no creía haber hecho nada especial.

—Estaba contigo, Rand —acarició sus labios con la punta de los dedos—. Sabía que tú podías lograrlo. Por eso no tenía miedo.

Los ojos de Rand se oscurecieron cuando la miró. Luego la atrajo hacia sí y la besó con fuerza.

—¿Cuántos minutos has dicho que necesitabas? —susurró ella.

Él contestó a su pregunta deslizando las manos hasta sus caderas y empezando a moverse debajo de ella. Sin aliento, Grace siguió el ritmo que le impuso y luego tomó el mando hasta que acabaron aferrados el uno al otro, jadeantes.

«Te quiero, Rand Blackhawk».

Pero en aquella ocasión Grace no lo dijo en alto. Se lo guardó para sí, con la esperanza de que Rand encontrara aunque solo fuera un pequeño lugar para ella en su corazón y en su vida.

Durmieron en la camioneta, abrazados, hasta que pasó la tormenta. Cuando despertaron, Grace se puso una camiseta limpia y unos pantalones y trató de hacer algo con su pelo mientras Rand se quitaba su ropa para ponerse algo seco. El sol ya empezaba a asomar entre las nubes cuando salieron. El olor a tierra húmeda invadía el aire limpio y fresco de la mañana.

El semental se agitó al verlos; sus yeguas y potrillos relincharon y se reunieron en torno a él, asustados. Moviéndose con cuidado, Rand se acercó a ellos y les lanzó un puñado de alfalfa antes de retirarse. Los animales se dispersaron y resoplaron, pero el olor a alfalfa acabó por conquistarlos, y unos momentos después volvieron a acercarse. Cuando Rand les arrojó dos sacas de alfalfa de la camioneta se dispersaron de nuevo, pero enseguida estaban comiendo.

Sentada en una roca, Grace observó a los animales mientras comían. Estaban delgados y les faltaba el pelo en algunas zonas. Las yeguas y los potrillos tenían marcas de mordiscos, método utilizado por el semental para mantener firme a su manada.

Los mustang salvajes no eran precisamente los más atractivos del mundo, pero para Grace eran preciosos.

Rand se acercó a ella y la rodeó por detrás con los brazos.

—Habrían muerto ahí abajo —dijo Grace.

—Pero no ha sido así.

—Gracias a ti.

—No a mí, Grace. En caso de que lo hayas olvidado, cuando me propusiste venir me negué. Eres tú la que no se ha rendido, la que los

ha salvado. No yo.

Grace no estaba de acuerdo con él, pero tampoco quería discutir. Apoyó la cabeza contra el pecho de Rand y se limitó a disfrutar del éxito que habían tenido.

—Es bastante mandón —dijo mientras observaba al semental moviéndose entre las yeguas y los potrillos mientras comían.

—Solo quiere asegurarse de que permanezcan juntos —dijo Rand —. Es más fuerte y listo que los demás, y su trabajo consiste en protegerlos.

—Has hablado como un auténtico nombre —bromeó Grace. Sin embargo, en el mundo de los caballos, lo que había dicho Rand era cierto—. Los potros son bastante pequeños —añadió, distraída—. No será difícil darlos en adopción —al sentir que Rand se ponía tenso tras ella, ladeó la cabeza y lo miró. Contemplaba los caballos con expresión solemne—. ¿Rand?

El permaneció unos momentos en silencio y luego suspiró pesadamente.

—Estaba pensando en Lizzie. Para ella debió ser parecido. Era una niña tan bonita... Supongo que las parejas harían cola para adoptarla.

Tenía sentido que viera la relación entre aquellos potrillos y sus hermanos. Y

ahora que sabía que estaban vivos, era lógico que quisiera saber lo que les había pasado.

—¿A quién se parecía? —preguntó Grace.

—Tenía los ojos azules de mi madre —dijo Rand con suavidad— y su pelo no era tan oscuro como el de Seth y el mío. Mi madre solía decir que Lizzie había heredado el pelo de su abuela Cordelia, en Gales, que era castaño oscuro. Incluso de bebé tenía un aspecto bastante exótico.

—Te recordará, Rand —dijo Grace con seguridad—. Puede que no con tanta claridad como con Seth, pero, cuando os veáis, en su corazón sabrá quién eres.

«Cuando os veáis». Las palabras de Grace hicieron que el corazón de Rand se encogiera. Aún no había tomado una decisión al respecto; ni siquiera se había permitido pensar.

Grace le acarició el antebrazo con la punta de los dedos y Rand sintió que se relajaba. Recordó que Grace había llorado por él la noche anterior. En su vida de adulto, ninguna mujer había hecho aquello por él. Había habido lágrimas de enfado, de frustración, e incluso lágrimas con intención de manipularlo; pero nunca habían llorado por él. Y le había dicho que lo amaba. Rand sabía que lo había hecho en un momento de euforia, tras lograr sacar a los caballos del cañón. ¿Lo

habría dicho en serio?

Por supuesto que no. Simplemente se había dejado llevar por el momento. Y

aunque Grace creyera sinceramente estar enamorada de él, él no podía creerlo.

Pertenecían a mundos demasiado distintos. Con el tiempo, aquella diferencia acabaría poniendo las cosas en su sitio.

Él volvería a San Antonio y ella a Dallas. Pero sabía que nunca la olvidaría.

Tiró de Grace para que se pusiera en pie y la besó.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No habría venido aquí si no hubiera sido por ti. Mary tenía razón cuando dijo que me convenía pensar un poco. Un lugar como este pone las cosas en perspectiva.

—¿Significa eso que has tomado una decisión respecto a ir a Wolf River? Rand asintió.

—Me detendré allí camino de San Antonio. Al menos iré a averiguar lo que tiene que decirme el abogado.

—Oh, Rand —los ojos de Grace estaban llenos lágrimas cuando lo besó—. Me alegro tanto...

Pero también hubo tristeza en su mirada. Rand la vio y supo que había comprendido que, muy pronto, cada uno iba a seguir su propio camino.

Darse cuenta de lo cercano que estaba aquel momento le produjo un estremecimiento. Estrechó a Grace entre sus brazos y la besó apasionadamente. Ella se aferró a él y le devolvió el beso casi con desesperación. Grand sabía que aquel besó solo iba a llevarlos a un sitio, y él no tenía ninguna intención de impedirlo, de manera que la tomó en brazos y se encaminó hacia la camioneta.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando el sonido de un motor hizo que el suelo temblara. Rand se quedó paralizado, soltó una maldición y dejó a Grace en el suelo. Los caballos alzaron la cabeza y comenzaron a moverse, inquietos.

El causante del ruido, un gran camión negro que arrastraba un remolque para ocho caballos, apareció un momento después.

Grace gimió a la vez que apoyaba la cabeza en el hombro de Rand.

—Ya están aquí —dijo débilmente, y se apartó de él a la vez que su hermano y otro hombre salían del camión.

—Nunca había oído nada parecido —dijo Tom, moviendo la cabeza mientras Grace le contaba cómo habían conseguido sacar a los caballos del cañón ellos dos solos—. Quiero volver a oírlo, pero esta

vez habla más despacio y cuenta los detalles.

Cruzado de brazos, Rand se apoyó contra su camioneta y escuchó mientras Grace hablaba. Su elaborada y animada descripción de la captura de la yegua hizo que se avergonzara un poco, pero mereció la pena a cambio de ver el brillo de sus ojos y la sonrisa de sus labios mientras contaba lo sucedido.

Tom parecía un tipo agradable. Era alto y tenía los ojos verdes de Grace, pero su pelo era oscuro en lugar de castaño rojizo. Rand había sentido cierta hostilidad por su parte cuando Grace los había presentado. Era comprensible. Rand sabía que, si Grace fuera su hermana y acabara de pasar unos días dando vueltas por Texas con un desconocido, él también habría sentido cierta hostilidad. Sin duda, si Tom supiera lo que de verdad había pasado, su actitud sería peor que hostil.

Había algunas cosas que era mejor que los hermanos no supieran.

Con la ayuda de Tom y de Marty y el equipo que habían llevado, no tuvieron dificultad en sujetar y asegurar a todos los caballos en pocos minutos. También habían llevado enchiladas y arroz del campamento base, además de unas cervezas y patatas fritas. Marty, un hombre mayor con un espeso bigote, se había ocupado de disponerlo todo mientras Grace relataba las aventuras del día… exceptuando algunas de ellas, por supuesto.

—Cuando hayamos visto el estado en que se encuentran los caballos podemos llevarlos a un rancho de adopción en Amarillo —dijo Tom una vez que todos estuvieron servidos—. En total no debería llevarnos más de cuatro o cinco días —se volvió hacia su hermana—. Después de este viaje, me imagino que te parecerá una buena idea, ¿no, Gracie?

Grace miró a su hermano. Lo conocía lo suficiente como para leer entre las líneas de su despreocupado comentario. Tom no era tonto, y tampoco estaba ciego. La conocía tan bien como ella a él y, obviamente, debía haber sentido que había algo enríe Rand y ella.

Sabía que buscaba una reacción, pero no pensaba darle aquella satisfacción.

Después de todo, ya era mayorcita. Lo último que necesitaba era tener a su hermano metiendo las narices donde no lo llamaban.

—Me encantará tomar una ducha de agua caliente —dijo, sonriente, y mordió una patata frita—. Puede que así vuelva a sentirme humana.

—¿Y tú, Rand? —preguntó Tom—. ¿Vas a venir con nosotros al campamento base?

Grace sintió que su corazón se encogía al ver que Rand negaba con

la cabeza. Por supuesto que no iba a ir con ellos. Tenía que ir a Wolf River, y ella lo sabía. Habría sido una tontería esperar que no se pusiera en marcha lo antes posible. Y ella estaba siendo egoísta por desear que cambiara de planes.

Sí, era egoísta, ¿y qué? Atacó casi con fervor otra patata frita. Quería pasar otros cuantos días con él, o, al menos, otras cuantas horas. Todo había pasado con tanta rapidez entre ellos… Y no era bastante. Quería más.

Mucho más.

Rand no la miró, y ella lo agradeció. Después del día que habían tenido, y con lo cansada que se sentía, podría haber empezado con las lágrimas, y lo último que necesitaba era ponerse a llorar delante de Rand y Marty.

—¿Grace?

—¿Qué? —Grace alzó la cabeza al oír la voz de su hermano. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no había seguido la conversación.

—La función para recaudar fondos, ya sabes, la que papá y mamá van a organizar para la fundación.

—¿Qué sucede?

Tom alzó una ceja con expresión irónica. «Estupendo», pensó Grace, y supo que el viaje de vuelta con su hermano a Abilene iba a ser muy largo.

—Mamá ha pensado que querrías saber que Bradshaw ha declinado la invitación.

—Esperaba que a la tercera fuera la vencida.

Bradshaw era uno de los rancheros más ricos de Dallas, y el más misterioso.

Corrían muchos rumores sobre él, desde que tenía el rostro desfigurado y nunca se presentaba en público, hasta que no había vuelto a salir de su casa tras la muerte de su esposa. Según quién hablara, su edad oscilaba entre los veinticinco y los setenta y dos años. Grace lo había invitado a las dos funciones benéficas anteriores, pero Bradshaw siempre había excusado su presencia, aunque, en ambas ocasiones, al día siguiente había enviado una generosa donación. Pero si pudiera conseguir que asistiera a una función, sabía que la asistencia se doblaría, al igual que las donaciones.

Movió la cabeza y se encogió de hombros.

—Volveré a intentarlo la próxima vez.

—¿Dylan Bradshaw? —preguntó Rand en tono despreocupado—. ¿Del Rocking B?

Todos se volvieron a mirarlo. Incluso Marty, que ya había visto y

hecho casi de todo en la vida, pareció sorprendido.

—¿Lo conoces? —preguntó Grace. Rand tomó un bocado de arroz.

—Lo conozco.

—Quieres decir que en alguna ocasión os habéis encontrado —dijo Tom.

—Es difícil conocer a alguien sin haberse encontrado antes —dijo Rand, y añadió

—:Hace una temporada trabajamos juntos.

Grace se fijó en que no había dicho «trabajé para él». Se preguntó qué querría decir

«hace una temporada», pero habría sido grosero empezar a bombardear a Rand con preguntas sobre su pasado y sobre cómo había conocido a Dylan Bradshaw.

—Tal vez podrías llamarlo por teléfono para hacerle cambiar de opinión —dijo Tom en claro son de broma.

—Tal vez.

La sonrisa de Tom se esfumó de su rostro. Incluso Marty había dejado de masticar.

Grace sabía que su hermano no creía en realidad que Rand pudiera descolgar el teléfono y conseguir que Bradshaw acudiera a la gala benéfica. De todos modos, la expresión mezcla de asombro e incredulidad de Tom y Marty, resultaba muy divertida.

Pero a ella le daba lo mismo si Rand podía o no podía conseguir que Dylan Bradshaw asistiera a la gala. En aquellos momentos, el único hombre que la preocupaba e interesaba era Rand.

Si Tom y Marty no hubieran llegado cuando lo habían hecho, Rand habría vuelto a hacerle el amor. El cuerpo aún le cosquilleaba de la vez anterior y aún conservaba la sensación de las manos de Rand en su piel.

Lo observó mientras charlaba con Tom y Marty. Vio que sonreía abiertamente cuando este último contó un chiste sobre un vaquero y una vaquilla enamorada.

Todo aquello podría haber sido perfecto, de no ser porque el hombre al que amaba iba a desaparecer de su vida a primera hora de la mañana.

«Maldito seas, Rand».

Con el fin de mantenerse ocupada, Grace se ofreció a fregar cuando terminaron de comer. Mientras Rand y Tom se ocupaban de dejar los caballos listos para la noche, Marty se dedicó a preparar el trailer en que se los llevarían al día siguiente.

Las ranas estaban en pleno concierto cuando Grace fue al arroyo con un cubo.

Estaba inclinada llenándolo cuando una enorme rana toro salto ante ella.

Grace la miró con el ceño fruncido.

—Si crees que voy a besarte, olvídalo, amigo. De momento estoy un poco quemada con los cuentos de hadas y los finales felices.

Terminó de llenar el cubo y se levantó. Al darse la vuelta se topó con Rand. Él alargó una mano para sujetarla y evitar que se cayera.

—¿Ahora hablas con las ranas? —preguntó con una sonrisa.

Grace se ruborizó y esperó que no hubiera oído lo que había dicho. Pero aunque así hubiera sido, ¿qué más daba? Rand ya sabía lo que sentía y, como decía el dicho, no tenía mucho sentido cerrar el establo después de que el caballo se había ido.

—Pensaba que estabas con los caballos.

—Estaba. Pero ahora estoy aquí.

Se produjo un largo e incómodo silencio entre ellos. Era obvio que Rand quería decir algo, pero que nos sabía muy bien cómo.

Grace suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Simplemente dilo, Rand. Lo que sea, dilo.

—Me voy.

Grace sintió que su corazón se encogía. Una cosa era saber que se iba y otra escucharle decirlo.

—¿Te refieres a ahora?

—Si salgo de aquí antes de que oscurezca, pondría estar en Wolf River a las dos o las tres de la mañana.

—De acuerdo —dijo Grace, aunque no estaba de acuerdo en absoluto.

—Tom y Marty pueden ocuparse de los mustang sin mí.

—Voy a prepararte café —a Grace le sorprendió que la voz le saliera normal—.

Vas a necesitar un termo si piensas conducir media noche.

Cuando fue a pasar junto a él, Rand apoyó una mano en su brazo.

—Grace...

Ella negó con la cabeza.

—No lo digas, Rand. No hay problema.

La mano de Rand se tensó en torno a su brazo y, por un momento, Grace creyó que la iba a atraer hacia sí para besarla. Pero el sonido de la voz de su hermano le hizo apartarse.

Volvieron juntos al campamento y, mientras Rand subía sus caballos al remolque, ella preparó un café fuerte con la esperanza de que la cafeína extra lo ayudara a mantenerse despejado durante el largo trayecto que le aguardaba.

Tom y Marty estrecharon la mano de Rand cuando este estuvo

preparado. Cuando se volvió hacia Grace, ella también le ofreció su mano, aunque deseaba casi con desesperación arrojarse entre sus brazos y darle un beso de despedida que no pudiera olvidar nunca. Sus miradas se encontraron un momento; luego Rand le soltó la mano y se alejó de ella.

Grace observó cómo subía a la camioneta, ponía el motor en marcha y se alejaba lentamente sobre el escarpado terreno.

Y de pronto se detuvo.

Salió del vehículo y se acercó a ella con paso firme.

El corazón de Grace latió con más fuerza.

—Ven conmigo.

Fue todo lo que dijo. «Ven conmigo».

Ella asintió y vio la expresión de alivio que iluminó la mirada de Rand antes de que se volviera a su camioneta a esperarla.

—Grace —dijo Tom con el ceño fruncido—. ¿Qué diablos está pasando?

—Estaré de vuelta en casa dentro de un par de días —dijo Grace, y soltó el aliento que estaba conteniendo—. Te lo explicaré todo entonces.

Besó a su hermano, se despidió de Marty, tomó su bolsa y fue hasta la camioneta de Rand. Entró, se puso el cinturón y miró de frente.

Ninguno de los dos dijo nada.

En veinte minutos estaban de vuelta en la autopista, camino de Wolf River.

Capítulo Nueve

Rand despertó a la mañana siguiente con la preciosa espalda de Grace vuelta a su lado. Se apoyó sobre un codo y deslizó la mirada desde su cadera, oculta por la sábana, hasta la sensual curva de su hombro y de su cuello, delicado como el de un cisne.

Tomó uno de sus rizos entre los dedos y lo acarició. Su pelo era suave como la seda. Sin pensarlo, se llevó el rizo a los labios, pero enseguida frunció el ceño por el sentimentalismo del gesto.

No había duda de que se estaba ablandando. ¿Desde cuándo pensaba en cisnes y en seda? Probablemente, desde el mismo momento en que se había vuelto loco y le había pedido a Grace que lo acompañara a Wolf River.

Si lo hubiera pensado dos veces, no la habría llevado consigo. Ella tenía que volver a su propia vida, a su propio mundo. Un mundo al que él no pertenecía más que ella al suyo. Se había dicho que lo que había pasado entre ellos en el cañón se quedaría en eso, que podía dejarlo todo detrás, y a ella, cuando llegara el momento de marcharse.

Pero estaba equivocado.

Cerró los ojos y suspiró. Habían llegado a Wolf River hacia las dos de la madrugada y habían reservado una habitación en un elegante hotel que contaba con lo necesario para poder ocuparse de los caballos. A pesar del cansancio que llevaban acumulado, habían hecho el amor dos veces aquella noche y, en ambas ocasiones, la intensidad de sus sensaciones y emociones lo habían dejado conmocionado.

Al notar un movimiento a su lado abrió los ojos y vio que Grace lo miraba con expresión aún adormecida.

—Buenos días —saludó, sonriente.

Ella pasó un brazo sobre su torso, se acurrucó contra él y suspiró, satisfecha. Rand sintió que su corazón latía más deprisa. Aquella era una nueva experiencia para él.

Grace era una nueva experiencia para él, al igual que los sentimientos que había despertado en él. Pensaba que ya nada podía sorprenderlo, que había visto y hecho casi todo en la vida.

Y, de pronto, Grace había aparecido y lo había cambiado todo.

No estaba seguro de que le gustara, pero no podía hacer nada al respecto en aquellos momentos. Aunque fuera una estupidez, no podía dejarla ir todavía.

Pero sabía que lo haría. Tendría que hacerlo.

Grace deslizó una mano por su pecho y volvió a mirarlo con expresión seria.

— ¿Cuándo vas a llamar al abogado? —preguntó.

Rand sabía que no le iba a quedar más remedio que enfrentarse a aquello. Había tratado de no pensar en el motivo por el que estaba allí desde que habían llegado a Wolf River. Había querido concentrarse en Grace. Quería recordar el modo en que se ruborizaban sus mejillas cuando hacían

el amor, la soñadora bruma de sus ojos, el jadeante tono de su voz. Quería recordarlo todo sobre ella, y sabía que llevaría consigo aquellos recuerdos durante el resto de su vida.

Con un suspiro, se apartó de ella y se sentó en el borde de la cama. Miró el teléfono que estaba en la mesilla de noche y sintió que la sangre se había vuelto lodo en sus venas. Temía que Grace viera cómo le temblaba la mano cuando fuera a tomar el teléfono.

—Es temprano —dijo, y se pasó una mano por el pelo.

Grace se colocó de rodillas tras él, lo rodeó con los brazos por el cuello y le dio un beso en la mejilla.

—Deja un mensaje en su despacho y él te llamará cuando llegue.

—Antes voy a tomar una ducha.

Grace le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Ahora.

Rand frunció el ceño, pero el aliento y la lengua de Grace en su oreja hicieron que le resultara imposible sentirse irritado.

Descolgó el teléfono sin pensarlo y pidió que le pusieran con el bufete de Beddingham, Barnes y Stephens. Dejó un breve mensaje en el contestador con el número del hotel y el de su habitación y colgó.

El corazón latía con fuerza en su pecho y sentía que por dentro temblaba, pero lo había hecho. Había hecho la llamada.

Grace deslizó las manos con delicadez arriba y abajo por sus brazos. Poco a poco, Rand sintió que sus músculos se relajaban y que su corazón se calmaba.

—Ahora ve a ducharte —dijo ella, y lo besó en un hombro—. Yo me ocupo de pedir el desayuno.

Rand se volvió de pronto y la sorprendió tomándola entre sus brazos.

—Tengo una idea mejor —dijo, con sus labios sobre ella.

—¿Qué idea? —murmuró Grace. Él sonrió, la llevó hasta la ducha y le mostró de qué idea se trataba.

—Gracias por haber venido, señor Sloan —Henry Barnes dio la bienvenida a Rand en su despacho con un cálido apretón de manos y luego hizo lo mismo con Grace—.

Es un placer conocerla, señorita Sullivan.

—Señor Barnes.

—Aquí en Wolf River somos bastante informales —dijo el abogado,

un hombre de pelo cano y alrededor de sesenta años. Hizo una seña para que se sentarán en los sillones que había frente al suyo—. Llamadme Henry, y si no os parece mal, yo también os tutearé —al ver que Rand asentía, añadió—: No ha sido fácil localizarte, Rand. Empezaba a temer que no iba a tener noticias tuyas.

Rand sacó la carta del bolsillo trasero de su pantalón y la dejó sobre el escritorio del abogado.

—Háblame de mis hermanos.

—Por supuesto —el abogado se apoyó contra el respaldo del asiento—. Si yo estuviera en tu lugar no querría un montón de palabrería legal, de manera que seré lo más directo que pueda. Tu hermano y tu hermana están vivos. Seth, que ahora se llama Seth Granger, vive en New México. Aún no hemos tenido noticias suyas, pero creemos tener unas señas fiables.

Hacía poco que Rand había estado en El Paso durante seis meses. Solo habría tenido que escupir para cruzar la frontera con New México. La posibilidad de haberse cruzado con su hermano en la autopista, o en alguna gasolinera, hizo que su pulso se acelerara.

—¿Y Lizzie? —preguntó.

—Aún no hemos podido localizarla —contestó Henry—. Confiamos en poder hacerlo pronto, pero de momento solo sabemos que vive en algún lugar de la costa oeste.

Rand soltó el aliento que había contenido y frunció el ceño.

—Quiero saber qué pasó, y también por qué te has puesto en contacto conmigo después de tanto tiempo.

El abogado miró a Grace con expresión seria.

Ella se levantó.

—Esperaré fuera...

Rand la tomó de la mano y le hizo sentarse de nuevo.

—Sea lo que sea lo que tengas que decirme, Grace puede oírlo —dijo. Henry asintió.

—Hace veintitrés años, en una repentina y violenta tormenta eléctrica, el coche de tu padre volcó y cayó en una quebrada. Tus padres murieron al instante, pero tú y tus hermanos sobrevivisteis.

Los labios de Rand se tensaron visiblemente.

—Dime algo que no sepa, Henry.

—La primera persona que apareció en el lugar del accidente fue el sheriff de Wolf River, un hombre llamado Spencer Radick. Llamó a tu tío William, que acudió con su asistenta, Rosemary Owens.

Rosemary. Rand había olvidado el nombre de la mujer. Ella le dijo que la llamara Rose. Recordó el aroma a cebolla y ajo que desprendía su sencillo vestido azul la noche que se lo llevó a la habitación del

motel.

—Mi tío me envió con ella —dijo Rand—. Se ocupó de mí hasta que llegó el otro hombre y me llevó con los Sloan.

—Ese otro hombre era León Waters —dijo Henry—, un sórdido abogado de Granite Springs que trabajaba para tu tío. Él arregló lo de las adopciones, pero eran ilegales, por supuesto. Con la ayuda de tu tío, Waters consiguió unos certificados de defunción falsos y pagó a la gente necesaria para que pareciera que toda la familia había muerto. El sheriff Radick cobró por su silencio y dejó la "ciudad dos días después del accidente, aunque nadie sabe dónde fue. Poco después, León Waters cerró su despacho en Granite Springs y también desapareció.

La lista de personas a las que Rand quería hacer una visita iba aumentando. Y la primera persona de aquella lista era su tío William Blackhawk.

—¿Y mi tío?

Henry negó con la cabeza.

—Murió en un accidente de aviación hace dos años.

Saber que ya nunca iba a poder enfrentarse a su tío, que no iba a poder preguntarse si era capaz de mirarse a la cara después de haber hecho lo que había hecho con su propia familia, hizo que Rand sintiera una intensa rabia.

—¿Y la asistenta? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Murió de cáncer de pulmón hace seis meses.

Grace deslizó una mano sobre la de Rand y la estrechó. Aquel sencillo gesto, y su mirada de preocupación, hizo que se esfumaran al instante la rabia y la decepción que Rand sentía. Enlazó la mano con la de ella y miró al abogado.

—Si todo el mundo ha muerto, ¿cómo has sabido todo esto??

—La hija de Rosemary encontró un diario en el que se narraba todo lo sucedido aquella noche, incluyendo los nombres de los implicados —dijo Henry—. Rosemary debió conservarlo para protegerse de William. Sin duda, temía por su vida.

Después de lo que había hecho su tío, a Rand no le sorprendió averiguar que habría sido capaz de matar si se hubiera sentido amenazado. Rosemary hizo bien conservando el diario como seguro.

Estaba deseando verlo para saber con detalle lo que sucedió aquella noche.

A pesar de todo, sentía que algo no encajaba.

—Pero si Rosemary ha muerto, ¿quién te ha contratado para encontrarnos a mí y a mis hermanos?

—Lucas Blackhawk.

—¿Lucas Blackhawk? Henry asintió.

—Tu primo.

Rand frunció el ceño.

—¿Tengo un primo?

—De hecho tienes dos. Pero de momento vamos a centrarnos en Lucas. Tu padre tenía dos hermanos, William y Thomas. Lucas es el único hijo de Thomas. Vive aquí, en Wolf River —Henry se inclinó hacia delante, sonriente—. ¿Por qué no lo llamas por teléfono y le dices que estás aquí?

Capitulo 10

La casa de Lucas Blackhawk estaba a las afueras de la ciudad. Rand detuvo la camioneta frente a una bonita casa de dos plantas rodeada de flores. Junto a la entrada había un par de bicicletas de niños.

Grace miró las rosas que florecían junto al porche y la hierba perfectamente cortada que llegaba hasta el pie de las escaleras. Era como la foto de una revista anunciando la vida perfecta, una casa de ensueño con dos niños y la proverbial ranchera.

Su corazón se inflamó solo con mirar todo aquello. La casa, las bicis de los niños, las flores, la valla de madera...

Y la broma pasada que le había gastado la vida era que quería todo aquello con un hombre que había dejado bien claro que no tenía ningún interés en casas, hogares, ni en echar raíces.

Lo miró y vio que estaba mirando atentamente la casa, no con anhelo, sino con aprensión. Apartó a un lado sus sentimientos, pues sabía que tendría tiempo de sobra de pensar en ellos. Teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando en aquellos momentos en la vida de Rand, era egoísta por su parte pensar en lo que ella quería.

Se obligó a sonreír y dijo en tono desenfadado:

—Ya estamos aquí.

Rand asintió y salió de la camioneta. Grace hizo lo mismo y subieron juntos las escaleras del porche. Del interior llegaron las risas de unos niños y la voz de una mujer diciendo:

—¡Os he encontrado!

Rand dudó un momento y luego llamó a la puerta. Esta fue abierta un momento después por una mujer con el rostro ligeramente sofocado y el pelo corto y rubio.

Tenía los ojos azules y Grace calculó que debía tener entre veinticinco y treinta años.

Era una auténtica belleza y, viendo el vestido flojo de flores que llevaba puesto, Grace dedujo que estaba embarazada. Al parecer iba camino del tercer hijo, pensó con una sonrisa agridulce.

—¡Lucas! —dijo la mujer por encima del hombro—. ¡Ya está aquí!

A continuación tomó una mano de Rand entre las suyas y lo hizo pasar. Grace los siguió, indecisa, pues se sentía como una intrusa en un encuentro tan personal e importante como aquel.

—Soy Julianna —la mujer sonrió e hizo un gesto hacia un lado con su cabeza. Dos niños pequeños, un niño y una niña, estaban totalmente quietos en la entrada del comedor—. Esos son Nicole y Nathan. Ahora no los podéis ver porque en este momento son

invisibles.

Grace notó que los niños eran gemelos. Ambos tenían el pelo castaño oscuro, vestían pantalones vaqueros cortos y camisetas blancas y debían tener entre tres y cuatro años.

—Hola, Nicole y Nathan —dijo Rand, aunque miró directamente hacia las escaleras en lugar de

a los niños. Grace se dio cuenta de que estaba jugando con ellos—. Me alegro de conoceros.

Nathan y Nicole rieron, pero cuando un hombre con unos vaqueros llenos de pintura y una camiseta azul oscura bajó las escaleras, frotándose las manos en un trapo, ambos se dirigieron corrieron hasta él y se aferraron a sus piernas.

—¡Papi!

Era un hombre alto, de pelo negro; obviamente, aquellas características eran dominantes en los genes Blackhawk. Era un hombre atractivo, otra característica de los Blackhawk, con ojos marrones oscuros y una cálida sonrisa.

—Estaba acabando de pintar el cuarto de los niños —dijo Lucas a la vez que guardaba el trapo en su bolsillo trasero. Tomó a un niño en cada brazo, los besó y volvió a dejarlos en el suelo. Sonrió y alargó una mano hacia Rand—. Qué situación tan increíble, ¿no?

—Eso es poniéndolo suave.

Grace sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando los dos hombres estrecharon sus manos. Sintió las dudas de ambos, la rápida evaluación que estaban haciendo el uno del otro. Pero también sintió su excitación mientras los observaba.

Lucas volvió la mirada hacia ella y alzó una ceja.

— ¿Y ella es?

—Grace Sullivan —Grace ofreció su mano a Lucas—. Una amiga.

Lucas y Julianna estrecharon su mano. Lucas frunció el ceño.

—¿Grace Sullivan, de la agencia de adopción de caballos Edgewater?

Ella dudó, sorprendida.

—Ah... sí, la misma.

—Nos has enviado una invitación para asistir a la gala benéfica que la agencia organiza la semana que viene. Creo que el director de mi oficina, Shelby Davis, ha contestado aceptando la invitación.

Lucas Blackhawk. No era de extrañar que el apellido Blackhawk le hubiera resultado familiar a Grace. Había visto la lista de invitados, pero durante los días de los preparativos había estado demasiado ocupada buscando a Rand. Mattie, una de las voluntarias de la fundación, se había ocupado de todo lo relacionado con la lista de

invitados.

Ni siquiera cuando Rand le había dicho que su apellido de nacimiento era Blackhawk y que había nacido en Wolf River lo había relacionado con el rancho Blackhawk. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto algo así?

Pero sabía muy bien cómo. Desde que había conocido a Rand no había logrado pensar con claridad. Aparte de en él, no había pensado en nada más.

Avergonzada, y sin saber qué decir, dijo:

—Me… alegra mucho que puedan asistir.

—¿Por qué no llevas a Rand y a Grace al cuarto de estar mientras yo preparo algo frío para beber? —dijo Julianna. Con expresión seria, miró a su alrededor y pasó de largo junto a sus hijos, que estaban hombro con hombro a los pies de la escalera—. Si logro encontrar a Nicole y a Nathan, puede que saque unas galletas para ellos en la cocina.

Los dos niños echaron a correr al instante hacia su madre.

—¡Estamos aquí, mamá! ¡Estamos aquí!

Grace sintió una nueva punzada de ternura en su corazón. Respiró profundamente para calmarse y sonrió a Rand.

—Voy a ver si puedo echar una mano a Julianna en la cocina.

Lo lógico era que Rand y Lucas se quedaran solos. Por todo lo que les había dicho el abogado, debían tener mucho de qué hablar.

Rand la miró mientras se alejaba hacia la cocina. Se había estado comportando de un modo extraño desde que habían llegado a casa de su primo. Había visto el anhelo de su mirada mientras contemplaba la casa, y no se le había pasado por alto su expresión soñadora cuando había visto a los gemelos.

Mientras seguía a Lucas hasta el cuarto de estar se fijó en los juguetes que había por el suelo, en las fotos de boda que adornaban las paredes, en los ovillos de hilo azul y rosa que había junto a una manta de bebé semi tejida que se hallaba sobre un sofá.

Rand sabía que todo parecía la imagen de la perfección. La casa, los niños. Raíces.

¿Pero qué sabía él de raíces? Se las arrancaron cuando tenía nueve años. Todo lo que poseía cabía en una maleta, e incluso su maleta tenía ruedas.

No podía ofrecer nada de aquello a Grace. Y ella lo merecía todo.

—Encontré esto en un caja con viejas fotos de mi madre —Lucas le alcanzó una foto de una vieja polaroid—. He pensado que tal vez te gustaría.

La foto se había oscurecido un poco con los años, pero en ella se

distinguían con toda claridad los rostros de Jonathan y Nora Blackhawk.

Toda la familia de Rand estaba en la foto. Él debía tener unos seis años, Seth tres o cuatro, y Lizzie, que se hallaba envuelta en una manta, parecía una recién nacida.

Todos estaban sentados en la cama de un hospital.

Rand se sintió como si una banda metálica le estuviera oprimiendo el pecho y le estuviera dejando sin aire. No podía mirar la foto en aquellos momentos, no con Lucas observándolo. Guardó la foto en el bolsillo trasero de su pantalón y tuvo que tragar saliva antes de hablar para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta.

—Gracias.

—Siento que no nos conociéramos cuando éramos niños —dijo Lucas—. De lo contrario, puede que las cosas hubieran sido distintas.

Las preguntas se amontonaban en la mente de Rand. ¿Por qué no se habían conocido? ¿Qué les había pasado a los padres de Lucas? ¿Qué sabía su primo de Seth y Lizzie? No sabía cuál preguntar primero, de manera que eligió la que no dejaba de rondarle la cabeza desde que se habían ido del despacho del abogado.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —preguntó—. ¿Por qué después de todos estos años te has tomado la molestia de tratar de reunimos a mis hermanos y a mí?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —replicó Lucas—. A fin de cuentas, somos familia.

—Pero ni siquiera nos conoces.

—Somos parientes de sangre, Rand. Yo también perdí a mis padres cuando era pequeño. A mi madre cuando tenía once y a mi padre poco después. Murió en prisión.

—¿En prisión?

—Por entonces tú solo debías tener siete u ocho años. Cada una de nuestras familias estaba demasiado ocupada resolviendo sus propios problemas durante aquellos años, por no mencionar los continuos esfuerzos de tío Williams por estropearlo todo. Él se aseguró de que la familia se mantuviera dividida —Lucas suspiró—. William era la única persona que habría podido ayudar a librarse a mi padre de los falsos cargos que pesaban contra él. Jamás devolvió una sola de las llamadas de mi padre. Dejó que muriera en prisión y yo empecé un largo recorrido por diversos hogares adoptivos.

—¿Por qué? —preguntó Rand—. ¿Por qué quería destrozar de ese modo a su propia familia?

—Sus hermanos se casaron fuera de la reserva —dijo Lucas—. Los odiaba a ellos y a sus hijos por ello. Y, por supuesto, también estaba el

tema del dinero.

Rand negó con la cabeza.

—Mis padres no tenían dinero. Apenas sobrevivíamos en un rancho de caballos de cincuenta acres.

Lucas volvió la cabeza al oír el sonido de las risas de las mujeres procedente de la cocina. Luego apoyó una mano sobre el hombro de Rand y señaló hacia las puertas corredizas que daban al exterior.

—¿Qué te parece si te enseño el lugar mientras hablamos? Puede que esto nos lleve un rato.

—Vais a quedaros a comer —Julianna metió un asado en el horno y puso la hora en el reloj—. No pienso aceptar un no por respuesta.

—No creo que...

—Insisto —Julianna apoyó ambas manos en la parte baja de su espalda y se estiró

—. Después de estar en casa día tras día con la compañía de dos crios de tres años, necesito mantener una conversación de adultos. Limítate a golpearme la mano si empiezo a cortarte la carne o algo parecido.

Grace miró a los niños, que estaban sentados a la mesa de la cocina, comiendo galletas de chocolate y bebiendo un vaso de leche.

—Son adorables.

—Pon unas galletas delante de ellos y son ángeles —Julianna dejó un plato con galletas aún calientes en la mesa y se sentó en una silla frente a Grace—. Pon zanahorias frente a ellos y se convertirán en diablillos con tal rapidez que la cabeza empezará a darte vueltas.

—Son tan dulces —Grace aceptó la galleta que le ofreció Julianna —. No puedo imaginarlos dándote la lata.

Julianna rió con ironía.

—Deberías haber estado aquí anoche. Querían ver lo que había dentro de la bolsa de la aspiradora.

Grace abrió los ojos de par en par.

—Y mientras estaba limpiando el estropicio, Nicole decidió lavar con champú el pelo de Nathan en medio de mi dormitorio. La mitad del bote acabó sobre Nathan y el resto en la alfombra. Nicole iba a por un vaso de agua cuando entré.

Grace no sabía nada de niños y bebés. Nunca había pensado en la clase de travesuras que cometían ni en la destrucción que causaban.

Pero quería saber. Quería saberlo todo al respecto, experimentarlo. Quería una docena de niños... bueno, tal vez tres o cuatro, recapacitó al pensar en la bolsa de la aspiradora.

—Al menos utilizó el champú que no pica a los ojos —dijo Julianna con un suspiro

—. El pobre Nathan estaba gritando que no quería que le lavaran el pelo cuando Lucas los metió juntos en la ducha. ¡Oh! —bajó la mirada y apoyó una mano en su estómago— La hora del fútbol.

Grace no pudo evitar fijarse en los movimientos del vientre de Julianna, fascinada.

—¿Duele?

—Normalmente no… —Julianna se contrajo al sentir una patada especialmente fuerte—… pero hoy está especialmente activo.

—¿Es un chico?

—Eso es lo que me dijeron en la última ecografía —Julianna bajó la mirada de nuevo hacia su vientre—. ¿Quieres sentirlo?

Desesperadamente, pensó Grace. No solo el estómago de Julianna, sino todo lo demás. Quería sentir una vida creciendo en su interior, un bebé del hombre al que amaba.

Un bebé de Rand.

Pero lo mismo podía desear la luna.

—¿De verdad no te importa? —preguntó a la vez que alargaba una mano.

—Por supuesto que no —Julianna tomó la mano de Grace y la apoyó sobre una parte indistinguible del cuerpo del bebé.

Cuando aquella parte se movió, Grace contuvo el aliento.

—¡Se ha movido! —dijo, riendo—. ¡Lo he sentido, lo he sentido!

Julianna sonrió.

—Deduzco que no has estado nunca embarazada.

—No —aunque podía resultar grosero, Grace no se animó a apartar la mano del estómago de Julianna—. No estoy casada.

—Hoy en día eso da lo mismo —dijo Julianna a la vez que trasladaba la mano de Grace a otro abultamiento—. Entonces, ¿qué hay entre Rand y tú?

—Bueno, somos… —Grace evitó mirarla—. No hay nada entre nosotros.

—Acabamos de conocernos y puedes decirme que me meta en mis asuntos cuando quieras, Grace, pero he visto el modo en que Rand te miraba y el modo en que tú le devolvías la mirada. Definitivamente hay algo entre vosotros.

Grace pensó que era extraño acabar de conocer a alguien y sentir que se conocían hacía mucho tiempo. Y aquello era lo que le estaba pasando con Julianna.

Suspiró, tomó una galleta y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Es complicado. Julianna rió.

—¿Y qué relación entre un hombre y una mujer no lo es? Algún día te hablaré de Lucas y de mí; te quedarás boquiabierta.

Grace dio un bocado a la galleta.

—El caso de Rand y mío es distinto. Es obvio que tú y Lucas os amáis mutuamente mucho.

—Cuando no quiero estrangularlo por ser tan testarudo, lo quiero tanto que duele.

—De manera que lo de la testarudez está en los genes de los Blackhawk, ¿no? —

dijo Grace con una sonrisa.

—Oh, sí. Prepárate. Lo hombres Blackhawk añaden una nueva dimensión al mundo.

Era demasiado tarde para prepararse, pensó Grace. Rand ya estaba en su cabeza y en su corazón. En una ocasión le había preguntado cómo se las había arreglado tras perder a su familia. Él le había dicho que la vida había seguido. Ella no estaba segura de cómo podía seguir cuando uno perdía a alguien a quien amaba, pero sí sabía que tenía que creer que era cierto. De lo contrario, acabaría rogándole que al menos diera una oportunidad a su relación, que tratara de amarla.

Pero sabía que no podía hacerlo. Durante los días pasados había creído que Rand la había necesitado realmente. Había estado con él poco después de que averiguara que sus hermanos vivían, cuando había averiguado lo que realmente pasó aquella noche, y ahora, conociendo a su primo.

Pero Rand ya no la necesitaba. Tenía a Lucas y a Julianna para ayudarlo. Y muy pronto contaría también con Seth y con Lizzie. Tendría su familia.

Era posible que ella hubiera sido la amante de Rand, pero no era su amor. Él había dejado muy claro que no tenía intención de echar raíces. Y viendo a Julianna, a Lucas y a sus hijos, supo que no podía conformarse con menos.

Comprendió que había llegado el momento de marcharse. De salir de la vida de Rand con tanta brusquedad como había entrado en ella. A la larga, sería más fácil para ambos de aquel modo. Rand se sentiría disgustado una temporada por el hecho de que se hubiera ido sin despedirse pero, probablemente, también se sentiría aliviado. Las despedidas siempre eran incómodas. De aquel modo no habría simulaciones.

Además, sabía que no era lo suficientemente valiente como para hacerlo de otro modo. Si se despedía de Rand en persona, acabaría hecha un mar de lágrimas a sus pies, y eso solo serviría para avergonzarlos a ambos.

Se obligó a prestar atención de nuevo a Julianna, pero cambió de tema y le preguntó por los gemelos y el rancho Blackhawk.

Veinte minutos después, Rand y Lucas no habían vuelto, y Grace supo que si no actuaba en aquel momento no lo haría nunca. Dijo sentir el comienzo de una migraña y se excusó con Julianna por no poder quedarse a comer. Luego le preguntó si a Lucas le importaría llevar a Rand de vuelta al hotel aquella tarde.

Tras abrazar a Julianna, condujo de vuelta al hotel en la camioneta de Rand. Hizo su equipaje, dejó una nota bastante animada y a continuación salió del hotel y de la vida de Rand Blackhawk para siempre.

Capítulo Once

Wolf River era muy distinto a como Rand lo recordaba de su infancia. Habían desaparecido un montón de edificios y tiendas, aunque aún quedaban algunos que le resultaban familiares, como la peluquería de Joe, la ferretería de los Peterson, la tienda de ultramarinos de los King... lugares a los que solía llevarle su padre de niño y que apenas recordaba.

Detuvo la camioneta ante un semáforo, otra cosa que no había en el pueblo veintitrés años atrás.

Se había mantenido intencionadamente apartado de Wolf River durante todos aquellos años. No había querido recordar el pueblo, los lugares a los que solía ir con su familia o la gente que vivía allí. Hacerlo no le habría servido para recuperar a su familia.

Giró en Main Street y salió del pueblo en dirección sur. Había casas y ranchos que recordaba, aunque no los nombres de los dueños. Pero los nombres no importaban.

Lo que importaba era que necesitaba algo a lo que aferrarse, algo con sustancia para mantenerse firme mientras todo su mundo se tambaleaba.

Y, encima, Grace también se había ido.

Había sido su piedra de toque durante los días pasados. No se había dado cuenta de cuánto había confiado en ella hasta que se había ido. Ni siquiera sabía que pudiera confiar en alguien.

Su primera reacción cuando regreso al hotel y descubrió que se había ido fue de asombro. ¿Habría hecho o dicho algo que la hubiera molestado tanto como para que se hubiera ido sin despedirse? Pero su nota de despedida había sido sencilla y nada sentimental.

Siento haberme ido tan rápido, pero tengo que estar en casa cuanto antes y odio las despedidas.

Había permanecido unos segundos mirando la nota y la rabia había llegado unos momentos después. Había jurado, maldecido, había dado patadas a su maleta y a la cama, y cuando descolgó el teléfono para llamarla volvió a colgarlo con tal fuerza que casi lo rompió. Ni siquiera sabía el número de teléfono de Grace. Tenía el teléfono de la oficina de la fundación; eso era todo.

¿Cómo era posible?, se preguntó mientras se pasaba cimbas manos por el pelo.

¿Cómo era posible que no supiera ni su maldito teléfono después de haber compartido lo que habían compartido?

Siguió maldiciendo, pero ya no había calor en sus palabras cuando se sentó en el borde de la cama. No la culpaba por haberse ido. Grace

se había entregado por completo a él, pero él no le había dado nada a cambio, no le había ofrecido nada.

¿Por qué diablos no iba a haberse ido?

Después había ido al bar del hotel. La habitación estaba demasiado vacía, demasiado silenciosa. Creyó necesitar la compañía de una botella de whisky, pero dos horas y media botella después comprendió que se había equivocado.

Lo que necesitaba era algo totalmente distinto.

Detuvo la camioneta y sacó del bolsillo de su camisa la foto que le había dado Lucas. Su familia. Su único vínculo tangible con el pasado, comprendió. El impacto de aquel conocimiento y la importancia de lo que sostenía en la mano lo abrumaron.

Recordaba el día que fue tomada la foto. Estaban todos en el hospital y Lizzie acababa de nacer. Su madre lo besó en la mejilla mientras le enseñaba a su nueva hermanita. «¿No es preciosa, Rand? ¿Crees que podrás ayudarme a cuidarla?»

Él prometió que lo haría. Prometió a su madre que la cuidaría siempre.

Pero había defraudado a su madre, y también a Lizzie.

Mary, Matt y Sam habían sido una parte importante de su vida. Agradecía enormemente haberlos tenido, seguir pudiendo contar con ellos. Para él eran su familia tanto como si compartieran lazos de sangre.

Pero sabía que su primera familia lo necesitaba en aquellos momentos. Y él a ellos.

La vida le había dado una segunda oportunidad para arreglar las cosas, y no iba a desaprovecharla.

Tenía las señas de Seth, pero no de Lizzie. El abogado le había preguntado el día anterior si quería contratar a un investigador privado para localizarla. Él no le había contestado. Lizzie solo tenía dos años cuando sufrieron el accidente. ¿Y si en la actualidad era feliz donde estaba y con quien estaba?

Que de pronto se presentaran en su casa dos hermanos a los que ni siquiera recordaba podría resultar una complicación para su vida.

Pero Rand sabía que la decisión ya había sido tomada, que en realidad nunca había habido tal dilema. Sería el investigador privado el que contaría a Lizzie todo lo sucedido. Él no pensaba imponerse a la fuerza en la vida de su hermana ni en la de Seth. Ambos tendrían la oportunidad de reunirse con él si deseaban aprovecharla.

Después… bueno, tendrían que tomárselo poco a poco.

Rand miró una vez más la foto de su familia, sonrió y volvió a guardarla en el bolsillo.

Lo que necesitaba en aquellos momentos no tenía nada que ver con Seth y Lizzie.

Lo que necesitaba hacer era por sí mismo.

Grace estaba en el jardín de la casa de sus padres con una copa de champaña en la mano. Llevaba puesto un vestido largo de terciopelo negro abierto en un lateral hasta la mitad de su pierna. En el interior de la casa, la gala benéfica estaba en pleno apogeo.

Había salido a tomar un poco el aire y a prepararse para la ajetreada noche que le esperaba.

Normalmente disfrutaba con aquellos asuntos, sobre todo porque sabía que el dinero que se recolectara serviría para ayudar a muchos caballos. Pero desde que había regresado a Dallas nada había vuelto a ser como antes. Sentía que todo era diferente. Ella se sentía diferente.

Suspiró y contempló el agua azulina de la piscina de sus padres.

Se sentía vacía.

—Gracie, querida, por Dios santo —dijo Roanna Sullivan desde el umbral de la puerta—. Si bajas más la cabeza acabarás besando su propio trasero.

Era la reprimenda favorita de su madre cuando ella era pequeña, y la expresión solía hacerle gracia. Pero en aquellos momentos no sentía ninguna gana de reír. Sin embargo, para satisfacer a su madre y a los cien invitados que reían, charlaban y comían en el interior de la casa, se obligó a sonreír.

Roanna ladeó la cabeza y la miró con expresión pensativa.

—No sé muy bien si creerme esa sonrisa.

—Estás guapísima esta noche, mamá —dijo Grace, no solo para cambiar de conversación, sino porque era cierto. Su madre vestía un traje largo verde plateado que complementaba a la perfección su pelo rubio y corto y sus ojos verde mar. A pesar de sus cincuenta años, los hombres aún volvían la cabeza al pasar junto a ella.

—Gracias —dijo Roanna—. Tú también estás muy guapa. Y ahora cuéntame por qué no has sonreído ni una vez desde que has vuelto de viaje.

Grace dio un sorbo a su champaña para ganar un poco de tiempo. Era obvio que su intento de cambio de conversación no había servido para nada.

—¿No tienes que ir a ver cómo andamos de paté? Creo que apenas queda.

Normalmente, aquel comentario habría hecho que Roanna saliera corriendo horrorizada ante la mera posibilidad de un desastre de aquel calibre. Pero no se movió de donde estaba.

—Hace ya cinco días que has vuelto, Gracie —dijo, seria—.

¿Cuándo vas a contarme qué ha pasado?

Cinco días. Dios santo. ¿De verdad había pasado solo cinco días? Grace se sentía como si hubieran pasado cinco años.

Apartó la mirada de su madre y la volvió hacia el mar de brillantes vestidos y esmóquines que abarrotaban el enorme salón de la casa de sus padres. La música de Mozart sonaba de fondo tras el murmullo de las conversaciones. Unos enormes ramos de rosas rojas y amarillas adornaban el salón mientras unos sirvientes de guante blanco se movían entre los invitados con bandejas de plata llenas de delicadísimos manjares.

Era una auténtica visión de elegancia, riqueza y privilegios.

Pero ella habría preferido cambiarlo todo por una lata de judías en torno a un fuego en compañía de Rand Blackhawk.

Aún pensaba que había hecho bien yéndose como lo había hecho. Habría resultado humillante romper a llorar en medio de la despedida, y lo único que habría logrado habría sido incomodar a Rand. De manera que había decidido poner las cosas fáciles para ambos.

Dio otro sorbo a su champaña. Fáciles. Sí, claro. Irse no había sido precisamente fácil. Había sido lo más difícil que había hecho en su vida.

Durante el viaje de regreso a Dallas no había dejado de alternar entre lloros y enfáticas charlas dirigidas a sí misma para controlarse. «Aún eres joven. Conocerás a algún otro hombre. Rand y tú sois demasiado distintos. Estas mejor sin él. Es mejor haber amado y haber perdido que no haber amado en absoluto».

A pesar de todo, el dolor había resultado casi insoportable.

Y, como era tonta, se había aferrado al mínimo hilo de esperanza, había rogado para que Rand la echara de menos aunque solo fuera un poco, para que la llamara aunque solo fuera para decir hola.

Pero Rand no la había llamado, y ella sabía que tenía que seguir adelante con su vida. Esperaba que todo le fuera bien, que lograra reunir de nuevo a su familia y fuera feliz con ella. Porque lo amaba, y quería que fuera feliz.

Sintió la mirada de su madre en ella mientras esperaba su respuesta.

Repentinamente agradecida por contar con su familia, con su madre, su padre y su hermano, abrazó a Roanna.

—Después, mamá —dijo—. Tú y yo solas, en el cuarto de estar, con el pijama puesto y un tazón de chocolate caliente. Entonces te lo contaré todo.

—¿Chocolate caliente? —Roanna frunció el ceño con expresión preocupada mientras acariciaba la mejilla de su hija—. Debe tratarse

de algo serio.

De pronto, todo quedó en un repentino silencio. Poco a poco, un murmullo de voces fue invadiendo la mansión. Grace y su madre se volvieron a ver qué sucedía.

Un hombre moreno que debía medir al menos cinco centímetros más que todos los presentes, con sombrero Stetson negro y esmoquin, era el centro de la atención de todos.

—¡Madre mía! —Roanna alzó una ceja—. ¿Quién es ese?

Grace seguía mirando al desconocido, anonadada. Aunque nunca lo había visto, sabía muy bien quién era.

—Lo ha hecho —murmuró—. Lo ha hecho.

—¿Quién ha hecho qué, querida? —preguntó su madre.

—No importa —Grace se volvió hacia Roanna y la besó—. Ve a dar la bienvenida al señor Dylan Bradshaw, mamá.

Roanna abrió los ojos de par en par. Luego curvó los labios en una de sus devastadoras sonrisas y cuadró los hombros.

—Veamos si su talonario es tan grande como él.

—Ve tú delante —dijo Grace—. Yo voy enseguida.

De manera que Rand lo había llamado, pensó mientras veía a su madre avanzar hacia Bradshaw. A pesar de todos los problemas que tenía que resolver con su familia, había recordado hacer la llamada. Tal vez pensaba que era lo menos que podía hacer por ella. Como una especie de regalo de despedida.

Era una sensación extraña experimentar a la vez alegría y tristeza.

Con un suspiro, miró su copa de champaña y reconoció que, aunque fuera una cursilería, también era cierta. Era mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca.

A pesar del dolor, no habría cambiado nada de lo sucedido entre ella y Rand. Si no podía tenerlo a él, sí podía tener los recuerdos. Cada caricia, cada beso, cada risa que habían compartido permanecería en su memoria para siempre. Tal vez, solo tal vez, surgieran otros hombres en su vida, pero ninguno podría ocupar su lugar.

—¿Señorita Grace?

Ella se volvió sorprendida al oír que Jeffrey la llamaba. Jeffrey, un hombre mayor con acento inglés, había sido el mayordomo de la familia desde que Grace era una niña. Era más un tío que un empleado, y ella lo adoraba.

—Acaba de recibir un envío —dijo el mayordomo con su profunda voz de barítono.

—¿Te importa dejarlo en el estudio? Iré por él luego.

Jeffrey, el hombre más calmado y sereno sobre la faz de la tierra, dudó.

—No creo que el estudio sea el lugar adecuado para dejarlo. Y creo que tampoco debería esperar hasta más tarde.

Grace movió la cabeza. Pensaba que Jeffrey era demasiado formal. Nunca en su vida le había visto soltarse el pelo. Pero la vida era demasiado corta como para no disfrutar cada momento.

Aunque la matara, estaba dispuesta a pasarlo bien aquella noche. Más tarde, cuando la música se animara un poco, tenía intención de lanzarse a bailar y a divertirse todo lo que pudiera.

Tal vez incluso escandalizaría a Jeffrey arrastrándolo a la pista.

Pero, de momento, le seguiría la corriente. Lo siguió hasta la puerta principal, donde el mayordomo la sorprendió tomando la copa de champaña de su mano.

Luego abrió la puerta.

La sorpresa de Grace se transformó en conmoción.

En el gran porche de la casa de sus padres había dos potrillos. Y no cualquier potrillo, sino los que Rand y ella habían rescatado en el cañón Black River. Se movían inquietos, pero sendas cuerdas y bridas los mantenían sujetos. Grace salió y siguió las cuerdas sujetas a las bridas para ver quién las sostenía.

Brand.

Vestido de esmoquin negro, estaba apoyado con actitud desenfadada contra la pared de la casa.

Grace sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—Rand —susurró—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Lucas y Julianna no han podido venir. Me han enviado en su lugar.

—Oh —¿qué se suponía que debía decir?, se preguntó Grace. «Me alegra tanto que no hayan podido venir y... ¿quieres hacer el favor de besarme»?—. Espero que todo vaya bien.

—Todo va bien. Julianna ha dado a luz esta mañana, dos semanas antes de lo esperado, pero ella y el bebé están bien.

—Me alegro mucho por ellos —dijo Grace, y era cierto. Se alegraba mucho. Pero con Rand mirándola con aquellos ojos negros, una semi sonrisa en los labios, y tan atractivo como estaba con su esmoquin negro, apenas podía pensar con claridad.

Creía que no iba a volver a verlo y allí estaba, a apenas un metro de ella. Pero había ido por Lucas y Julianna, tuvo que recordarse. No por ella.

Hizo un esfuerzo para tomar aire.

—¿Y qué haces aquí con los potros?

—Los he adoptado.

—¿En serio? Rand asintió.

—Ya las yeguas y al semental.
—¿Los has adoptado a todos?
—Sí.
¿Había adoptado cinco caballos y lo único que decía era «sí»?
Aquel hombre iba a volverla loca. De hecho, ya lo había conseguido.
—Pero tu madre iba a vender el rancho y sus caballos —dijo con cautela—.
¿Dónde piensas guardar estos? ¿Y quién se va a ocupar de ellos?
—Lo cierto... —Rand se apartó de la pared y dio un paso hacia ella —... es que esperaba que lo hicieras tú.
—¿Yo? ¿Te refieres a la fundación?
—No. Me refiero a ti.
Confundida, Grace miró a los potrillos.
—No tengo un lugar permanente en donde tenerlos. Por eso los damos en adopción; para que tengan un hogar.
—¿Y si tuvieras un lugar? Un lugar permanente —Rand inclinó la cabeza para mirarla a los ojos—. Conmigo.
—¿Permanente? —el pulso de Grace se desbocó—. ¿Contigo?
Sabía que sonaba como un loro, pero, dadas las circunstancias, era lo único que podía hacer.
—Sí. Conmigo —Rand le acarició la mejilla con la punta de un dedo—. Tengo cincuenta acres en Wolf River. La tierra de mi padre. No es mucho, pero podemos comprar más después de construir una casa nueva.
—¿No... Nosotros?
—Tú y yo, Grace —dijo Rand con suavidad—. Una manada de caballos, unos cuantos niños... Tal vez incluso un perro y un gato. Siempre he querido un perro.
¿Unos cuantos niños? Temiendo que las rodillas se le doblaran, Grace se aferró a un brazo de Rand y lo miró a los ojos.
—¿A dónde pretendes llegar, Rand Blackhawk? ¿Quieres hacer el favor de decirlo de una vez?
Él tomó su barbilla en una mano y le hizo alzar el rostro.
—Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Grace Sullivan.
Rand vio que ella abría los ojos de par en par y se quedaba boquiabierta. Esperaba que se sorprendiera, desde luego, pero no había nadie más sorprendido que él.
Finalmente, Grace parpadeó.
—¿Me estás pidiendo que me case contigo?
Rand nunca había hecho aquello, pero pensaba que su respuesta no había sido especialmente alentadora. Se pasó una mano por el pelo y

frunció el ceño.

—Mira, sé que no seré la persona más fácil del mundo con la que vivir, pero te quiero, maldita sea, así que eso tiene que significar algo.

Grace se cruzó de brazos.

—¿Así es cómo me propones matrimonio? —preguntó—. «Siempre he querido un perro. Te quiero, maldita sea».

—Sí —Rand no tenía intención de hacerlo así, pero así había salido —. Así que,

¿qué respondes?

—Sí.

Rand estaba tan nervioso que no sabía con certeza a qué había contestado Grace.

—¿Sí, qué?

—Sí, maldita sea, me casaré contigo.

—Gracias a Dios —dijo Rand y, tras soltar el aliento, tomó a Grace entre sus brazos y la besó. Riendo, ella lo rodeó con los suyos por el cuello y le devolvió el beso

—. Gracias a Dios —repitió él contra sus labios—. Gracias a Dios.

Sintió que una fiera y poderosa emoción se apoderaba de él. Nunca había sentido nada parecido, pero sabía lo que era. Amor. Sabía que Grace era su único y verdadero amor, la mujer con la que quería pasar el resto de su vida.

—Dime que me quieres —susurró contra su boca.

—Te quiero —dijo ella sin aliento—. Te quiero, te quiero —se apartó un poco de él y lo miró—. ¿Qué pasó en Wolf River, Rand? Cuando me fui pensaba que no iba a volver a verte.

Rand apoyó su frente en la de ella.

—Durante los veintitrés últimos años me he sentido culpable. No solo porque no había muerto con el resto de mi familia, sino porque, en el fondo, me alegraba no haber muerto. Sentía que había defraudado a mi familia porque me alegraba seguir vivo. De manera que no creía merecer el amor de nadie, y no me permitía amar a nadie —acarició con sus labios los de Grace y sonrió—. Entonces tú apareciste en mi vida. Nunca olvidaré el aspecto que tenías aquel día en medio del establo con tu traje impecable y tus elegantes zapatos. Te deseé con tal intensidad que casi me dolió.

—¿El primer día? —Grace frunció el ceño—. Pues te comportaste como si lo único que quisieras fuera librarte de mí.

—Porque sabía que suponías una amenaza para mí. Sabía que estaba mirando a una mujer con el poder de meterse bajo mi piel, de hacerme sentir. He pasado la vida no permitiéndome sentir, Grace. Me asustaste mucho.

—Tú también a mí —admitió ella.

—Pero no te echaste atrás. Te quedaste conmigo. Nunca había conocido a nadie como tú. Me dejaste estupefacto.

Grace lo besó con lágrimas en los ojos, luego lo miró y sonrió.

—¿Y hablas en serio respecto a los cincuenta acres, los caballos, los niños y todo lo demás? ¿De verdad quieres todo eso?

—Sí, lo quiero —dijo Rand con suavidad—. Pero solo contigo, Grace. Sin ti, nada de eso tendría sentido —sonrió antes de añadir— Ni siquiera los cinco millones de dólares que he heredado.

Los ojos de Grace volvieron a abrirse de par en par.

—¿Cinco... millones de dólares?

—Sí —contestó Rand, a quien todavía le costaba hacerse a la idea — Al parecer, mi abuelo tenía mucho dinero ganado con el petróleo y lo puso en fideicomiso para sus hijos. Ya que mi tío era el albacea testamentario, falsificó un nuevo testamento cuando mi abuelo murió y se lo quedó todo.

—Y tus padres murieron sin haber podido disfrutar de lo que era suyo por derecho —dijo Grace con tristeza.

—El dinero no importaba. Mis padres murieron felices, teniéndose el uno al otro.

Eso mereció más la pena que cualquier cantidad de dinero —Rand besó la punta de la nariz de Grace—. Pero no me interpretes mal, querida. Tengo intención de disfrutar de mi herencia, de construir un rancho y una casa y mantener el ritmo de vida a que estás acostumbrada.

Grace frunció el ceño.

—Habría vivido en una tienda de campaña contigo si me lo hubieras pedido, aunque debería decirte que yo también tengo una fuerte suma en el banco heredada de mis abuelos. No habríamos tenido que vender cupones para sobrevivir.

—¿En serio? —Rand alzó una ceja—. Debería haberme casado contigo el primer día. Así me habría ahorrado un montón de tiempo.

—Sí, deberías haberlo hecho —dijo Grace remilgadamente, pero la diversión de su mirada se transformó de pronto en preocupación—. ¿Y Seth y Lizzie? —preguntó—.

¿Los has encontrado?

—Creemos estar a punto de localizar a Seth, pero ha habido que contratar a un investigador privado para buscar a Lizzie. Si los encontramos, serán libres de hacer lo que quieran con su parte de la herencia.

—¿Sí? ¿Quieres decir que es posible que no los encuentres?

—Nunca podemos saber lo que nos traerá el mañana, Grace —

Rand la estrechó entre sus brazos y volvió a besarla—. Pero contigo a mi lado siempre estaré deseando vivir intensamente cada día, corazón. Por cierto, ¿te he dicho ya lo sexy que estás con ese vestido?

Grace sonrió.

—Tú tampoco estás nada mal con el esmoquin, Rand Blackhawk.

Él la besó en el cuello.

—¿Cuánto falta para que acabe la juerga y podamos desnudarnos?

—Poco —susurró Grace, y a continuación lo rodeo con los brazos por el cuello y le dio un beso largo y apasionado que debió hacer que le saliera humo por las orejas.

Él murmuró junto a su oído lo que quería hacerle luego y sintió que ella se estremecía en respuesta a sus palabras. Sabía que poco después iba a volver a hacer que se estremeciera una y otra vez. Y ella le haría lo mismo.

Sonriente, la retuvo con fuerza contra sí. Había necesitado veintitrés años y el amor de una mujer muy especial, pero, finalmente, Rand Blackhawk sabía con absoluta certeza que había llegado a su hogar.

FIN